LA NIÑA OLVIDADA



ROMÁN CABALLERO

La Niña Olvidada

Una novela de suspense psicológico e investigación policial

Román Caballero

© 2025, Román Caballero
Todos los derechos reservados.

Título: ***La Niña Olvidada***

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que aparecen en esta novela son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos actuales o históricos, es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros), sin autorización previa y por escrito del titular del copyright.

La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 9798282124354

Para contactar al autor:
autor.roman.caballero@gmail.com

Índice

Dedicatoría
Prólogo
1. 1
2. 2
3. 3
4. 4
5. 5
6. 6
7. 7
8. 8
9. 9
10. 10
11. 11
12. 12
13. 13
14. 14

15. 15
16. 16
17. 17
18. 18
19. 19
20. 20
21. 21
22. 22
23. 23
24. 24
25. 25
26. 26
27. 27
28. 28
29. 29
30. 30
31. 31
32. 32
33. 33
34. 34
35. 35
36. 36
37. 37
38. 38
39. 39
40. 40
41. 41

42. 42
43. 43
44. 44
45. 45
46. 46
47. 47
48. 48
49. 49
50. 50
51. 51
52. 52
53. 53
54. 54
55. 55
56. 56
57. 57
58. 58
59. 59
60. 60
61. 61
62. 62
63. 63
64. 64
65. 65
66. 66
67. 67
Epílogo

A todas las niñas que fueron olvidadas.
Y a quienes, aun con miedo, siguen buscándolas.

Prólogo

Nunca creí que podría acostumbrarme a la soledad, pero aquí estoy. Al principio, me dolían los ojos de tanto llorar. Después, me empezó a doler el silencio mismo. Fue entonces cuando aprendí a escuchar lo invisible: el eco hueco de mi respiración, el crujido secreto de las paredes, el fantasma de pasos que se detienen justo antes de llegar a la puerta.

Aquí no hay relojes. No sé si es de día o de noche, si es invierno o verano. Solo sé que no me buscan. O que dejaron de hacerlo hace mucho.

A veces me pregunto si mamá todavía pone flores junto a mi fotografía. Si aún recuerda el sonido de mi risa.

Intenté llevar la cuenta de los días al principio. Rayitas en la pared, nudos en un trapo viejo. Pero después de cierto número, los días pierden sentido. Como mi nombre. Como mi voz. Como todo lo que fui.

He aprendido a no llorar. Las lágrimas hacen ruido. Los sollozos resuenan. Y el ruido atrae el castigo.

Si alguna vez encuentras esto, si alguien por fin se atreve a mirar donde nadie ha querido mirar, si decides buscar donde todos dejaron de buscar...

Mi nombre es Clara.

Y si estás leyendo esto... quizás todavía haya tiempo.

1

El sobre marrón apareció en mi escritorio como una bomba sin estallar. *Solo para tus ojos*. Sin remitente, sin matasellos. Como si alguien lo hubiera dejado ahí mientras yo miraba hacia otro lado.

Eché un vistazo a la comisaría. Todo normal: Sánchez riéndose junto a la máquina de café, Calvo ordenando papeles con su manía de siempre, el comandante Pascual saliendo de su despacho con esa cara de pocos amigos que ya era parte del mobiliario. Nadie me prestaba atención.

Abrí el sobre.

Una foto. Clara Llorens me miraba desde algún lugar terrible. Esos ojos pedían ayuda a gritos. Los mismos ojos que había buscado durante semanas antes de que el caso acabara en un cajón.

En la esquina: *15 de diciembre de 2005*. Un mes después de desaparecer. Un mes en el que, según todos los informes oficiales, Clara ya no existía.

Debajo de la foto había una pulsera de plata con colgantes de niña —un corazón, una estrella, una llave— manchada de sangre seca. La misma pulsera que su madre había descrito llorando. La que salía en todos los carteles pegados por Morella.

Y una nota a máquina: *Empieza por el padre*.

Mi cocina parecía un laboratorio. Había extendido un mantel limpio sobre la mesa y colocado las bolsas de pruebas en fila, cada una con

su etiqueta escrita a mano.

La cadena de custodia empieza desde el primer momento. El viejo principio me ayudaba a concentrarme mientras examinaba el sobre con la lámpara. Trabajar con método era mi forma de no pensar demasiado en lo que acababa de empezar.

Tres horas antes había llamado a Sánchez. Una cerveza después del trabajo.

—Esta noche no puedo, Ferrer. Mañana entro temprano.

Mentira. Había mirado los turnos: Sánchez entraba a mediodía. Dos decadas siendo compañeros, tirados a la basura. Ya lo sabían todos. En las comisarías los secretos duran lo que tarda en enfriarse un café.

El sobre no mostraba nada bajo la luz ultravioleta. Solo mis huellas. Papel y tinta de los más comunes. Imposible de rastrear. Un trabajo de profesional.

La foto era otra historia. Ese miedo no se puede fingir. Y la fecha —quince de diciembre— cuando ya habíamos archivado el caso como "fuga voluntaria", cuando Pascual había decidido que había cosas más importantes. Cuando yo mismo, después de protestar un poco, había dejado que el expediente se perdiera en el olvido.

¿Y si seguía viva?

La pregunta me golpeó de repente. Después de veintiún años, ¿era posible?

Examiné la pulsera con guantes. Los colgantes eran idénticos a los de las fotos del expediente. La sangre del cierre, oxidada, no tenía por qué ser de hace veinte años.

Me acordé de mi primer caso importante: una chica desaparecida durante ocho años, encontrada viva en un sótano a quince kilómetros de su casa. Todavía sueño a veces con ella saliendo a la luz, con los ojos perdidos después de tanto tiempo en la oscuridad.

Si la sangre era reciente...

Guardé la pulsera en una bolsa precintada. Cinco horas analizando todo y tenía más preguntas que al principio. Pero una cosa estaba clara: quien me había enviado esto conocía el caso al detalle. Y había elegido esos objetos para hacerme morder el anzuelo.

Las 2:17 de la madrugada. En el calendario, marcado en rojo: *Dr. Soler — 10:00*. Mi única opción para analizar la sangre sin que se enterara nadie. Si era reciente, todo cambiaba.

El móvil vibró. Mensaje de Calvo:

He oído que retomas lo de Llorens. ¿Todo bien?

No era preocupación real. Era tantear el terreno. Ver hasta dónde podía salpicar esto a la comisaría, a las carreras, a la imagen de Morella como pueblo tranquilo donde las chicas no desaparecen.

Solo sigo una pista. Nada oficial, escribí.

Mejor así.

Tres palabras que resumían mi nueva situación: el compañero problemático, el que no sigue las reglas. Y solo habían pasado veinticuatro horas.

Me quedé mirando las grietas del techo. Las mismas desde que Emily se fue hace quince años, dejando marcas en la pared donde estaban sus fotos.

No iba a dormir. Tenía siete horas para decidir hasta dónde estaba dispuesto a llegar por un caso muerto. Por una chica que necesitaba que alguien, por fin, la escuchara.

A veces la vida te pone a prueba porque eres el único que puede superarla. La voz de mi abuelo, clara como siempre.

Cerré los ojos. Esta era mi prueba.

2

El laboratorio forense estaba pegado al cuartel de Morella como un tumor. Bajo los fluorescentes, todo parecía sacado de una película de ciencia ficción. El sobre en mi maletín pesaba como el plomo.

En seguridad me encontré a Serra en vez de López. Serra nunca te mira a los ojos, como si tuviera miedo de que le leas el pensamiento.

—¿Dónde está López? —pregunté mientras firmaba.

—Cambio de turno —murmuró mirando los monitores—. El comandante dice que son protocolos de seguridad.

Ya. Y yo me lo creo. Nunca cambian al personal por protocolo. La verdad era más simple: me habían puesto vigilancia.

—Vale. Solo vengo a ver a Soler.

—Puede pasar.

En cuanto me di la vuelta, cogió el teléfono. Mi visita correría como la pólvora en minutos.

El laboratorio principal parecía un quirófano. María Fernanda Soler estaba pegada a su microscopio como esos científicos de las películas antiguas. La luz azul le daba un aspecto severo. Pelo negro en un moño perfecto, ni un mechón fuera de sitio.

Después de dieciocho años trabajando juntos, conocía sus gestos. La tensión en los hombros delataba que sabía que estaba allí, aunque fingiera lo contrario.

—Capitán Ferrer —dijo sin levantar la cabeza—. No le esperaba tan temprano.

Dejé el maletín en la mesa.

—Tengo cita.

Me miró por fin. Un vistazo rápido, profesional. Sus ojos, acostumbrados a analizar manchas de sangre, me estudiaron antes de fijarse en el maletín.

—Su cita es para las pruebas Cerrón a las diez. —Señaló el reloj: 8:14—. Y ese no es el maletín de Cerrón.

—Necesito un favor, María Fernanda.

Se quedó inmóvil. El silencio se hizo espeso entre nosotros.

—Los forenses no hacemos favores. Analizamos pruebas.

Cada palabra medida, precisa. Era lo que me gustaba de ella: cero teatro, solo hechos.

Localicé las cámaras. Me coloqué para bloquear su ángulo de visión.

—¿Sin papeles de por medio?

Se enderezó y se quitó las gafas. Me estudió como si fuera una muestra sospechosa.

—Esa palabra suele venir antes de algo muy interesante o muy problemático.

—Seguramente las dos cosas.

Abrí el maletín con cuidado. Las pruebas estaban perfectamente empaquetadas: la foto de Clara fechada en 2005, la pulsera con sangre seca, la nota a máquina.

—Necesito que analices esto. Sin dejar rastro.

Se acercó manteniendo las distancias. Vi cómo se le agrandaban las pupilas al ver el contenido.

—¿Caso cerrado?

—Técnicamente, ni siquiera llegó a ser un caso.

Le conté la historia en voz baja. Clara Llorens. Desaparecida hace veinte años. El sobre anónimo. La sangre que parecía demasiado fresca.

María Fernanda escuchó sin interrumpir, procesando cada detalle. Cuando terminé, se apoyó en la mesa.

—Lo que significa que...

—...alguien sigue moviendo los hilos. Y puede que Clara también siga por ahí.

Arqueó las cejas un milímetro, el único gesto humano bajo la bata blanca.

—¿Después de veintiún años?

—Ha pasado antes. Los dos lo sabemos.

La miré fijamente, intentando transmitir lo que no podía decir: la culpa que me comía por dentro, las ganas de arreglar las cosas.

—Si hay aunque sea una mínima posibilidad...

Me observó un buen rato. Luego suspiró.

—Nunca me has pedido que me salte las normas. Haré una excepción.

Se puso guantes nuevos con un chasquido.

—Pero entiende lo que estás empezando, Gabriel.

Mi nombre de pila sonó raro entre nosotros. Grave.

—Esto puede traerte problemas gordos.

—¿Qué quieres decir?

Cogió la bolsa con la pulsera y la examinó bajo la luz.

—Los pueblos pequeños tienen buena memoria y muchos secretos. Los casos sin resolver de entonces tocaban a gente que ahora tiene poder.

Mi vista se fue a las revistas de su mesa. En la portada de una salía un hombre de pelo plateado: «La visión revolucionaria del juez Guillem Soriano sobre la justicia juvenil».

María Fernanda siguió mi mirada.

—Soriano dio una charla el mes pasado. Dicen que sus ideas son muy modernas.

Cogí la revista. Artículo bien escrito, argumentos sólidos. La imagen perfecta de un juez progresista.

Mi pulgar se paró en una nota al margen, casi borrada: «Soriano habla como un santo, pero exige como un demonio». Tinta vieja, como si quien lo escribió hubiera querido olvidarlo.

—No saques conclusiones antes de tiempo —me advirtió.

Tecleó algo en el ordenador. La luz roja de la cámara parpadeó y se apagó.

—Sesenta segundos sin grabación. Esta conversación no ha existido.

Me relajé un poco.

—El análisis de sangre dirá si es vieja o nueva —explicó rápidamente—. También haré pruebas de isótopos. Sabré si la foto es de 2005 o una copia reciente.

—Gracias.

—Guárdate las gracias. Puede que estés desenterrando algo que debería seguir enterrado.

La cámara volvió a encenderse. María Fernanda recuperó su tono oficial.

—Como le decía, capitán, las pruebas del caso Cerrón seguirán el procedimiento normal. Resultados mañana a más tardar.

Al darme la vuelta para irme, añadió en voz alta:

—Espero que esto se resuelva rápido. Tenemos cosas más importantes que hacer.

Nuestras miradas se cruzaron. El mensaje estaba claro: Espero que te equivoques, pero entiendo por qué lo haces.

Mientras subía las escaleras, sentía el peso de lo que había empezado. Una chica perdida en el tiempo. La posibilidad de encontrar la verdad, por dura que fuera.

Hay casos que no te sueltan nunca. Te persiguen como fantasmas. El caso de Clara Llorens era mi fantasma personal. Y acababa de volver a la vida.

3

El depósito de pruebas olía a papel viejo y humedad. Me paré en la entrada. Las estanterías metálicas se extendían bajo la luz pálida de los fluorescentes, cada caja de expedientes como un reproche silencioso. Una vida entrando y saliendo de aquí, y hoy me sentía como un ladrón.

Le enseñé la placa y el formulario al vigilante. Apenas levantó la vista, pero noté cómo se le tensaban los hombros al leer el nombre del caso.

—Los expedientes Cerrón están en la Sección C, capitán.

Demasiado neutral. Demasiado correcto.

—Bien. Antes necesito comprobar algo en los archivos de 2005. Posibles conexiones.

Su cara cambió. El aburrimiento se convirtió en alerta.

—La teniente Álvarez llamó —su tono se volvió más oficial—. Dijo que igual se pasaba. Me pidió que le recordara que todos los accesos quedan registrados en el sistema.

El mensaje de Laura era claro: cuidado, todo lo que hagas deja huella.

—Me alegra que se sigan los procedimientos.

—También dijo que le había dejado en su mesa esos informes de laboratorio que pidió.

Me quedé con cara de no haber roto un plato. Si yo no había pedido ningún informe. Otro mensaje en código.

—Los miraré cuando vuelva.

Solo en el pasillo, mis pies me llevaron directos a la Sección H, año 2005. Mi cuerpo recordaba el camino al caso Llorens mejor que mi cabeza. La caja era más delgada de lo que recordaba. Una vida interrumpida reducida a un número de archivo.

Saqué el móvil y fotografié cada página antes de leerla. Por si acaso alguien decidía que estos papeles tenían que desaparecer.

El primer formulario me dejó helado. Mi firma en la denuncia de Patricia Llorens. Todavía veía a Clara semanas antes de desaparecer: jugando nerviosa con su pulsera, evitando mirarme a los ojos, midiendo cada palabra como si alguien la estuviera escuchando.

Abrí mi libreta personal. Vieja costumbre: apuntar lo importante fuera del sistema oficial.

Las diferencias saltaban a la vista. Mis notas hablaban de una "figura masculina de autoridad" que asustaba a Clara. En el expediente oficial: ni una palabra sobre eso.

Comprobé los registros digitales. La versión del ordenador coincidía con el papel, no con lo que yo había escrito.

Alguien había limpiado ambos archivos.

El artículo 11 —la pulsera de plata— aparecía como "recogida en el lugar, 29/11/05". Mentira. Nunca encontramos esa pulsera.

Hasta que apareció en mi escritorio.

Fotografié la contradicción. Cada foto, un paso más hacia mi suicidio profesional.

Los mapas de búsqueda mostraban lo típico: estaciones, casas de amigos, lugares donde van los adolescentes. Todo apuntaba a una fuga voluntaria, conclusión a la que se llegó demasiado rápido.

Pero lo que me dejó de piedra fue lo que no estaba: "Residencia Soriano — descartada según testimonios".

La finca del juez Guillem Soriano, en las afueras de Morella. Yo nunca había descartado registrar esa propiedad. Nunca.

Oí pasos en el pasillo. Devolví el expediente Llorens a su sitio y cogí el de Cerrón justo cuando Jensen dobló la esquina.

—Ferrer —me saludó sin mirarme a los ojos. Su trato amistoso de siempre había desaparecido.

—Solo el Cerrón —le mostré la carpeta—. Pascual quiere un informe para esta noche.

—Vale —miró su reloj—. ¿Sigues apuntado al póker del viernes?

La pregunta no era inocente. Tres años jugando cada mes. Ahora era una prueba: ¿seguía siendo uno de ellos?

—No me lo perdería —sonreí sin ganas.

Jensen asintió, pero no se lo creía.

—Mejor me voy a por lo mío.

Cuando se fue, me vino a la cabeza algo que decía mi abuelo: "No hay nada oculto que no salga a la luz". Lo repetía en misa todos los domingos, en otra vida.

El móvil vibró. Laura: "¿Puedes pasarme el informe Vilanova? Hay algo que no cuadra en los testimonios".

No era normal que Álvarez cuestionara un caso cerrado por escrito. Quizás yo no era el único que veía grietas en la versión oficial.

En el coche, mi cabeza empezó a atar cabos. Clara desapareció en noviembre de 2005. Cuatro meses después, Núria acusó a Vilanova —acusación falsa según un ADN que deberían haber analizado hace años.

Dos casos. Cuatro meses de diferencia. Las dos, adolescentes. Los dos, mal llevados.

Y en medio, puede que estuviera el juez Soriano —su finca descartada sin motivo, sus teorías ahora aplaudidas como modernas.

El patrón estaba ahí, esperando a que alguien uniera los puntos.

Volví al mostrador con mi mejor cara de nada.

—¿Encontró lo que buscaba?

—De momento.

Pero al salir al frío de Morella, sabía que esto era solo el principio. Y que me podía costar el trabajo.

El viento me golpeó la cara. Me sentí como alguien que descubre que su casa está construida sobre un pantano. No importa cuántos años lleves en el cuerpo, cuántas medallas tengas, cuántos casos

hayas resuelto. Empiezas a hacer las preguntas equivocadas —o las correctas— y todo se va al garete.

Las preguntas me quemaban: ¿Quién había tocado el expediente? ¿Por qué descartar la finca de Soriano? ¿Qué conexión veía Laura entre Llorens y Vilanova?

En la Guardia Civil tenemos un dicho: "El guardia no busca problemas, pero cuando los encuentra, los afronta con honor". Mientras arrancaba el coche, supe que los problemas no solo me habían encontrado. Venían con refuerzos.

4

El despacho del comandante Pascual parecía un museo de pesca. Peces disecados por todas las paredes, mirándome con sus ojos de cristal como si supieran por qué estaba allí. Las fotos enmarcadas lo mostraban junto a diferentes ríos, siempre de pie, enseñando el pez del día con cara de satisfacción.

El hombre pegaba con la decoración: grande, la cara llena de venitas rojas de tanto beber coñac bueno. Un político que había sido guardia civil y que sabía cuándo usar cada uniforme.

—Cierra la puerta, Ferrer.

Cerré. Me dejó de pie mientras él seguía sentado, mordiendo un palillo. En su despacho, él mandaba.

El silencio se alargó. Viejo truco de interrogatorio. No entré al trapo.

—Me dicen que sigues perdiendo el tiempo con lo de Llorens. —Se echó hacia atrás en la silla, que crujió bajo su peso—. Veinte años, Ferrer. Veinte años.

El aire acondicionado a tope, como siempre. Otra forma de marcar territorio.

—Sin resolver, no cerrado —le corregí—. Hay novedades.

—Ya. Un paquete anónimo. —Me miraba buscando grietas—. Qué casualidad.

—Así se reactivan la mayoría de casos fríos.

Empezó a tamborilear con los dedos en la mesa.

—No te pases de listo, capitán. —La sonrisa desapareció un momento—. Te he dado manga ancha porque das resultados. Pero esta manía tuya está interfiriendo con el trabajo de verdad.

El sol entraba por las persianas, cortando su cara en franjas de luz y sombra.

—La Guardia Civil busca justicia sin importar cuándo —dije.

—La Guardia Civil gestiona recursos. —Su voz se endureció—. Tenemos el triple de robos este mes. Dos desapariciones actuales. Una banda cada vez más agresiva.

Ya conocía el truco: poner pegas burocráticas que sonaran razonables.

—Estoy al día con mi trabajo. Lo de Llorens es en mi tiempo libre.

—¿Ah sí? —Levantó una ceja—. Porque tres agentes te han visto en archivos cuando deberías estar con los robos del sector este.

La trampa se cerraba. Me pregunté quién de mis compañeros me había vendido.

—Podría haber conexión entre los casos —improvisé—. Estaba comprobando patrones.

Pascual me miró como quien valora ganado en una feria.

—También me cuentan que ahora vas a misa.

Eso no me lo esperaba. No solo me vigilaban en el trabajo —también los domingos.

—No sabía que mis creencias fueran asunto del servicio.

—Normalmente no. —Se inclinó hacia delante—. Pero cuando uno de mis mejores hombres se vuelve beato y se obsesiona con un caso que toca a gente importante del pueblo, me pregunto si no habrá perdido el norte.

Muy listo: atacar justo lo que podría darme fuerzas.

—Mi trabajo habla solo —controlé la rabia.

—Hasta ahora. —Cambió a modo padre preocupado, otra máscara —. Mira, todos tenemos fantasmas. Yo tengo los míos, no te creas. Pero llega un momento en que hay que pasar página.

—¿Pasar página? —Se me escapó—. ¿O asegurarse de que ciertas cosas sigan enterradas?

La temperatura bajó diez grados. Se acabaron las máscaras.

—Mide tus palabras, capitán. —Lo dijo en voz baja, peligrosa.

—Sigo las pruebas donde me lleven. Es mi trabajo.

—Tu trabajo es lo que yo diga. —Se levantó, tapando la luz—. Y ahora mismo son los casos asignados. Llorens no es prioritario. ¿Está claro?

—Clarísimo.

Lo entendía perfectamente. Obedecerlo era otra cosa.

Pascual se sentó, satisfecho como un rey que acaba de aplastar una rebelión.

—Bien. Y Ferrer, lo que sea que tengas con el de arriba últimamente, déjalo en casa. —Tono burlón—. Cuando empiezan a oír voces, la objetividad se va a tomar viento.

El comentario me molestó, pero me lo tragué. Esto no iba de fe, iba de poder.

Al darme la vuelta, añadió como quien no quiere la cosa:

—Ah, necesito ese sobre y lo que había dentro. Cadena de custodia y todo eso. Con estos casos delicados...

Obvio. Una vez en el sistema, las pruebas podían desaparecer en el papeleo. Clara Llorens volvería a esfumarse, esta vez con sello oficial.

—Claro. Preparo los papeles ahora mismo.

Salí y cerré. Aviso y amenaza en uno. Si iba a descubrir algo sobre Clara Llorens, tenía que ser ya.

En el pasillo, un agente joven que siempre había sido amable de repente encontró muy interesante la fuente de agua cuando pasé. En la sala común, las conversaciones se cortaron cuando entré. Ya no disimulaban: había un muro entre el cuartel y yo.

Mi despacho parecía igual pero diferente, cada cosa un poco movida. Puede que fuera paranoia. O puede que no.

Pero mientras mis compañeros me evitaban, recordé algo del abuelo: las paredes tienen grietas, y por ahí entra la luz. Siempre hay alguien a quien la conciencia le pesa más que el miedo. Solo tenía que encontrar esas grietas.

Respiré hondo. Había servido a la ley toda mi vida, respetando el orden, confiando en un sistema que ahora me apretaba el cuello. Quizá era hora de servir a algo más grande: la justicia de verdad. Si

el camino pasaba por enfrentarme al sistema, si me costaba todo... algo me guiaría.

—Que se haga justicia —dije en voz baja, las palabras raras pero firmes—. Cueste lo que cueste.

La decisión sonó como una campana lejana, llamándome hacia algo más grande que mis miedos, más duradero que mi carrera. Clara Llorens merecía la verdad. Y yo pagaría el precio por encontrarla.

5

Aparqué frente a San Vicente y vi a la gente entrando al estudio bíblico. La iglesia estaba en las afueras, su campanario blanco se veía desde lejos —como un faro en un pueblo que guardaba sus secretos bajo llave.

¿Qué hacía yo allí? La parte práctica decía: las iglesias son donde la gente habla más de la cuenta. Pero había algo más que me empujaba.

Respiré hondo y entré.

Por dentro me sorprendió: moderno a pesar de la fachada antigua. Luz cálida, sillas en círculo, nada que ver con los bancos duros de cuando era niño.

—¿Es usted el nuevo párroco? —pregunté al hombre que me recibió, notando las miradas de desconfianza.

—Volví el año pasado. —Media sonrisa—. Doce años de capellán en la cárcel de Picassent. Pero Morella tira, aunque ya no es la misma.

—¿Capellán de prisión? —Se me activaron las alarmas. Un cura que había trabajado en la cárcel y volvía justo cuando aparecían pruebas sobre Clara. En mi trabajo no hay casualidades.

—Como ser inspector, supongo. —Me llevó al círculo—. Los dos buscamos verdades en sitios difíciles.

El estudio empezó con una oración que miré desde fuera. La charla sobre el evangelio de Juan parecía aburrida hasta que me vi enganchado.

Vidal no daba sermones; hacía preguntas, escarbando bajo las respuestas fáciles con paciencia de investigador. Me recordaba a mí en mis buenos días.

—"La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron" —leyó—. ¿A qué oscuridad se refiere Juan?

Las respuestas fueron variadas. No eran beatos repitiendo frases hechas, sino gente normal lidiando con preguntas serias.

—¿Capitán Ferrer? —Vidal me pilló desprevenido—. ¿Qué opina desde su trabajo?

Me sentí como bajo un interrogatorio.

—En mi trabajo, la oscuridad suele ser algo escondido. Cosas ocultas a propósito que deberían salir a la luz.

Vidal asintió como si entendiera más de lo que decía.

—Exacto. Juan usa luz y oscuridad no solo como símbolos religiosos, sino para mostrar cómo funciona la verdad en el mundo. La verdad ilumina lo oculto.

Mientras hablaban, no podía dejar de pensar en el caso Llorens —pruebas enterradas, historias inventadas, gente trabajando para mantener ciertas verdades en la sombra.

Al terminar, la gente se quedó para el café. Oí murmullos, vi miradas. Mi presencia se notaba. Hasta aquí llegaban los tentáculos del pueblo.

Me acerqué a Vidal cuando se quedó solo.

—Gracias por dejarme venir. Me ha... ayudado.

—Vino buscando información. —Su franqueza me cogió por sorpresa—. ¿Encontró algo?

—No lo que esperaba.

—Las mejores respuestas nunca son las que esperamos. —Su cara se volvió seria—. Me han dicho que anda con lo de los Llorens.

Me puse tenso. Imposible engañar a alguien acostumbrado a leer almas.

—Las noticias vuelan.

—Pueblo pequeño. —Sonrisa diplomática—. Y la gente se desahoga con el cura.

Dudó un momento, midiendo las palabras.

—Ese caso toca uno de los momentos más oscuros de esta iglesia. Sé cosas de primera mano, otras me las han contado. Si sigue por ahí, puedo ayudarle discretamente.

Un aliado inesperado.

—Me vendría bien. Sobre todo lo de los programas juveniles de entonces.

Algo pasó por sus ojos —¿reconocimiento?, ¿culpa?— tan rápido que casi no lo veo. Pero llevo años leyendo caras.

—Los archivos de esa época están... hechos un desastre. —Bajó la voz—. He estado mirando en el sótano de Santiago Apóstol. Hay papeles mal archivados, sin ordenar, de hace décadas. Si quiere investigar, son suyos.

Miró al vacío, viendo fantasmas.

—Algunos feligreses todavía cargan con lo de aquellos años. Hablaban de "restauración", pero no todos salieron restaurados.

La palabra me heló. Restauración. Qué bonito suena hasta que se lo haces a adolescentes.

—¿Qué pasó exactamente?

Vidal comprobó que nadie escuchara.

—Esta noche no. Pronto. Estas conversaciones necesitan su momento.

Al despedirme, añadió con intensidad de quien ha visto mucho:

—Capitán, busque lo que busque, recuerde: la verdad no es lo que queremos ni lo que tememos. Simplemente es. Nuestro trabajo es reconocerla cuando aparece, aunque duela.

Conduciendo de noche hacia Castellón, no dejaba de pensar en sus palabras. Era como si la verdad hubiera encendido una luz en todo lo que antes estaba a oscuras. Esta investigación me estaba removiendo por dentro, despertando algo dormido.

En casa encontré un sobre bajo la puerta. Manos torpes al abrirlo.

Una circular del trabajo: todos los agentes debían informar directamente a Pascual de cualquier contacto conmigo sobre

"asuntos históricos o entrevistas". Sin más explicación.

El aislamiento ya era orden oficial.

Metódicamente, organicé los hallazgos en el corcho. Hilo rojo conectando fotos, documentos, notas —mi cabeza hecha mapa.

El móvil vibró. María Fernanda: "Resultados preliminares mañana. Grupo sanguíneo compatible con Llorens, pero no de hace 20 años. Venga solo."

Me quedé helado.

Sangre reciente.

Todo cambiaba de golpe. Ya no era un caso frío cubierto de polvo. Tenía pulso.

Clara Llorens no era solo un expediente. Era una posibilidad. Podría estar viva.

Veía el patrón: el empeño en enterrar la verdad había hecho al menos dos víctimas. Clara Llorens y Eloi Vilanova.

¿Cuántos más? ¿Y qué precio tendría sacarlos a la luz?

Mañana empezaría el trabajo formal —entrevistas, cadena de custodia, cronologías. Pero esta noche...

Esta noche, por primera vez en años, me senté al borde de la cama. No por costumbre ni obligación. Por algo más viejo que el miedo —un impulso heredado del abuelo, que hasta el final creyó que alguien escuchaba.

—Si hay algo ahí arriba... ayúdame a encontrarla. A traerla a casa.

En el silencio que siguió, sentí algo olvidado: la sensación cálida de no estar solo en esta búsqueda.

6

La llave pesaba en mi mano como si fuera de plomo. El conserje me la había dado sin hacer preguntas, con esa mirada que compartimos los guardias cuando sabemos que alguien va a cruzar una línea.

Tercera planta. Pasillo vacío. Los fluorescentes zumbaban como moscas atrapadas.

Giré la llave. La vieja sala de interrogatorios era ahora mi escondite. Qué ironía: donde antes se rompían voluntades, ahora yo intentaba reconstruir un caso que todos querían muerto.

La pared del fondo era para Clara Llorens. Su foto del colegio —sonrisa tímida de quinceañera— presidía todo. Alrededor, la imagen pixelada del sobre anónimo, ampliada hasta el límite. Esos ojos habían visto algo que los había cambiado para siempre.

Con la manía del detalle que me enseñaron en Baeza, había desmontado el caso pieza por pieza. Cronología, testimonios copiados, mapas con cuadrículas. Todo limpio de la basura oficial que había contaminado la investigación original.

Los hilos rojos —mi sistema que sacaba de quicio a Pascual— conectaban documentos como si fueran venas, mostrando relaciones que otros habían ignorado. O enterrado a propósito.

En la pared de enfrente, el caso de Núria Esteve y la condena de Eloi Vilanova. Recortes ordenados: acusación, juicio, absolución

reciente. Las transcripciones, incluida la mía, subrayadas hasta gastar el papel.

En la esquina, medio escondida, la cruz de madera del abuelo. Me la dio cuando juré bandera. No sabría decir por qué la traje. Solo que necesitaba tenerla ahí —testigo mudo que unía mi pasado con este momento.

Para proteger a los indefensos. Para dar voz a los que no la tienen.

Mi «mapa mental». La versión física de las conexiones que me daban vueltas en la cabeza desde que apareció el sobre.

Las pruebas del laboratorio confirmaban la corazonada. María Fernanda había sido meticulosa: sangre compatible con Clara, restos de cemento especial usado entre 2003 y 2007. El remitente, invisible como un fantasma.

Me acerqué a la pared de Llorens. Un recorte del 27 de noviembre de 2005 me paró en seco. No por lo que decía —informe normal de desaparición— sino por una nota al margen.

«SA» en boli azul. Letra inconfundible.

—Comandante García —dije en voz baja.

Esa letra angular era suya. El viejo comandante, ahora en Málaga, había dejado su marca sin querer.

—SA —repetí, dejando que las letras sonaran.

Y entonces: el fogonazo.

«Santiago Apóstol». La iglesia donde Clara iba a las actividades juveniles.

Añadí la conexión a mi cronología y me aparté para verlo todo. El patrón era obvio: la iglesia aparecía por todas partes. Clara iba allí, nadie había interrogado al clero, la mención de Vidal sobre «tiempos difíciles» en la parroquia.

Y entonces, como un rayo, el recuerdo.

El juez Soriano paseándose por el cuartel tres días después de la desaparición. Visita de cortesía, dijeron. Se paró en mi mesa, mirando mi mapa de búsqueda.

—Área muy amplia, capitán.

—Protocolo para menores desaparecidos, Señoría. El EMUME cubre todas las opciones.

Asintió y señaló el mapa como quien no quiere la cosa.

—Con mi experiencia, yo me centraría aquí y aquí.

Su dedo pálido marcó estaciones, centros comerciales, barrios de amigos. Sitios típicos de fuga adolescente.

Luego, casi sin darse cuenta, rozó el cuadrante noreste —donde tenía su finca.

—Perder el tiempo —dijo.

Y yo, como un novato impresionado, cambié el plan sin pensarlo.

Ahora miraba esa misma zona en mi mapa, sintiendo el peso de mi estupidez. Había seguido sus consejos, reforzando la idea de la fuga mientras dejaba fuera su propiedad.

¿Me había manipulado? ¿O estaba viendo fantasmas, como decía Pascual?

El móvil me sacó del trance. María Fernanda.

—Dime.

—Tengo más resultados. No por teléfono. —Pausa larga—. Y Gabriel... trae tu libreta vieja de notas.

No explicó más. No pregunté. Pero su tono había cambiado. Ya no era solo la forense. Era testigo de algo que la ciencia no podía explicar.

El laboratorio me recibió con su orden de siempre. María Fernanda cerró la sala privada y apagó las cámaras con una rapidez que daba miedo.

—Lo encontré en Santiago Apóstol —señaló un CD en una bolsa de pruebas—. Estaba catalogado como material educativo.

La etiqueta: 10 de marzo de 2004.

—Estaba entre manuales para jóvenes —sacó el disco con guantes.

Me dio los auriculares. Los cogí con manos que no querían colaborar. Le dio al play.

Ruido blanco. Después una voz clara, medida.

Guillem Soriano.

Lo que oí me puso los pelos de punta.

—Muchos preguntáis por qué el proceso es tan... estricto —la voz de Soriano, tranquila, casi paternal—. Porque la transformación no

es gratis. El joven llega con su voluntad, su mente contaminada, los hábitos del mundo.

—Primero lo vaciamos. Lo desmontamos. No físicamente, eso sería primitivo. Pero espiritualmente, emocionalmente. Le enseñamos que el sufrimiento es parte del camino.

Pausa. Se me revolvió el estómago.

—Solo cuando no queda resistencia, cuando se reconoce débil y dependiente... solo entonces ofrecemos salvación. Antes no. La verdadera redención viene después de matar el ego.

María Fernanda paró la grabación. El silencio pesaba como una losa.

—¿Te parece formación juvenil? —susurró.

—No. Parece un manual para lavar cerebros.

—¿Y qué hace un juez con esas ideas, eligiendo adolescentes vulnerables, aislándolos, hablando de «desmontarlos»?

La respuesta salió de las tripas, de donde un guardia reconoce el mal aunque vista toga:

—Lo que hace un depredador disfrazado de mentor.

Me quité los auriculares despacio. Acabábamos de escuchar una confesión. Un ritual enfermo disfrazado de transformación.

Ahora tenía pruebas. No solo de manipulación o encubrimiento.

Tenía la doctrina de Soriano. Más peligrosa que cualquier prueba física. Tan letal como la verdad que buscaba desde que llegó el sobre.

La verdad que por fin empezaba a mostrar su cara real.

7

Treinta años. El mismo despacho. La misma mirada que te cala hasta los huesos.

Martín Rivera había convertido su oficina en un museo sin querer. Los pósters de las paredes se amontonaban unos sobre otros —cada época con sus teorías sobre cómo entender a los adolescentes—. Los libros, perfectamente ordenados, contaban la misma historia de siempre: ideas revolucionarias que se vuelven viejas y luego revolucionarias otra vez.

El hombre también parecía congelado en el tiempo. Más canas pero el mismo pelo abundante, las gafas ahora de cerca y lejos, el cárdigan de los noventa cambiado por un jersey con cremallera de funcionario. Solo los ojos seguían igual: dos bisturíes para diseccionar mentes adolescentes.

Me estudió desde detrás de su escritorio.

—Capitán Ferrer. —Cruzó los dedos—. Viene por Clara Llorens.

En Morella los secretos son como la niebla: siempre están ahí, aunque a veces no se vean.

—Estoy revisando cosas que quizá se pasaron por alto.

—Después de veintiún años. —Sin reproche, solo curiosidad.

—Han aparecido cosas nuevas.

Rivera cogió su botella de agua con esa calma de quien mide cada palabra.

Saqué el cuaderno y encendí la grabadora del bolsillo. Procedimiento normal. Pascual no había autorizado nada, pero el protocolo me permitía hacer tanteos.

—He pensado mucho en Clara estos años. —La botella a medio camino—. Era... especial. No la típica adolescente problemática.

—¿Especial cómo?

—Lista como pocos pero cerrada como una ostra. —Bebió un sorbo—. Sacaba sobresalientes escribiendo poemas que daban escalofríos.

El movimiento de su garganta al tragar me dijo que había más. Siempre hay más.

—Era como un camaleón. —Se echó hacia atrás—. Con los profesores, alumna modelo. Con los compañeros, invisible. Conmigo...

Vi cómo le daban vueltas las ideas detrás de las gafas.

—Conmigo mostraba justo la vulnerabilidad necesaria para no activar alarmas. Ni más ni menos. Nunca conocí a la Clara de verdad.

Reconocí el patrón al instante. Supervivientes navegando entre tiburones, protegiéndose bajo mil capas. Lo había visto en docenas de casos.

—¿Le habló de miedos concretos? ¿Algo sobre figuras de autoridad?

Un destello en sus ojos, apagado al momento.

—Nada raro en una adolescente —dijo rápido, como si lo tuviera preparado—. Me sorprendió que aceptara lo de la mentoría en la parroquia. Con lo que le costaba confiar...

—¿En Santiago Apóstol?

Asintió. Sentí que había algo enterrado pugnando por salir. Subrayé "Santiago Apóstol" dos veces. La conexión con la iglesia aparecía por todas partes.

—Era un programa de apoyo para jóvenes con señales preocupantes. Las de Clara no eran graves —aislamiento, escritos oscuros—, pero su madre insistió en que necesitaba ayuda extra.

—¿Quién dirigía el programa?

—Un equipo variado. —Midiendo cada palabra—. El padre Ellis coordinaba la parte espiritual, antes de que llegara Vidal. Colaboraban profesores voluntarios.

La pausa se alargó.

—El juez Soriano estaba muy implicado. Por su trabajo con menores vulnerables.

No dejé que se me notara nada, aunque por dentro tenía todas las alarmas disparadas. Confirmado. Soriano no era casualidad sino el centro de todo. En la UCO lo llamaríamos PIC: Persona de Interés Constante. Soriano acababa de subir a prioridad máxima.

—Háble me del juez.

Rivera se animó como un fan hablando de su ídolo.

—Guillem Soriano es un pionero en intervención juvenil. Va más allá de las conductas superficiales. Desarrolló un método de reestructuración cognitiva que mezcla consecuencias legales con orientación espiritual. Revolucionario.

—¿Reestructuración cognitiva? —Aunque me imaginaba por dónde iba.

—Terapia para cambiar patrones mentales negativos. Soriano le añadió elementos espirituales propios. Ideas sobre transformación, renovación mental... Cosas así.

—¿Clara respondió bien?

Primera grieta en su entusiasmo. Me agarré a ella.

—Al principio, genial. Participaba más, se relacionaba mejor. Pero las semanas antes de desaparecer...

El silencio se hizo sólido entre nosotros.

—¿Qué pasó?

—Se cerró en banda. —Se le cayeron los hombros—. Intenté hablar con ella, me esquivaba. Cuando por fin la pillé, juró que todo iba perfectamente.

La voz se le quebró un poco.

—Pero su comportamiento era... como de robot. Como si hubiera ensayado delante del espejo cómo parecer normal.

Tomé nota reconociendo las señales. Manual básico de supervivencia al trauma: quien aprende que mostrar dolor trae más

dolor, aprende a no mostrar nada. "Disociación adaptativa", lo llamábamos en los informes.

—¿Compartió estas preocupaciones con alguien?

—Lo documenté todo y se lo pasé a Soriano. —Se recolocó las gafas, nervioso—. Me aseguró que le prestaba atención especial en las sesiones. Con su experiencia, me quedé tranquilo.

Otra figura de autoridad rindiéndose ante Soriano. Otro cabo suelto en manos del juez. La red se dibujaba clarísima ante mis ojos.

—Una última cosa. ¿Clara mencionó alguna vez a Núria Esteve?

Confusión real. La primera reacción sin filtros de toda la entrevista.

—No me suena. Núria era dos cursos menor. No compartían clases.

Pero algo conectó en su cabeza. Lo vi pasar.

—Aunque... podrían haberse conocido en la mentoría. El juez trabajaba con grupos mezclados.

Al levantarme, Rivera añadió con voz cansada:

—Capitán, espero que encuentre respuestas. Clara es mi gran fracaso. El caso donde quizá no vi algo importante.

No eres el único, pensé mientras salía.

Los pasillos estaban llenos de trabajos de los alumnos sobre la primavera. Colores vivos. Promesas de futuro.

Mi cabeza, en cambio, estaba llena de sombras. Cada paso me alejaba del mundo de superficies brillantes hacia ese sitio donde la autoridad se vuelve cárcel, donde la orientación espiritual esconde el control, donde las adolescentes vulnerables desaparecen y nadie —nadie— hace las preguntas difíciles.

Saqué el móvil. Mensaje cifrado para María Fernanda: "Confirmación nivel 2. Necesito expedientes SC completos ya". En nuestro código, SC significaba "Santiago-Caso". Nivel 2: conexión verificada entre fuentes diferentes.

Y mientras salía al sol de Morella, la certeza se instaló en mi estómago como un puñetazo: el monstruo que buscaba no se escondía en las sombras.

Se paseaba a plena luz, con toga y martillo, desde el puesto más alto de la provincia.

8

El salón parroquial de Santiago Apóstol estaba a rebosar. Me paré en la entrada, estudiando el terreno. Familias apretadas en mesas con manteles de papel, bajo esos fluorescentes amarillos que llevaban sabe Dios cuánto iluminando las mismas caras. Los niños correteando entre las sillas, sus gritos cortando el murmullo de las conversaciones.

Me senté en una mesa cerca de la salida. Costumbre vieja del Cuerpo: siempre tener una vía de escape.

«El guardia que se acuerda de Dios justo cuando anda revolviendo el pasado», casi podía oír los cuchicheos.

El padre Vidal se movía entre la gente con soltura. Nada que ver con otros curas que había conocido en el trabajo. No imponía, simplemente estaba ahí. Se agachaba junto a una anciana para oírla mejor. Minutos después, se reía con unos chavales, sin parecer forzado.

Cuando llegó a mi mesa, vi las arrugas alrededor de sus ojos.

—Me alegra que haya venido, capitán —dijo sentándose con su plato de cartón: dos cucharadas de ensaladilla y un muslo de pollo —. Estas cenas dicen más de Morella que todos los informes del cuartel.

—Por eso estoy aquí —respondí, leyendo el mapa social ante mí—. Quién se junta con quién. Qué mesas son territorio prohibido. Qué

caras se tensan cuando aparecen otras.

Vidal medio sonrió.

—Aprendiendo a mirar lo de siempre con ojos nuevos.

—La mejor perspectiva —admití, jugando con la ensalada sin hambre—. Aunque a veces moleste.

Me estudió como si pudiera ver a través de las capas de cinismo acumuladas.

—El dolor es el precio de ver claro, ¿no cree?

Antes de que pudiera responder, se levantó de golpe y golpeó suavemente un vaso. El ruido fue bajando hasta que todos lo miraban.

—Antes de seguir con la cena —su voz llenó la sala sin esfuerzo—, me gustaría pedirle al capitán Ferrer que nos diga unas palabras de agradecimiento.

Silencio total. Sentí como si el suelo desapareciera. Me levanté por inercia, mientras decenas de ojos me taladraban.

—Yo no... —empecé con la boca seca.

¿No qué? ¿No estoy preparado? ¿No tengo fe? ¿No soy de los que hablan en público?

La cara de Vidal no negaba mis dudas, simplemente las aceptaba.

—Habla desde donde estés, Gabriel —dijo sin más.

Esa sencillez me desarmó. Bajé la vista, sintiendo el peso de todas las miradas. Respiré hondo.

—Gracias... —salió ronco—. Por esta comida y por... esta comunidad.

Las palabras tropezaban, pero encontraron su camino.

—Ayúdanos a ver la verdad en todo —seguí, sorprendido por mi propia voz—. A enfrentar lo que ha estado escondido mucho tiempo, y danos fuerza para aguantar lo que encontremos, cueste lo que cueste. Amén.

El coro de «amén» me resonó en el pecho. Al abrir los ojos, me golpeó la emoción que amenazaba con salir. Varios feligreses asentían con respeto real. Pero fue la mirada de Vidal, que entendía sin juzgar, la que me llegó al fondo.

Me dejé caer en la silla mientras volvía el ruido. Me temblaban un poco las manos. Esas palabras improvisadas habían roto algo dentro

—un muro levantado tras años viendo lo peor de la gente.

—Perfecto —dijo Vidal sin más, cambiando de tema para darme un respiro.

Más tarde, cuando la sala se vaciaba, me encontré apilando sillas contra la pared, agradecido por tener algo mecánico que hacer. El cura se puso a mi lado, pillando el ritmo sin hablar.

—Tu intervención ha sido reveladora —comentó al fin, sin mirarme.

—Estoy oxidado —intenté quitarle importancia.

Vidal levantó una silla pesada.

—No hablo de técnica —aclaró, colocándola con cuidado—. Has pedido verdad y coraje. Dice mucho de ti.

Procesé sus palabras mientras seguíamos.

—¿No es lo básico en nuestros trabajos?

—Sobre el papel, claro —concedió con una sonrisa amarga—. Aunque muchas parroquias prefieren la comodidad a la verdad, y muchos cuarteles prefieren estadísticas a justicia real.

En el clavo.

—Veo que lo has pensado —observé, poniendo la última.

—En la cárcel, como capellán, vi cómo las dos instituciones fallan a quienes más las necesitan —se secó la frente—. El valor para enfrentar la verdad escasea, Gabriel. Y casi siempre nace después de perder algo que no se recupera.

—¿Te pasó a ti?

Asintió despacio, la mirada perdida.

—Fui abogado de empresa diez años. Hasta que perdí a mi hija.

Me dejó sin palabras.

—Heroína —soltó directo—. Su historia es un catálogo de fallos: médicos, jueces, curas. Todos los que debían protegerla la dejaron tirada.

Miró por la ventana, donde nuestros reflejos se mezclaban con el parking vacío.

—Después de enterrarla, no pude seguir en un sistema podrido —resumió brutal—. Los jesuitas me acogieron con un programa especial. Mi formación legal aceleró todo. Tres años de seminario mientras trabajaba en un centro de adicciones, y el obispo Marín me

dio permiso para ordenarme. Doce años de capellán en la cárcel antes de volver aquí.

Su confesión me pilló desprevenido. No era un sospechoso al que sacar información; era alguien compartiendo un dolor que conectaba con el mío. Su camino desde los despachos de cristal hasta las celdas y ahora esta parroquia explicaba esa profundidad que intuía —alguien que había pasado por todos los infiernos.

—Siento lo de tu hija —fue lo único que pude decir.

—Gracias —miró el reloj—. Tengo una reunión ahora, pero me gustaría seguir hablando otro día.

En la puerta, se paró.

—Tu investigación es importante, Gabriel —me miró fijo—. Más de lo que crees.

Lo vi alejarse, sus palabras dándome vueltas. Me quedé solo en la sala vacía, notando que algo importante había cambiado durante esa cena.

La verdad empezaba a salir en Morella, no solo en el caso Llorens, sino en los rincones de mi propia cabeza. Y las dos parecían conectadas, como si una no pudiera avanzar sin la otra.

Salí al frío de la noche. Las estrellas brillaban duras sobre el campanario. Mi oración improvisada seguía sonando dentro: «Ayúdanos a ver lo que ha estado escondido».

Y por primera vez en años, sentí que alguien podría estar escuchando.

9

El cuartel de la Guardia Civil tenía ese silencio característico de las tres de la madrugada. No es que no hubiera ruidos, es que todo esperaba. Como si el edificio entero contuviera la respiración hasta el cambio de turno.

En el mostrador, dos guardias. La radio escupía interferencias cada pocos segundos. Nada más.

Recorrí los pasillos con los ojos cerrados. Podría haberlo hecho, de tantas veces que había hecho el mismo camino. El compañero del turno de noche ni levantó la cabeza del crucigrama cuando pasé. Un saludo mínimo, de los que se hacen los que trabajan mientras otros duermen.

La puerta de mi despacho chirrió como siempre. Era más un trastero reconvertido que una oficina, pero era mío. Las paredes estaban forradas de fotos, documentos, mapas. Hilos rojos conectando puntos, fechas, nombres. Mi pequeño reino de obsesiones.

Añadí los datos nuevos de Rivera y las notas del archivo parroquial que me había pasado Vidal. Bajo la luz blanca de los fluorescentes, el patrón se veía cada vez más claro: una red de instituciones que creaban puntos ciegos justo donde debería haber más vigilancia.

No era casualidad. Era diseño.

Oí la puerta abrirse a mi espalda. El cuerpo reaccionó solo: la mano fue al costado derecho, donde ya no llevaba el arma. Media vuelta, músculos tensos.

Laura Álvarez estaba en la puerta, su figura recortada contra la oscuridad del pasillo.

—Sigues quemándote las pestañas. —Había reproche en su voz, pero también algo más.

Me relajé. Un poco. Laura siempre me había producido ese efecto contradictorio: me calmaba y me ponía nervioso al mismo tiempo.

—Repasando el caso Llorens —dije, cerrando la puerta.

La sentí moverse por la habitación, ocupando el espacio. Iba perfecta, como siempre: uniforme impecable, ni un pelo fuera de sitio, la placa reluciente. Solo los ojos delataban las noches sin dormir.

—Menudo montaje te has hecho aquí. —Se paró frente a mi mural de conexiones. Siguió con el dedo uno de los hilos rojos que iba desde la foto de Clara hasta los papeles del programa juvenil—. Me recuerda al caso Molina.

Molina. El nombre cayó entre nosotros como una losa. El caso que resolvimos cuando éramos compañeros de verdad. Antes de que todo se fuera al garete.

—Molina era más sólido —dije, manteniendo el tono neutro—. Esto son solo... intuiciones conectadas con chinchetas.

Laura siguió examinando mi trabajo, moviéndose por el despacho como quien reconoce un territorio familiar. Se detuvo en la sección de Vilanova, leyendo mis notas sobre la condena y la posterior exoneración.

—He estado mirando los expedientes de Vilanova. —Lo dijo despacio, midiendo cada palabra—. Hay cosas raras en la cadena de custodia que no vi en su momento.

Me giré del todo. Eso no me lo esperaba.

—¿Qué tipo de cosas?

—Informes forenses que mencionan pruebas que luego desaparecen. —No apartaba los ojos de mis notas—. Testimonios que cambian entre las primeras declaraciones y lo que se dijo en el juicio. Cambios pequeños, pero importantes.

Respiró hondo.

—Cosas que tendría que haber visto entonces.

La confesión quedó flotando en el aire. La Laura que yo conocía no reconocía errores. Esto iba más allá de una simple autocrítica profesional.

—¿Por qué has venido?

Se acercó a mi cronología, estudiando las conexiones entre Llorens y Vilanova. La luz le sacaba algunos brillos plateados en el pelo negro. Demasiado joven para tener canas.

—Porque desde que Vilanova salió no duermo bien. —La voz se le quebró un poco—. Porque lo que tienes aquí encaja con cosas sueltas que he ido encontrando.

Bajó la voz:

—Y porque sé lo que es despertarse a las cuatro de la mañana preguntándote qué se te escapó. Qué señales decidiste no ver porque era más cómodo mirar para otro lado.

Me golpeó todo a la vez: el alivio de saber que no estaba loco, el vértigo de pensar en lo que significaba seguir adelante, y algo más profundo: volver a conectar con la única persona que me había entendido de verdad.

—Si nos metemos en esto —continuó, recomponiéndose—, tendremos que ir con más cuidado que la última vez. Sin prisas.

—¿Nos metemos? —No pude disimular la sorpresa—. ¿En plural?

Su expresión se suavizó un momento. Vi a la mujer detrás del uniforme.

—La liamos juntos, Gabriel. —Mi nombre sonó raro, después de un buen rato sin salir de sus labios—. Así que nos toca arreglarlo juntos.

Un ruido nos cortó. Pasos acercándose por el pasillo. Se pararon justo delante de la puerta.

La tensión nos puso alerta al mismo tiempo. El cuerpo tiene memoria: años trabajando juntos volvieron de golpe. Como si nunca nos hubiéramos separado.

Como si el tiempo no hubiera pasado factura.

10

El pomo giró despacio, como a cámara lenta.

El comandante Pascual llenó la puerta. Sus ojos de halcón recorrieron la habitación: las paredes llenas de pruebas, los papeles por todas partes, y Laura. Su cara pasó de la sorpresa al cálculo en un segundo.

—Trabajando hasta tarde, ya veo —dijo con esa calma falsa que no pegaba con su mandíbula tensa—. Espero que sea por el caso Cerrón.

Le sostuve la mirada sin pestañear. Momento clave.

—Investigación de contexto, mi comandante. Siguiendo conexiones relevantes.

Pascual entró con pasos medidos. Las manos a la espalda, los nudillos blancos de apretarlas. Se paró frente al mural de Llorens.

—Curioso concepto del contexto —soltó seco—. Esto parece más bien hurgar en un caso cerrado.

Sus ojos se clavaron en Laura como cuchillos.

—Un caso del que ordené al capitán Ferrer que se mantuviera al margen.

Laura se puso más recta sin que se notara mucho. La vi pasar de confidente a teniente en un segundo.

—Le he pedido al capitán que me explique sus métodos —dijo con voz neutra—. Para coordinación entre departamentos.

La mentira quedó en el aire, más clara que el agua. Pascual no se la tragaba, pero la excusa valía para cubrir el expediente. Un parche sobre una grieta enorme.

Se giró hacia mí, estudiándome como a un bicho raro.

—La semana que viene la Dirección General evalúa nuestros resultados —cambió el tono a ese registro meloso que había perfeccionado—. Necesito a mis mejores hombres centrados en casos que cuenten para las estadísticas. ¿Me explico?

El mensaje estaba claro: lo importante no era la justicia sino los números. Casos cerrados. Porcentajes buenos. Medallas para el cuartel.

Asentí sin decir nada, tragándome la rabia.

—Perfecto —Pascual fue hacia la puerta, marcando territorio con cada paso. En el umbral se dio la vuelta, como quien no quiere la cosa.

—Ferrer, un consejo de veterano —la voz paternal no pegaba con sus ojos fríos—. Los recursos del cuartel se asignan según las órdenes del mando. Y el mando pasa por mi despacho.

Sonrió sin ganas.

—Por si has olvidado cómo funcionan las carreras en el Cuerpo. Y cómo terminan.

La amenaza quedó flotando como gas venenoso.

Cuando se fue, el silencio pesaba como plomo. Laura se acercó a la puerta, la entreabrió para asegurarse de que se había ido.

—Te tiene fichado —susurró al volver.

—Nos tiene fichados —corregí.

Laura asintió. Los dos sabíamos que habíamos cruzado una línea.

—Hay que ir con más cuidado del que pensaba —murmuró—. Pascual no aparece de madrugada para charlar.

—¿Algún plan?

Estudió mi pared con esa cara de estar calculando opciones. La conocía bien: concentrada, precisa como un cirujano.

—Mantén tus casos oficiales perfectos —concluyó—. Sin fallos. Lo de Llorens y Vilanova, con recursos propios, nada del cuartel.

Me miró directo, como solo ella sabía.

—Y no te fíes de nadie fuera de esta habitación. Hasta que sepamos dónde pisamos.

Al ir hacia la puerta, algo le llamó la atención. La pequeña cruz de madera medio escondida entre papeles.

—Esto es nuevo —señaló con cuidado.

—Viejo, más bien. Era de mi abuelo.

—La recuerdo —su cara se suavizó—. La tenías en la mesa cuando nos pusieron de compañeros.

Hizo una pausa.

—Decías que te recordaba por qué entraste en el Cuerpo —añadió bajito—. Para proteger a los débiles. Para dar voz a los que no la tienen.

Me sorprendió que lo recordara. Una conversación de hace años, una guardia eterna con demasiados casos sin resolver y demasiado café malo.

—Todavía intento entender dónde encaja todo esto —admití.

Laura sonrió un momento, de verdad. Un destello de la mujer que conocí antes de que todo se liara.

—Quizá nos pase a los dos —dijo ya en la puerta—. Te llamaré sobre las cosas raras del expediente Vilanova. Y mientras... ojo avizor.

Y se fue, sus tacones alejándose con ese sonido decidido tan suyo.

Volví a mi cronología, añadiendo la reacción de Pascual al puzzle. Ya no era solo un caso frío. Me estaba metiendo en un lío gordo. La resistencia del comandante podía ser simple burocracia o algo peor. Fuera lo que fuera, ahora tenía al mando vigilándome mientras perseguía un caso que se veía cada vez peor.

Cogí la cruz y la giré entre los dedos. Tallada por mi abuelo en sus últimos días, pulida por años de manos buscando consuelo. Parecía pesar más con cada pieza del puzzle. Ya no era solo un recuerdo de una fe perdida. Era un recordatorio de por qué empecé, antes de que el cinismo me comiera.

Por la ventana, empezaba a llover, rayando el cristal. El agua convertía la calle en una mancha borrosa: luces difusas, siluetas que no se distinguían, la realidad hecha impresión.

Volví a mirar mi mural. Ya no era solo Clara Llorens. Era un sistema hecho para proteger a los poderosos machacando a los débiles.

Fuera cual fuera la verdad enterrada en esa maraña de crímenes viejos y silencios comprados, iba a sacarla. Aunque me costara todo.

La cruz quedó sobre la mesa, junto a la foto de Clara. Dos símbolos de redención: uno espiritual, otro profesional. Los dos apuntando a una verdad que había esquivado demasiado tiempo.

Y ahora, por primera vez en años, no estaba solo.

Pensé en Laura, en cómo se había abierto esta noche, en los riesgos que corría. Quizá los dos necesitábamos esto: la oportunidad de arreglar errores, de recuperar algo perdido por el camino.

Fuera, la lluvia golpeaba el cristal. Dentro, en mi escondite de verdades a medias, sentí algo casi olvidado.

Esperanza.

11

La casa de Eleonor Esteve no necesitaba carteles para anunciar su situación. La pintura descascarillada de las molduras y el jardín medio abandonado hablaban por sí solos. Era el tipo de hogar donde cada euro cuenta, pero donde la dignidad no está en venta.

En el porche donde las fotos del expediente mostraban a Núria estudiando, ahora había macetas desparejadas con geranios. Un móvil hecho con cucharas viejas y chapas de refresco colgaba junto a la puerta, tintineando con el viento.

Había seguido el protocolo de evasión al detalle. Puerta trasera, dos callejones para despistar y el Seat viejo de Rodríguez como camuflaje. Si Pascual me había puesto vigilancia encima, a estas alturas estarían dando vueltas en círculo.

Eleonor me abrió con esa cortesía cansada de quien ha tenido demasiadas visitas oficiales. El salón intentaba parecer elegante con recursos limitados. Las fotos de Núria estaban por todas partes: desde cuando era una niña con las rodillas raspadas hasta la adolescente de mirada dura. Toda una vida enmarcada en plástico barato.

—Capitán Ferrer. —Se dejó caer en un sillón de flores descoloridas —. Usted interrogó a mi hija.

No era una pregunta. Era un hecho grabado a fuego. Asentí, sintiendo el peso de todo lo que había pasado.

—Fui el investigador principal del caso.

—Núria confiaba en usted. —Me miró sin hostilidad, pero con una intensidad que pesaba—. Decía que era el único que de verdad la escuchaba.

El golpe fue directo. La había escuchado, sí. La había creído completamente. Y por creerla, había encerrado a un inocente. La culpa me atravesó como cristales rotos.

—Estoy revisando algunos aspectos de la investigación tras la absolución de Vilanova. —Mantuve el tono neutro que te enseñan desde el primer día en la academia.

—Me lo imaginaba.

Le temblaban las manos de forma casi imperceptible. En ese temblor estaba todo el infierno de una madre: no había podido proteger a su hija y encima la había animado a destrozar la vida de un inocente.

—Núria no me habla desde que salieron los resultados del ADN. —La voz se le quebró—. Me culpa por animarla a denunciar. Por creerla.

—Señora Esteve, necesito entender mejor el contexto. —Saqué mi cuaderno con cuidado—. Tengo entendido que Núria participaba en un programa de mentoría en Santiago Apóstol.

—Ah, sí. Lo del juez Soriano. —Un atisbo de orgullo apareció en su cara—. Una oportunidad única para gente como nosotros. Reuniones semanales con gente importante, apoyo con los estudios, cartas de recomendación que abrían puertas... Hasta becas, si demostrabas que valías.

—¿Cómo entró Núria al programa?

—La recomendó el orientador del instituto, Rivera. Dijo que con sus notas y nuestra... —buscó la palabra menos humillante— situación económica, era perfecta para el programa. No aceptaban a cualquiera, ¿sabe? El juez Soriano revisaba cada solicitud personalmente.

Otra pieza del puzzle: Rivera como cazatalentos, seleccionando a los más vulnerables. El mismo que debería haber hecho el seguimiento de Clara pero nunca escribió ni una línea.

—¿Cómo le fue a Núria en el programa?

—Al principio, genial. —Medía cada palabra—. Mi niña siempre fue muy aplicada. El programa le dio estructura, metas, confianza.

Se paró frente a una foto donde Núria sonreía sin ganas.

—Aunque ahora que lo pienso... —La duda le cambió la expresión mientras rebuscaba en su memoria—. También hubo cosas raras. Se volvió muy reservada con algunos aspectos del programa. Empezó a hablar de "sesiones especiales" para los más prometedores, "trabajo más profundo" que no todos hacían.

Mi bolígrafo se detuvo. El mismo patrón. Las mismas palabras exactas.

—¿Mencionó alguna vez a Clara Llorens?

La sorpresa le cruzó la cara.

—Sí, todo el tiempo. Coincidían en el programa aunque Clara era dos años mayor. Núria la admiraba muchísimo. —El tono se volvió nostálgico—. Un día llegó contentísima porque Clara la había defendido cuando se equivocó delante del juez.

—¿Y después de que Clara desapareciera?

El cambio fue brutal. Como si le hubieran cortado las alas.

—Núria se... apagó. —Las palabras le costaban—. Se encerró en sí misma. Desarrolló manías raras. Comprobaba las cerraduras mil veces antes de acostarse. No podía dormir sin luz. Cuando le sugerí que buscara ayuda, estalló como nunca la había visto.

Las piezas encajaban perfectamente. Un patrón claro: el vínculo Clara-Núria, el cambio radical tras la desaparición, un miedo que iba más allá de la preocupación normal por una amiga desaparecida.

Me levanté, pero me detuvo con un gesto.

—Espere. —Desapareció por el pasillo y volvió con una caja de cartón vieja—. Núria dejó esto cuando se fue. No quiso llevarse nada de aquella época. Como si quisiera borrarlo todo.

Abrió la tapa con cuidado.

—Papeles del programa, su diario de entonces, algunas fotos... Quizá le sirva para entender qué pasó realmente.

La caja guardaba los restos de lo que una adolescente creyó que sería su billete al éxito. Ahora olía a trampa. Un sistema de caza disfrazado de oportunidad.

Mientras metía la caja en el maletero del Seat, algo llamó mi atención. Un todoterreno negro aparcado a media calle. Cristales tintados, matrícula que desentonaba en el barrio. La ventanilla del conductor bajó lo justo para que asomara el objetivo de una cámara.

Clic.

Prueba gráfica de mi desobediencia, archivada y lista. Mañana habría consecuencias, podía olerlo.

Cerré el maletero de golpe. Después de años buscando a ciegas, quizá había encontrado el hilo que me llevaría hasta Clara Llorens.

El problema era que ese mismo hilo me convertía en objetivo para quienes preferían que ciertas verdades siguieran enterradas.

Y ellos tenían todas las cartas a su favor.

12

Las cuatro carpetas me devolvían la mirada desde la encimera como testigos mudos. La luz de mayo se filtraba entre las persianas, trazando líneas de cebra sobre mis notas. Veintiún años de sospechas cristalizadas esperando su momento de eclosión.

Un sorbo de café. La misma marca desde 2005, como si cambiar el sabor fuera otra forma de traición. Hay rutinas que te mantienen cuerdo; otras que te condenan a orbitar eternamente alrededor del pasado.

Los nombres en las pestañas pulsaban como advertencias:

Padre Tomás Reig.

Concejal Javier Palomares.

Dr. Martín Rivera.Juez

Guillem Soriano.

Cuatro pilares comunitarios. Cuatro depredadores camuflados.

Mi dedo se detuvo sobre la carpeta de Soriano, la más gruesa con diferencia. En comisaría me habían bautizado como «El Archivero» por mi obsesión con los detalles microscópicos, pero es que el juez emergía en cada esquina del caso: galas benéficas, el programa de mentores, la iniciativa juvenil... Siempre con las manos posadas sobre hombros adolescentes. Clara. Núria. El mismo gesto territorial, marcando propiedad.

«Empieza por el padre», sugería la nota que acompañaba la pulsera. Podría referirse al padre biológico de Clara, el que desapareció tras el divorcio. Pero mi instinto tiraba hacia otra interpretación: una figura paterna de las que prometen salvación y entregan destrucción.

Cerré los ojos y permití que las piezas encontraran su encaje natural.

Reig: el sacerdote con fama de manos inquietas. Jamás una denuncia formal, pero siempre ese murmullo persistente.Palomares: el político con cuarenta minutos en blanco la noche que Clara se volatilizó.Rivera: el orientador con un expediente sellado que me quemaba en las manos. El mismo que canalizaba chicas hacia el programa de Soriano.Y Soriano: el juez inmaculado cuya sombra planeaba sobre ambas víctimas con paciencia de carroñero.

El reloj marcó las siete y media. A las nueve, encuentro con Reig en San Miguel. Después, una jornada completa en el cuartel exhumando lo que llevábamos dos décadas contemplando sin ver.

Deslicé las carpetas en el maletín. Su peso trascendía el papel y la tinta: cargaban con una verdad capaz de dinamitar media provincia. Y mi carrera de paso.

Las palabras brotaron sin filtro: un susurro en el piso vacío pidiendo claridad para encontrar lo que tanto tiempo llevaba sepultado. La súplica quedó flotando entre las paredes desnudas. ¿Estaba preparado para las consecuencias? Irrelevante. Clara llevaba veintiún años esperando justicia.

Había llegado la hora del ajuste de cuentas.

San Miguel se alzaba contra un cielo encapotado, la piedra ennegrecida por la lluvia reciente. Las iglesias siempre me han resultado paradójicas: santuarios del espíritu que albergan los secretos más sórdidos. Demasiados siglos acumulados en los muros, demasiados santos observándote desde las vidrieras con esa expresión que dice «conozco tus pecados».

Reig aguardaba en el claustro, refugiado bajo un ciprés que goteaba con persistencia metronómica. Más joven de lo anticipado —cuarenta y tantos—, cabello prematuramente plateado, ojeras de

insomnio perpetuo. Vaqueros gastados y camisa negra con alzacuellos. Un sacerdote contemporáneo, de los que no espantan a las beatas.

—Capitán Ferrer. —Su apretón fue sólido, aunque el párpado izquierdo delataba un tic nervioso—. Llevo años esperando esta conversación.

Arqueé una ceja. No era la bienvenida estándar cuando aparece la Guardia Civil.

—No es el recibimiento habitual en mi línea de trabajo.

Su sonrisa destilaba acidez pura.

—Los pueblos tienen memoria de elefante, capitán. Y las sacristías, memoria selectiva. Los rumores sobre mí persisten, aunque ahora circulen en susurros.

Me condujo hasta un despacho lateral que parecía el resultado de un seísmo en una biblioteca. Volúmenes apilados hasta el techo, torres inestables colonizando el suelo. En la pared, una reproducción del Caravaggio de la vocación de San Mateo: luz y sombra partiendo el lienzo, el dedo divino señalando al recaudador. Me pregunté si Reig se veía como el pecador marcado o como el elegido.

—Entonces intuye el motivo de mi visita. —Tomé asiento sin ceremonia.

—Clara Llorens. O Núria Esteve. O ambas. —Entrelazó los dedos en un gesto que no llegaba a ser rezo—. He seguido ambos casos obsesivamente. Más de lo prudente, seguramente.

Lo analicé buscando los indicadores clásicos: parpadeo errático, mano cubriendo la boca, mirada esquiva. Nada. Solo la tensión de quien ha ensayado este diálogo hasta el agotamiento.

—¿Por qué esos casos específicamente? Morella ha presenciado su cuota de desgracias.

—Porque estaban fracturadas como yo lo estuve de chaval. —Mantuvo el contacto visual sin flaquear—. Y porque les fallé. Les fallé espectacularmente.

La sinceridad me pilló desprevenido. Venía armado para sortear evasivas clericales y escudos de confesionario. No para esta exposición visceral.

—¿En qué sentido les falló?

Inspiró profundamente, como buzo antes del descenso.

—Presencié lo que ocurría y miré hacia otro lado. —Las palabras cayeron como sentencias—. Me autoconvencí de que no era mi jurisdicción, que alguien más intervendría. Me parapete tras el secreto de confesión cuando lo necesario era dar la cara.

En sus ojos no detecté la culpabilidad del perpetrador, sino la vergüenza corrosiva del cómplice pasivo. Y supe, con esa certeza que te golpea las vísceras, que estaba a punto de escuchar revelaciones capaces de hacer temblar los cimientos.

13

Me incliné hacia delante. Algo me decía que esto iba a ser importante.

—¿Qué vio exactamente? —pregunté manteniendo la calma, aunque el corazón me iba a mil.

Reig apretó las manos hasta que se le pusieron blancas.

—Un patrón —susurró—. Chicas vulnerables. Figuras de autoridad. Manipulación disfrazada de orientación espiritual.

Me miró directamente, con un dolor viejo en los ojos.

—Lo reconocí porque yo pasé por lo mismo de crío —continuó—. Diferente lugar, mismo método. El adulto respetable que se hace pasar por salvador, el único que de verdad te entiende.

Se me puso la piel de gallina. Conocía ese manual: el protocolo del depredador punto por punto.

—Me está hablando en general, padre —insistí—. Necesito datos concretos. Fechas. Nombres. Hechos.

Asintió nervioso, como un pájaro enjaulado.

—Lo entiendo, capitán —se paró y me estudió—. Pero antes dígame: ¿ha pasado algo nuevo? ¿Ha desaparecido otra chica?

El pánico en su voz era real. Decidí cuánto contarle.

—Estoy reabriendo el caso. Ha aparecido información nueva.

No mencioné la pulsera ni el sobre anónimo.

Vi cómo se relajaba.

—Menos mal —suspiró aliviado—. Llevo tanto tiempo esperando esto...

Se levantó de golpe y fue hasta la ventana. Cuando se dio la vuelta, su cara había cambiado.

—Lo que vi fue al juez Soriano eligiendo un tipo específico de chicas —empezó, midiendo cada palabra—. Inteligentes. Solas. De familias problemáticas. Necesitadas de que un adulto las valorara.

Hizo una pausa.

—Hacía de padre sustituto, del mentor que las "entendía" —sus dedos golpeaban el alféizar—. Identificaba sus puntos débiles y trabajaba sobre ellos sistemáticamente. Demasiado... preciso.

Mi bolígrafo corría sobre el papel. El perfil del depredador se dibujaba con claridad aterradora.

—¿Vio algo inapropiado?

Soltó una risa amarga.

—Ese es el problema, capitán. Nada que pudiera señalar y decir: "Ahí está la prueba".

Volvió al escritorio, acercando su silla.

—Esa era su genialidad. Todo quedaba en esa zona ambigua de "guía espiritual" que nadie sabía cómo cuestionar. Y menos viniendo de un juez cuya palabra aquí era ley.

—Pero usted sospechaba.

—Más que sospechar —bajó la vista—. Sabía, pero no podía probarlo. Y nadie quería oírlo.

Sacó una botella de agua del cajón. Le temblaban las manos.

—Hubo un encuentro juvenil, octubre del 2005. Un mes antes de que Clara desapareciera —bebió como quitándose un mal sabor—. Soriano dio una charla sobre la sumisión bíblica.

Se frotó las sienes.

—Su interpretación sobre doblegar la voluntad me puso enfermo. Citó lo de "la letra con sangre entra" pero lo llevó hacia la entrega total a la autoridad —sus ojos se perdieron—. No era teología, capitán. Era adoctrinamiento con barniz religioso.

El bolígrafo seguía volando sobre el papel. El patrón se hacía cada vez más claro.

—Hablé con Clara después de esa charla —siguió Reig—. Parecía confundida. No asustada exactamente, sino perdida. Como atrapada entre dos versiones diferentes de la misma historia.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Que el juez Soriano se lo había explicado de otra forma en sus "sesiones privadas" —la rabia vibraba en su voz—. Que no era someterse a cualquier autoridad, sino a la voluntad divina a través de las autoridades elegidas. Como él.

—¿Sesiones privadas? —algo hizo clic en mi cabeza.

Reig asintió con cara sombría.

—Su programa de mentores. Lo llamó "Restauración Juvenil" —hizo una mueca—. Financiado en parte con fondos de la parroquia. Soriano era generoso con sus donaciones.

Me miró con una vergüenza que parecía comerlo por dentro.

—Una vez cuestioné sus métodos —confesó—. Me recordó muy claramente cuánto dependíamos de su dinero. Cuántos chavales perderían apoyo si esos fondos... desaparecían.

Chantaje puro y duro. El depredador protegiéndose con el talonario.

—Háble me de la infancia de Soriano —cambié de táctica siguiendo un presentimiento.

Reig parpadeó sorprendido.

—¿Su infancia? —arrugó el ceño—. La mencionaba a veces. Su padre era diácono de los duros. Predicaba la gracia pero en casa repartía disciplina a base de golpes.

Se paró a pensar.

—El juez me dijo una vez que quería crear los refugios que él nunca tuvo de niño —entornó los ojos—. Sonaba noble. Pero algo no cuadraba en su expresión. Como si recitara un papel aprendido.

—¿Guardó algo? —me incliné hacia delante—. ¿Cartas entre Soriano y las chicas? ¿Notas, lo que sea?

Mi voz sonó más urgente de lo que pretendía.

Reig se quedó paralizado. Sus ojos se abrieron como si acabara de tomar una decisión sin vuelta atrás.

—No pensé que... —empezó y se cortó—. Espere.

Se levantó y desapareció por una puerta lateral. Oí cajones, llaves, metal contra metal. Los sonidos de secretos saliendo a la luz.

Mientras esperaba, volví a mirar el Caravaggio. El dedo señalando al pecador, la luz cortando la oscuridad. ¿Quién era el verdadero pecador aquí? ¿Reig por callar? ¿Yo por no ver? ¿O el que se escondía tras la máscara de hombre respetable?

Volvió con una caja metálica pequeña. La llevaba como si fuera explosiva. La puso sobre el escritorio.

—La guardé —susurró casi sin voz—. Rompiendo todas las reglas. Traicionando todo lo que me enseñaron.

Me miró mezclando vergüenza y decisión.

—Pero sabía... —se le quebró la voz—. Sabía que algún día alguien como usted vendría. Y necesitaría más que mi palabra contra la de un juez.

Con manos temblorosas abrió la caja. Dentro, una libreta con una cruz dorada en la portada. La reconocí al instante: de las que Soriano regalaba a sus "protegidas".

La sacó con mucho cuidado y me la dio.

—Es el diario de Clara —su voz era un hilo—. Lo dejó en el confesionario una semana antes de desaparecer. Mojado. Como si hubiera escrito llorando.

Se calló, con los ojos brillantes.

—Nunca lo abrí —confesó—. No me atreví. Pero tampoco pude destruirlo. Habría sido traicionarla dos veces.

Lo cogí con respeto. Tan pequeño. Tan ligero. Y con el peso de años de preguntas.

Al abrirlo, cayó un papel doblado. Lo abrí: una foto. El corazón se me paró.

Clara y Núria sonriendo delante del chalé de montaña de Soriano. El mismo que registramos de arriba abajo en 2006 sin encontrar nada.

Pero había algo más. Algo que entonces no vimos.

Al fondo, tras una ventana, una figura mirando. Un hombre medio escondido. Y en su muñeca, brillando con el sol, una pulsera plateada con una cruz.

La misma del sobre anónimo de hace tres días. La que me había devuelto al caso.

La primera pieza real del puzzle.

El tiempo se detuvo mientras miraba la imagen. Y estudiando esa cara medio oculta, esa pulsera brillando como una confesión muda, sentí que Clara por fin me hablaba.

Como si dijera: "Siempre estuvo ahí. Solo había que saber mirar".

14

El amanecer de junio entraba débil entre las persianas. Llevaba horas despierto frente a los expedientes esparcidos sobre la mesa de la cocina. El café se había enfriado. La libreta abierta mostraba una sola nota que me obsesionaba desde las cuatro de la madrugada: palabras sobre la justicia que retrocede y la verdad que tropieza, sobre convertirse en presa por apartarse del mal. El texto encajaba con mi situación: cazado en mi propio cuartel por buscar una verdad incómoda.

Las 5:46. Primera entrevista en cuarenta y cuatro minutos. Me levanté, enjuagué la taza y mi reflejo en el cristal me devolvió la imagen de un desconocido con ojeras. Pero había algo más en esa mirada: una determinación que llevaba años sin sentir.

El edificio de Sara Molina estaba al este de Morella. Llegué a las seis y media, aparqué a media calle. Sara —la mejor amiga de Clara — trabajaba como enfermera en La Fe y saldría para el turno de mañana.

A las 6:33 en punto salió con su uniforme azul, termo en mano. Me bajé del coche. Se quedó paralizada al reconocerme, sus ojos pasando de la sorpresa a la desconfianza.

—Capitán Ferrer —voz cortante pero controlada—. Me preguntaba cuándo volverían a aparecer.

—Señora Molina. Gracias por recordarme.

Sonrisa amarga como respuesta.

—Difícil olvidar al guardia que anota cada palabra pero se pierde lo importante —tono frío —. ¿Qué busca ahora? Justo ahora.

Mantuve la postura firme sin resultar amenazador.

—He reabierto el caso de Clara. Por mi cuenta.

Me estudió con esa mirada clínica de las enfermeras veteranas, buscando síntomas ocultos. Miró el reloj.

—Tengo media hora antes de irme —entró sin mirar atrás—. Pase.

El piso era pura funcionalidad: muebles mínimos, cada cosa en su sitio. Me llevó a la cocina.

—¿Café?

—No, gracias.

Saqué la libreta pero la mantuve cerrada. A veces el bloc levanta muros invisibles. Me incliné un poco, presente sin presionar.

—Voy a hacer esto diferente esta vez —expliqué—. Cierre los ojos si le ayuda, y háble me de Clara los meses antes de desaparecer. Detalles pequeños, cosas que entonces parecían sin importancia.

Me miró con interés profesional.

—Entrevista cognitiva —identificó—. La usamos con pacientes traumatizados.

Cerró los ojos y respiró hondo, como preparándose para bucear en aguas oscuras.

—Era otoño. Noviembre —empezó, voz clínica pero dedos tensos alrededor de la taza—. Clara había cambiado. No de golpe, sino poco a poco, desde que entró en el programa del juez Soriano.

Observé cada gesto mientras continuaba:

—Me llamaba todas las noches a las nueve. De repente, martes y jueves estaba "ocupada". Sesiones especiales, las llamaba.

—¿Le contó algo sobre esas sesiones?

—Ese es el problema: no podía —abrió los ojos y me miró fijamente—. Decía que eran confidenciales. "Parte del proceso de sanación". Esas palabras exactas, pero no sonaban suyas. Como si repitiera algo aprendido.

Hizo una pausa, midiendo las palabras.

—Empezó a llevar manga larga siempre. Decía que tenía frío —la voz se tensó—. Pero una vez, en el vestuario, vi moratones en las

muñecas. Como marcas de agarres fuertes.

Mantuve la cara neutral aunque la adrenalina se disparó.

—¿Le preguntó?

—Dijo que se había caído en una excursión —la fachada profesional se agrietó—. Pero Clara era experta escaladora... nunca perdía el equilibrio.

Respiró entrecortada.

—La última vez me miró de una forma especial. Estábamos junto a las taquillas, iba a decirme algo cuando Soriano apareció al fondo del pasillo —negó con la cabeza—. Solo estaba ahí, mirando. El cambio en Clara... He visto esa reacción en urgencias con víctimas de maltrato. Ese cambio inmediato para no provocar al agresor.

Asentí. Conocía el patrón perfectamente.

—¿Qué hizo Soriano?

—Sonrió —cada palabra pesaba—. La llamó con tanta suavidad que parecía el benefactor perfecto. Dijo que debían hablar de su "progreso" antes de la sesión —bajó la voz—. Clara lo siguió sin decir nada. Al día siguiente, había desaparecido.

El silencio se hizo denso antes de romperlo.

—Me contó parte de esto en 2005.

Su mirada se endureció.

—Te conté todo. Lo apuntaste todo y después preguntaste si Clara había hablado de planes de fuga —las palabras flotaron como una acusación—. Ya tenías tu conclusión hecha.

Sostuve su mirada sin intentar defenderme, aceptando el peso de mi ceguera.

—Ahora hago preguntas diferentes —respondí en voz baja.

La luz de la mañana alargaba las sombras del apartamento mientras me preparaba para enfrentar el abismo que, a conciencia, había evitado. Esta vez, sin atajos ni excusas que me sirvieran de refugio.

Esta vez escucharía las verdades que había estado demasiado ciego —o demasiado cobarde— para ver.

15

El juzgado de Morella estaba lleno del ruido típico de media mañana. Crucé el vestíbulo de mármol sintiendo las miradas clavadas en mi espalda. En pocas semanas había pasado de capitán respetado a problema profesional, el que desenterraba muertos que todos preferían mantener bajo tierra.

Las 10:10 en el reloj de la pared. Me dirigí al patio trasero donde Judith Fernández tomaba su café de todos los días.

La encontré en el banco de piedra gastado por años de descansos judiciales. Pelo gris en moño perfecto, dedos con artritis sobre el crucigrama del día. Veintisiete años como secretaria judicial la habían convertido en parte del mobiliario. Pero esta mujer, sombra constante de Soriano, era un archivo con piernas.

Mi sombra cayó sobre el periódico. Judith levantó la vista: me reconoció al instante y la desconfianza le cambió la cara.

—Capitán Ferrer. —Equilibrio perfecto entre educación y distancia —. Qué casualidad.

Sonreí lo justo.

—Señora Fernández. ¿Puedo sentarme? —Señalé el hueco libre.

La vi doblar el periódico ganando tiempo mientras procesaba la situación.

—No viene por una multa de tráfico, imagino. —Un toque de ironía defensiva.

—Estoy revisando el caso de Clara Llorens.

El nombre cayó entre nosotros como cristal roto. Reacción mínima pero clara: respiró más hondo, parpadeó un poco más.

—Vaya. —Una sola palabra cargada de significado—. Y como me aborda en mi descanso en vez de pedir cita oficial, deduzco que esto es... extraoficial.

Los secretarios judiciales veteranos huelen los asuntos delicados por instinto.

—Digamos que estoy explorando posibilidades. —Mantuve el tono casual.

Judith alisó arrugas invisibles en su falda. Preparándose para lo que venía.

—Bueno, capitán. —Rendición teatral—. Explore.

Calculé cómo entrar. Su actitud sugería que hablaría con condiciones.

—Trabajó con el juez Soriano más de veinte años.

No era pregunta sino invitación.

—Así es. —Asintió despacio—. Una mente jurídica brillante. Y compasivo también, a su manera.

Piqué.

—¿A su manera?

Entrelazó los dedos sobre el regazo. Barrera corporal típica.

—El juez era... complejo. —La mirada se perdió—. Un estudio en contradicciones. Nunca conocí a nadie que separara las cosas de esa forma.

Se giró hacia mí, tanteando límites.

—A veces se le humedecían los ojos con testimonios de menores maltratados. Lágrimas reales, no teatro. Y cinco minutos después dictaba sentencia con una frialdad que daba miedo. Como si tuviera un interruptor emocional.

—El trabajo judicial requiere cierta distancia emocional —sugerí, intuyendo que describía algo peor.

—Distancia, claro. —Aceptó con sonrisa amarga—. Pero lo suyo iba más allá.

Miró el patio vacío y bajó la voz.

—Una vez entré en su despacho sin llamar. Mala costumbre mía. Lo pillé frente al espejo del baño practicando expresiones faciales. Y no era para un juicio. Era... metódico. Dolor, compasión, severidad, comprensión... cada gesto medido al milímetro. Como un actor aprendiendo todos los papeles.

Mantuve la cara neutral mientras el pulso se me disparaba. Manual del psicópata página uno: fingir emociones que no tienes.

—¿Cuándo fue eso?

—Cuando amplió el programa juvenil. —Frunció el ceño, rebuscando en la memoria—. 2004, más o menos. Meses antes de lo de Clara.

Ladeó la cabeza, atrapando un recuerdo.

—Me vio mirándolo por el reflejo. —La voz se tensó—. Ni se inmutó. Se dio la vuelta y me explicó con total calma que ensayaba «expresiones judiciales apropiadas» para una conferencia.

—¿Había alguna conferencia?

—Ninguna. —Me miró con intensidad repentina—. Revisé su agenda esa misma tarde. Libre durante semanas.

El viento movió las hojas, proyectando sombras sobre su cara. Por un momento pareció más joven, como si soltar secretos aligerara el peso de los años.

—¿Recuerda algo más de esa época? —Presioné con cuidado—. ¿Algo relacionado con Clara Llorens específicamente?

Un destello de culpa le cruzó la cara.

—Una semana antes de que desapareciera, me quedé hasta tarde con papeleo urgente. —La voz se volvió cautelosa—. Al pasar por la antesala privada del juez, vi la puerta entreabierta. Clara estaba dentro, sentada sola. Esperando.

Se me cortó la respiración.

—¿Esperando?

—Como una estatua. —Se le empañaron los ojos—. Mirando al vacío con esa expresión que tienen los niños cuando saben que va a pasar algo malo pero no pueden escapar.

El silencio se hizo sólido entre nosotros como cemento fresco.

16

—¿Le pareció extraño?

—En aquel momento, no. —Judith se encogió de hombros—. El programa de mentoría del juez incluía sesiones individuales con los jóvenes. Pero después... cuando desapareció... —Buscó las palabras—. Me vino a la cabeza su expresión mientras esperaba. No era la angustia típica de una adolescente, capitán. Era terror puro. Ese miedo que reconoces porque lo has vivido.

El silencio se instaló entre nosotros como niebla espesa.

—¿Se lo dijo a alguien?

—Lo intenté con todas mis fuerzas. —Apretó los dedos hasta que se le pusieron blancos—. Fui al cuartel tres días después de la denuncia. Les expliqué que había visto a Clara en el juzgado. El guardia de turno... —Sus ojos me atravesaron—. Escribió cuatro líneas, dio las gracias de forma automática y dijo que lo pasaría al mando. Ese mando era usted, ¿no?

Ni rastro de esa declaración en el expediente original.

—Nunca vi ese documento. Nunca llegó a mi mesa.

Judith asintió con esa resignación de quien confirma lo que ya sabía.

—No me sorprende. Esta ciudad protege a los suyos. Siempre lo ha hecho.

El Hospital Regional seguía su ritmo de tarde: enfermeras cruzando pasillos con esa eficiencia automática de la rutina, pacientes esperando con la paciencia forzada de quien depende del sistema.

Tomé el pasillo de servicio hacia las zonas de personal. Mi siguiente parada no estaba en ningún protocolo, pero el instinto —esa brújula vieja que aún funcionaba— me decía que Marta Espinosa podría tener piezas importantes.

La encontré en la sala de descanso, una ensalada triste junto a una carpeta que cerró de golpe al verme entrar.

—Capitán Ferrer. —Voz de enfermera veterana: amable pero protegida—. No sabía que tuviéramos asuntos pendientes con la Guardia Civil.

—No es oficial, Marta. —Me senté sin ceremonias—. Solo una consulta entre viejos conocidos.

La familiaridad la pilló desprevenida. Años de formalidad construyen muros difíciles de saltar.

—Estoy revisando el caso Llorens.

El cambio fue sutil pero claro: se puso pálida, las pupilas se le dilataron en ese reflejo primitivo que no se puede fingir.

—¿Clara Llorens? Por favor, eso fue hace... ¿cuánto? ¿Veinte años?

—Veintiuno. —Saqué la libreta, notando cómo seguía cada movimiento—. Estoy conectando puntos sobre quién tuvo contacto con ella las últimas semanas. Hay una revisión rutinaria quince días antes. La hizo el doctor Lorenzo, pero el ingreso lleva sus iniciales.

Los dedos empezaron a tamborilear nerviosos sobre la carpeta. Ansiedad de manual.

—Yo no trabajaba en pediatría entonces. Estaba en urgencias.

—Sin embargo, aquí pone M.E. claramente. Marta Espinosa, ¿no? ¿Un favor entre compañeros, quizá?

La vi calcular opciones, esa aritmética mental de quien mide cada palabra como si fuera peligrosa.

—A veces cubría cuando faltaba gente. Fue hace mucho tiempo, capitán. No recuerdo cada paciente que registré en admisión.

Me eché hacia atrás, suavizando el tono.

—La memoria es curiosa, ¿verdad? Olvidas lo que cenaste ayer pero recuerdas perfectamente cosas de hace siglos.

Algo se rompió en su coraza profesional.

—Especialmente cuando esas cosas no te dejan dormir —susurró apenas.

—¿Cómo?

Marta levantó la vista y vi algo inesperado: miedo mezclado con cansancio. Como quien llega al límite de lo que puede aguantar.

—Hay secretos que pesan demasiado para llevarlos solo, capitán. Silencios que se vuelven... insoportables con los años.

Mi pulso se aceleró. Estaba tocando algo importante.

—¿Intenta decirme algo?

Miró la sala vacía. Respiraba como si le faltara el aire.

—Aquí no. Este lugar tiene oídos. —Se inclinó hacia mí—. Hay cosas del caso Llorens... patrones que llevo viendo años. Gente poderosa conectada de formas que ni imagina. El doctor Lorenzo podría...

Se cortó como si las palabras quemaran.

—¿Lorenzo? ¿El que atendió a Clara en su última consulta?

Empezó a recoger con prisa mal disimulada.

—Piénselo, capitán. —Recuperó algo de compostura—. A veces los desaparecidos no están tan lejos. A veces están delante de nuestras narices, escondidos en instituciones tan respetables que nadie piensa que puedan albergar monstruos.

Se levantó, la carpeta contra el pecho como un escudo.

—Si algún día tengo pruebas sólidas para compartir sin arriesgarme, será el primero en saberlo.

—Marta. —La llamé cuando llegaba a la puerta—. ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora?

Se paró sin darse la vuelta del todo, su silueta recortada contra la luz del pasillo.

—Porque corre el rumor de que nunca abandonó el caso. Y porque hay quien nunca dejó de esperar que los encuentre... cuando sea el momento.

Desapareció antes de que procesara sus palabras. Los encuentre. Plural.

El escalofrío que me recorrió la espalda no tenía nada que ver con el aire acondicionado del hospital.

¿Clara Llorens no fue la única?

La pregunta quedó flotando en la sala vacía como una presencia más.

17

El sol de la tarde bañaba el Centro de Rehabilitación Riverside con tonos dorados sobre el río Bergantes. Me paré antes de entrar. Patricia Llorens llevaba cuatro meses ingresada —su periodo más largo desde que Clara desapareció. El expediente mostraba un ciclo brutal: rehabilitación, recaída, rehabilitación. Un círculo de dolor girando durante veintiún años.

La encontré en un banco del jardín. Los rayos atravesaban su pelo descolorido creando un halo que contrastaba con el deterioro de su cara. Sus hombros caídos contradecían la agudeza de unos ojos que reconocí al instante.

Los ojos de Clara.

—Señora Llorens. Gracias por recibirme.

Me estudió con cautela.

—Patricia, por favor. —Su voz sonaba áspera—. Ya no hacen falta formalidades, ¿no cree?

Señaló el sitio vacío a su lado.

—Me han dicho que ha reabierto el caso de Clara.

—Extraoficialmente, sí.

Una mueca amarga le torció la boca.

—Extraoficialmente. —Saboreó la palabra—. ¿Es porque oficialmente mi hija sigue siendo una fugitiva? ¿Una adolescente problemática que no pudo más?

No esquivé su rabia.

—Creo que Clara no se fue por su voluntad. Creo que alguien le hizo daño.

Patricia me observó durante un largo momento. Algo en su postura se relajó, como un nudo que se afloja un poco.

—¿Qué espera de mí?

—Háble me del interés del juez Soriano por Clara. ¿Cómo entró en su programa de mentoría?

Una sombra le cruzó la cara. Sus dedos se entrelazaron sobre las rodillas.

—Fue después de su segunda acusación por hurto. El juez Soriano me llamó personalmente. —Su voz se volvió distante—. Dijo que normalmente no contactaba con los padres, pero que había visto algo especial en Clara. Algo... rescatable.

La palabra quedó flotando entre nosotros. Esperé.

—Me contó que le recordaba a su hermana pequeña. La que murió cuando eran niños. —Sus manos se retorcieron—. Me enseñó una foto vieja que llevaba en la cartera. Una chica de pelo oscuro con ojos tristes. Dijo que ayudar a Clara era como reconciliarse con su hermana.

Otra pieza encajaba. En mis años de servicio había visto depredadores usar historias personales para ganarse la confianza. Soriano seguía el manual al pie de la letra.

—¿Qué la convenció para aceptar?

Patricia levantó la vista. Vi en ella la culpa de quien entregó sin saberlo su mayor tesoro.

—¿Ha estado alguna vez realmente desesperado, capitán? ¿Sabe lo que es ser madre soltera con dos trabajos y una hija que se hunde?

Su voz cortaba.

—Y entonces este juez respetado ofrece atención personal, estructura, hasta ayuda para la universidad. —La amargura goteaba —. ¿Qué habría hecho usted?

No esperaba respuesta. Asentí.

—¿Clara expresó alguna vez preocupaciones?

Patricia miró hacia el río donde la niebla empezaba a levantarse.

—Se volvió cerrada. Pasaba más tiempo encerrada. Como si quisiera volverse invisible. —Un escalofrío la recorrió—. Pero cuando le preguntaba, citaba pasajes sobre honrar la autoridad. Sobre la sumisión. No era propio de ella.

Su voz flaqueó.

—No era mi Clara quien hablaba.

Esperé. Nos acercábamos a algo importante.

—La noche antes de desaparecer —continuó con esfuerzo—, la oí llorar en su habitación. No sollozaba. Era un llanto silencioso, como si ni en su dolor quisiera molestar.

Cerró los ojos.

—Cuando entré, estaba en el suelo con un libro abierto, meciéndose. Como un animal herido. Le pregunté qué pasaba y me miró con esos ojos... —La voz se le quebró—. Esos ojos que ya no conocía. Y dijo: «Mamá, ¿qué pasa si las personas que deberían protegerte son de las que necesitas protección?».

Se me encogió el pecho. Había oído frases parecidas demasiadas veces.

—¿Qué le respondió?

Patricia abrió los ojos, secos como pozos vacíos.

—Le dije que lo arreglaríamos juntas por la mañana. Que nada estaba tan roto que no pudiera arreglarse. —Las arrugas de su cara se hicieron más profundas—. Por la mañana había desaparecido. Y desde entonces intento arreglarme yo.

Me quedé en silencio, dejando que su testimonio se asentara. No ofrecí consuelos vacíos.

Cuando las sombras casi cubrían el jardín, Patricia habló de nuevo.

—Descubra qué le pasó a mi hija, capitán. —Su voz sonó firme por primera vez—. No por mí. Ya es tarde para mí. Por ella. Para que alguien escuche lo que intentaba decir.

—Lo haré.

No dije «lo intentaré». Solo una promesa que ambos sabíamos que podría costarme cara.

El viaje de vuelta a Morella fue como ir aclarando las ideas de forma inquietante. Las palabras de Marta resonaban: «Hay personas

que nunca han dejado de esperar que las encuentre...».

Las. Plural.

¿Habría otras además de Clara? Lo que insinuó la enfermera, junto con mis hallazgos, dibujaba un patrón perturbador. Los fragmentos apuntaban hacia Soriano y un sistema más siniestro de lo imaginable.

Encendí la radio del Patrol, pensando si consultar el SIGO o esperar para revisar el Archivo Central. Los casos viejos no siempre estaban digitalizados. Necesitaría expedientes físicos y justificar ante el comandante por qué desviaba recursos a un caso archivado.

Las luces de la ciudad aparecieron en el horizonte. Ahora entendía que algunas sombras no desaparecían con luz artificial. Que la oscuridad más densa no estaba en los callejones, sino tras las fachadas más respetables.

Tras las togas de jueces que predicaban justicia mientras robaban futuros.

Apreté el volante hasta que se me pusieron blancos los nudillos. Una certeza se formó en mi mente: había verdades enterradas que pedían salir a la luz.

Y supe que me habían llamado para sacarlas.

18

El móvil vibró cuando salía del portal. Laura al otro lado: «Tenemos que hablar. Nada del cuartel. ¿Bar de la Nacional 232 al mediodía?»

Llegué con tiempo de sobra. Espalda contra la pared, controlando todas las entradas. La HK reglamentaria me presionaba las costillas, recordándome quién era y qué hacía allí.

El local estaba tranquilo entre semana: un camionero con su tortilla en la barra, una pareja de jubilados con sus tostadas, la camarera limpiando superficies ya limpias.

Laura llegó puntual. Se sentó con esa tensión en los hombros que anuncia problemas gordos. Esperó a que la camarera dejara los cortados y se fuera.

—He estado mirando el historial de Soriano. —Medía cada palabra —. Hay un patrón claro con ciertos menores. Les da trato especial, sobre todo a los que acaban en sus programas.

—¿Trato especial?

Sus dedos tamborilearon nerviosos sobre la mesa.

—Tres casos con condenas suspendidas a cambio de «rehabilitación espiritual». Totalmente fuera de protocolo. —Respiró hondo—. Los tres acabaron como voluntarios bajo tutela directa de Soriano.

Las piezas encajaban solas.

—Se está montando su propio rebaño. Creando deudas de gratitud.

Laura asintió mientras se colocaba un mechón detrás de la oreja. Su gesto de siempre cuando algo la preocupa.

—Hay más. Algo personal. —Bajó la voz hasta el susurro—. Mi prima Elisa sale con Miguel, el hijo de Soriano. Lo que parecían celos normales ahora me suenan diferente. La controla de forma obsesiva, la mantiene aislada, cualquier queja la disfraza de «preocupación por su bienestar espiritual».

El silencio se hizo denso entre las tazas.

—De tal palo, tal astilla —observé—. Los hijos copian lo que ven en casa.

Laura me miró, dejando por fin la máscara de teniente.

—¿Desde cuándo has vuelto a lo religioso, Gabi?

La pregunta me pilló desprevenido.

—No sé si he vuelto del todo. —Carraspeé—. Pero miro alrededor y veo algo que va más allá de simples irregularidades. Algo más oscuro. Sistemático.

El móvil de Laura sonó. La vi ponerse pálida mientras leía.

—Mensaje de Pascual. Sánchez le ha contado tu visita a la parroquia. —Me miró con pena—. Te quedan solo casos rutinarios desde ya. «Optimización de recursos operativos», lo llama.

Me encogí de hombros. En la Guardia Civil las órdenes no se discuten, pero siempre hay grietas.

—Sánchez. El mismo que nunca falta a los torneos benéficos del juez.

—Este pueblo es una telaraña, Gabriel. —Laura cogió el bolso y dejó un billete junto al café sin tocar—. Tocas un hilo y vibra toda la red.

Se levantó.

—Mejor me voy antes de que alguien nos vea juntos. Intentaré conseguir más papeles, pero ten cuidado. —La preocupación se le notaba en los ojos—. Pascual te tiene fichado.

La vi perderse entre las mesas. El reglamento dice que informes al mando sobre indicios graves, pero cuando tu mando está comprado, el manual no sirve.

Saqué la libreta:

«Patrón sistemático de control y aislamiento. Método depredador. El sujeto crea marco religioso para justificar acciones. Publica método ocultando aplicación real. Cambios estructurales en iglesia facilitan aislamiento de víctimas potenciales».

Releí las notas. Ya no era simple trabajo policial. Era arqueología del horror: desenterrar lo que llevaba una eternidad pudriéndose bajo capas de respetabilidad.

Y como en toda excavación, cuanto más cavas, más apesta lo que encuentras. La sala insonorizada, los cables, la llave privada, las justificaciones divinas que disfrazaban de salvación lo que era depredación pura. Un puzzle macabro tomando forma.

Guardé el cuaderno en el bolsillo interior, rozando la cruz de madera que heredé. Al salir, el sol del mediodía iluminaba un camino que sabía llevaba directo a la oscuridad.

Dos opciones sobre la mesa: obedecer la orden de Pascual o seguir por mi cuenta. En el Cuerpo hay una tradición no escrita sobre las investigaciones paralelas: las que haces en tu tiempo cuando algo huele mal. Prohibidas en teoría, toleradas si traes resultados.

Esa sería mi ruta. Clara merecía justicia. Soriano debía responder. Y me daba igual cuántos muros hubiera que tirar.

19

23:42.

El móvil vibró contra la mesilla, su zumbido cortando la oscuridad. Mi mano tanteó hasta encontrarlo.

—Capitán Ferrer.

Al otro lado, un silencio denso. De esos que pesan más que las palabras, cuando alguien mide cada sílaba antes de soltarla.

—Soy Núria Esteve. —La voz llegó muy controlada—. Necesito hablar con usted. Pero no por teléfono.

Me senté de golpe. El sueño desapareció al instante. Núria Esteve: el nombre que había condenado a Eloi Vilanova hacía tres años. El mismo que ahora, tras las pruebas de ADN, sonaba a error judicial monumental.

—He vuelto al pueblo —continuó, y en esas palabras noté el peso de mil fantasmas—. Pero no puedo dejar que me vean con usted. Ni con nadie.

Su regreso ahora, justo cuando la absolución de Vilanova sacudía todo, no podía ser casualidad. En este trabajo aprendes que las casualidades son tan raras como encontrar oro.

—Hay un restaurante en la N-232. A treinta kilómetros al norte. —Una pausa—. El Faro Nocturno.

—Una hora.

El clic de la llamada cortada sonó como un disparo en la habitación vacía.

Me vestí a oscuras mientras repasaba su expediente mental. Treinta y cinco años. Antigua alumna brillante convertida en apestada. Una vida destrozada por un crimen que nunca pasó. Se había ido a Madrid hacía tres años, huyendo de las miradas que matan.

¿Por qué volver ahora al pueblo donde su nombre era sinónimo de mentira?

La carretera se extendía ante mí como una cinta negra, serpenteando entre colinas dormidas. Los faros del coche cortaban la oscuridad sin dominarla. Bajé la ventanilla y el aire frío de junio me golpeó la cara, cortante, entrando hasta los pulmones y despejándome del todo.

El Faro Nocturno apareció como un oasis de neón azul. Su luz parpadeante pintaba sombras raras sobre el asfalto agrietado del aparcamiento vacío. Un refugio para noctámbulos y almas perdidas.

Elegí la mesa del fondo. El café llegó sin pedirlo, cortesía de una camarera con ojeras profundas.

Núria Esteve apareció diecisiete minutos después. El tiempo la había cambiado, pero la reconocí en cuanto entró. Donde antes hubo una adolescente confiada, ahora se movía una mujer en alerta constante. La vi escanear el local milímetro a milímetro: salidas, ventanas, clientes. Esa vigilancia extrema de quien aprendió por las malas que la seguridad no existe.

—¿Ha venido solo? —Se sentó enfrente, sin dar la espalda a la puerta.

—Sí.

El pelo recogido en un moño simple acentuaba los ángulos duros de su cara. Había perdido mucho peso. Pero lo peor eran sus ojos: dos radares permanentes, evaluando peligros, esperando siempre el siguiente golpe.

—No debería estar aquí. —Sus dedos golpeaban el servilletero—. Pero he visto las noticias sobre Vilanova. Y no podía... no podía seguir callando.

—Lo siento. —Las palabras sabían a ceniza—. Por no haber visto la verdad entonces.

Una sonrisa amarga le torció los labios.

—Usted no se equivocó, capitán. Por eso estoy aquí. Porque fue el único que estuvo cerca de la verdad.

La camarera —un robot con delantal manchado— nos sirvió café sin preguntar. Esperé a que se alejara hacia la barra.

—Conocía a Clara Llorens.

Sus ojos me taladraron. Vi pasar por ellos la sorpresa, el miedo, y finalmente algo parecido al reconocimiento.

—Vaya. Está más avanzado de lo que pensaba. —Bebió un sorbo de café, ganando tiempo—. ¿Cómo llegó a ella?

—Las preguntas las hago yo. Explíqueme cómo la conoció.

Sus manos rodearon la taza como buscando un calor que fuera más allá de lo físico. Cuando habló, su voz había bajado un tono.

—Coincidíamos en el mismo programa. —Cada palabra parecía costarle—. La iniciativa de mentoría del juez Soriano para «jóvenes con potencial desaprovechado». —El sarcasmo goteaba veneno—. Así nos llamaba. Pero en realidad buscaba otra cosa: los invisibles, los inadaptados, los que nadie echaría de menos si desaparecíamos.

—Háble me de ese programa.

Su mirada se perdió hacia la ventana. Un camión pasó rugiendo, sus faros barriendo el interior como focos de prisión. Vi cómo todo su cuerpo se tensaba, listo para huir o pelear.

—Al principio era... era como un milagro. —Su voz sonaba lejana —. Esa es su genialidad, ¿entiende? Detecta tus grietas —el padre ausente, la madre alcohólica, los profesores que ya te dieron por perdido— y se ofrece a arreglarlas. A ser la figura que siempre necesitaste.

Bebió otro sorbo e hizo una mueca. Estaba frío y amargo, como las verdades que estaba a punto de contar.

—Lo más terrible es que se lo creía. —Los nudillos se le pusieron blancos alrededor de la taza—. No era un depredador consciente. Era peor: un iluminado convencido de cumplir órdenes divinas. Un monstruo que se sabe monstruo tiene límites, capitán. Pero alguien

que cree estar salvándote... —Su voz se quebró—. Ahí no hay frenos.

Dejé que el silencio se asentara entre nosotros. Con supervivientes de trauma hay que moverse con cuidado: un paso en falso y todo explota.

—Decía que estábamos rotos y que él nos arreglaría. —Su voz sonaba ahora desde muy lejos—. Las sesiones empezaron siendo normales: reuniones semanales en el centro parroquial, charlas sobre metas y superación. Parecía sacado de una película de autoayuda, ¿sabe? El mentor sabio y los jóvenes perdidos. Pero entonces... entonces todo se torció.

Hizo una pausa. La vi luchar contra los recuerdos como quien nada contra corriente.

—Las sesiones se volvieron privadas. En el sótano de la iglesia vieja. Decía que era para «trabajo espiritual profundo», lejos de las distracciones del mundo. —Una risa seca escapó de su garganta—. Menuda forma de llamarlo. Nos hacía estudiar textos sobre obediencia, sobre honrar la autoridad divina. Sobre cómo el sufrimiento purifica el alma.

El neón del restaurante parpadeó, sumiendo la sala en oscuridad por un segundo. En ese instante, vi en su cara a la adolescente aterrada que había sido.

20

Las piezas del puzzle encajaban de forma aterradora. El sótano de la iglesia vieja. Las modificaciones ocultas en los planos municipales. El circuito eléctrico que no aparecía en ningún documento oficial. Todo apuntaba a un sistema diseñado para algo mucho peor que simples reuniones de orientación juvenil.

Durante mis años en el EMUME había aprendido a leer estos patrones: depredadores que construyen jaulas de oro, que convierten la autoridad en cadenas invisibles. Pero esto... esto era una máquina perfecta, montada desde las alturas del poder, donde nadie se atreve a mirar.

—Usaba los versículos como otros usan navajas. —La voz de Núria había adoptado un ritmo casi mecánico, como recitando algo grabado a fuego—. La rebeldía era el peor pecado, la sumisión la mayor virtud. Se hacía llamar nuestro padre espiritual. —Su cara se endureció como piedra—. Cogía los textos sagrados y los retorcía hasta que el amor y el castigo eran lo mismo. Dos caras de la misma moneda.

Sus ojos encontraron los míos en la penumbra del local. Vi en ellos algo salvaje intentando salir.

—¿Sabe lo que es tener lo divino como arma apuntándote? —Cada palabra goteaba veneno guardado durante años—. ¿Los textos sagrados convertidos en cuerdas que te ahogan? Todo se vuelve

sospechoso después de eso, capitán. La fe, la confianza, hasta la esperanza. Todo se pudre.

Me tragué la rabia que me subía por la garganta. No era el momento. En este juego, la paciencia mueve las fichas importantes.

—¿Cuándo empezó a sospechar que algo iba mal con Clara?

—Noviembre de 2005. —La precisión de la fecha me sorprendió—. Empezó a apagarse como una vela sin aire. Se encerró en sí misma, adelgazó mucho. Las ojeras le comían la cara. Después me contó que Soriano la había elegido para una «restauración espiritual intensiva». —Bajó la voz hasta el susurro—. Totalmente confidencial, me dijo. Parte del proceso de purificación.

Hizo una pausa. Cerró los ojos como preparándose para saltar.

—La última vez que la vi... —tragó saliva—, me enseñó un diario que había estado escribiendo a escondidas. Me dijo que si le pasaba algo, que se lo diera a usted.

El corazón me dio un vuelco.

—¿A mí específicamente?

—Sí. Dijo que usted era diferente. Que no miraba a través de la gente, sino que escuchaba de verdad. Que no era como los otros agentes del pueblo.

Su risa sonó vacía.

—Qué ironía, después de todo lo que pasó.

—¿Qué ocurrió exactamente con Vilanova?

Sus ojos volvieron a la ventana. Otro coche pasaba despacio, los faros barriendo el interior como focos de búsqueda. Mi mano fue hacia el arma por instinto. Demasiados años en operaciones para no reconocer cuando te están vigilando.

—Después de que Clara desapareciera en diciembre, empecé a hacer preguntas. —Su voz se tensó—. Primero con cuidado, como quien no quiere la cosa. Después más directamente. Para marzo, Soriano había notado que no iba a parar.

Respiró hondo, como antes de bucear.

—Lo planeó todo al milímetro. —Las palabras parecían quemarle —. Me fue manipulando hasta hacerme creer que Vilanova me había... agredido. Usó todo su arsenal: la psicología, su autoridad, la confianza que yo tenía en él. Plantó recuerdos falsos como quien

siembra semillas. Me entrenó en mi propio testimonio hasta que yo misma me lo creí.

La frialdad con que lo contaba no escondía el temblor de sus manos alrededor de la taza vacía.

—Y le creí. Eso es lo imperdonable. —Sus ojos buscaron los míos como buscando un salvavidas—. Destrocé la vida de un inocente porque creí cada palabra que salía de su boca. Como si fuera palabra de Dios.

—La estaba preparando. —Las piezas encajaban perfectamente—. Si usted hablaba sobre Clara, nadie la creería. La loca que había mentido sobre una violación.

—Me lo dijo claramente. —Una lágrima le cayó por la mejilla—. Que nadie creería a una mentirosa. Que si seguía removiendo el tema, acabaría como ella.

La sangre se me heló. No había dicho «desaparecida». No había dicho «fugada». Había dicho «como ella». Conocimiento directo del destino de Clara Llorens.

Vi cómo, sin darse cuenta, se tocaba la muñeca izquierda. El mismo sitio donde Clara llevaba aquella pulsera plateada. La que había llegado en un sobre con sangre fresca, como mensaje del infierno.

Las luces volvieron a barrer las ventanas por tercera vez en diez minutos. La misma velocidad calculada. El mismo ángulo.

Y entonces lo entendí, con esa certeza fría que te mantiene vivo en el campo: esto no era solo un intercambio de información entre dos almas rotas.

Era una trampa. Y se estaba cerrando sobre nosotros.

21

El volante se me resbalaba entre las manos sudorosas mientras conducía hacia los Apartamentos Pinar del Río. Tres plantas de hormigón en mal estado: fachadas descascarilladas, manchas de humedad por todas partes. No era un sitio donde uno elegía vivir. Era donde acababas cuando no te quedaba otra.

El refugio perfecto para alguien como Eloi Vilanova. Un inocente marcado para siempre.

Aparqué el Seat sin distintivos entre coches oxidados. Un crío de unos diez años pateaba una lata contra la pared del parking. Me miró con esa desconfianza de quien aprende pronto a reconocer a la policía.

Las escaleras crujían bajo mi peso. Cada crujido me martilleaba la conciencia.

Culpable. Culpable. Culpable.

Tercera planta. El pasillo olía a humedad y fritanga vieja. Me paré ante el 3C. Tres golpes secos que sonaron como tiros en el silencio.

Pasos arrastrándose dentro. Cerrojo girando. La puerta se abrió con un chirrido.

Eloi Vilanova me miró sin sorpresa. Cincuenta y dos años que parecían cien. Una cara que mostraba cada golpe recibido, con ojos hundidos como pozos.

—Capitán Ferrer. —La voz sonaba áspera—. Me extrañaba que tardara tanto.

No había rabia en su tono. Tampoco bienvenida. Solo esa resignación de quien ya no espera nada.

El apartamento era más luminoso de lo esperado, pese a la persiana rota que colgaba torcida. Todo estaba ordenado con la manía de quien ha estado en la cárcel. Una estantería ocupaba la pared del fondo: clásicos, libros de derecho, volúmenes sobre errores judiciales. La biblioteca de alguien que había pasado una eternidad intentando entender cómo el sistema le había fallado.

—No tengo café. —Se dejó caer en un sillón viejo—. Hace tiempo que no recibo visitas. Se me ha olvidado cómo se hace.

Sus movimientos tenían esa economía aprendida en espacios pequeños, donde cada gesto cuenta.

Me quedé de pie, tieso. Incapaz de sentarme y fingir normalidad ante el hombre al que había ayudado a encerrar.

—Necesito hablar con usted sobre su caso.

—¿Cuál? —Una sonrisa amarga le torció la boca—. ¿El que demuestra mi inocencia o el que hace que la gente siga cambiando de acera cuando me ve?

Su voz destilaba años de injusticia. Pero sus ojos seguían lúcidos, analizándome. No había locura ni venganza. Solo dolor viejo e inteligencia afilada por el sufrimiento.

—El caso de Núria Esteve.

Su risa sonó seca.

—Ah, ese. El que convenció a todo el pueblo de que yo era el monstruo. —Miró sus manos como si fueran de otro—. Qué conveniente señalarme mientras los verdaderos depredadores seguían con sus togas y sus títulos.

Estudié su cara, sus gestos, buscando algo que confirmara mis sospechas de años. Pero este hombre roto no era el monstruo que yo había cazado. Era otra víctima más.

—Las pruebas de ADN le limpiaron completamente.

—Veinte años tarde para mi vida, capitán. —Se inclinó hacia delante, bajando la voz—. Pero usted no ha venido a disculparse por

ayudar a encerrarme. Por destrozarme con su testimonio de «experto en delitos sexuales».

La acusación quedó flotando entre nosotros como el polvo en los rayos de luz.

Saqué la foto del bolsillo. La puse sobre la mesa con cuidado. El sello de la UCO brillaba en la esquina.

—Estoy aquí por ella. Por Clara Llorens.

El cambio fue inmediato. Vilanova se echó atrás como si la imagen quemara. Se puso blanco. Las pupilas se le contrajeron hasta ser puntos negros.

No era culpa lo que vi en sus ojos.

Era miedo puro. El terror de quien reconoce un peligro que ya conoce.

—Están conectados, ¿verdad? —Mi voz sonó más firme de lo que me sentía—. La desaparición de Clara y la acusación de Núria contra usted. Todo es parte de lo mismo.

Sus ojos fueron nerviosos hacia la ventana, luego hacia la puerta. Cuando habló, fue en un susurro tan bajo que tuve que acercarme.

—Hágase la pregunta correcta, capitán. ¿A quién le convenía que todos me señalaran? —No apartaba los ojos de la foto—. Núria hacía demasiadas preguntas sobre esa chica. Empezaba a atar cabos peligrosos. Y de repente, me acusa de agresión y todos se olvidan de Clara Llorens. Como por arte de magia.

Su mano tembló sobre la foto, sin tocarla.

—El sistema no busca justicia, capitán. Nunca lo ha hecho. —Sus ojos encontraron los míos—. Solo busca cerrar casos. Y yo era perfecto: el raro del pueblo, el solitario, el que no tenía quien le defendiera. Échenle la culpa y asunto cerrado. Todos contentos.

22

El café humeaba entre mis manos en el Montaña Verde. A través del cristal empañado, Morella parecía una postal: la iglesia blanca, el campanario brillando al sol, los viejos caminando por las calles. La imagen perfecta de un pueblo tranquilo.

Las apariencias siempre engañan.

—¿Le importa si me siento?

Levanté la vista. Un hombre delgado esperaba junto a mi mesa, las manos sobre el respaldo de la silla. Había algo familiar en su cara.

—Lucas Pascual. —Me tendió la mano—. Soy el hermano del Comandante.

Su apretón me sorprendió: fuerte, casi agresivo. Noté el temblor en sus dedos, la forma cuidadosa en que se sentó, los movimientos de alguien acostumbrado a no llamar la atención.

—No sabía que el Comandante tuviera familia en el pueblo.

—Volví hace quince años. —Una sonrisa débil mostró el parecido familiar: la misma mandíbula dura—. Después de una ausencia... larga. Las rehabilitaciones te alejan de todo. Aún intento arreglar algunas cosas.

La camarera apareció con una taza sin que nadie la pidiera. El encuentro no era casualidad. Mi instinto se puso alerta.

Lucas señaló hacia el fondo del local, donde había más sombra. Nos cambiamos de mesa en silencio. El nuevo rincón era más privado.

—Le vi en misa el domingo. —Removió el azúcar despacio—. Miqueas 6:8. Un versículo... directo.

—El padre Anselmo pareció tomárselo personal.

—Las Escrituras siempre dan donde duele. Por eso estoy aquí. Sé que ha estado preguntando sobre los antiguos programas de la parroquia.

Se me tensó el estómago.

—¿Cómo lo sabe?

—Morella es pequeño, capitán. Las preguntas sobre las tutorías del juez Soriano se notan. Especialmente cuando las hace alguien como usted.

El nombre del juez cayó entre nosotros como una piedra en el agua. Las ondas se expandieron en el silencio.

—Mi hermano me llamó anoche. —Lucas miraba el café como si tuviera respuestas—. Está preocupado por su investigación extraoficial.

—¿Preocupado por la justicia o por las apariencias?

—Conociendo a mi hermano, por las dos cosas. —Un suspiro cansado—. Somos una familia complicada, capitán. El juez Soriano me ayudó cuando estaba hundido. Me consiguió plaza en rehabilitación cuando mi propio hermano ya había tirado la toalla.

Las sombras parecían más densas, como si el local protegiera nuestra conversación.

—Así que viene a defenderle.

Lucas miró el vapor de su taza. Cuando habló, su voz era plana.

—Tenía veintiséis años cuando entré en Piedra Angular. Era mi tercera vez. La anterior casi no cuenta. —Una pausa—. Mi hermano tenía derecho a estar harto. Le había robado, mentido, decepcionado de todas las formas posibles. Cuando el juez intercedió por mí, fue... inesperado.

El café se había vaciado sin darme cuenta. Solo quedábamos nosotros y la camarera limpiando mesas lejanas.

—Soriano me recomendó personalmente. Garantizó mi plaza. Me visitaba cada semana durante lo peor de la desintoxicación.

Algo se me apretó en el pecho. Era la sensación de estar a punto de cruzar una línea sin retorno.

—Le debe mucho entonces.

—Eso creí durante años.

La voz bajó a un susurro. Lucas se inclinó hacia delante.

—Este agosto hará quince años que estoy limpio. Tengo un negocio, una vida. Hasta encontré la fe, a mi manera. —La pausa fue calculada—. Pero no he venido a defenderle, capitán. He venido a hablarle de sus métodos.

El ruido de fondo desapareció. Solo quedábamos nosotros y lo que estaba a punto de decir.

—Continúe.

—El juez crea dependencia. —El tono se volvió frío, distante—. Tu identidad, tu recuperación, tu valor... todo acaba dependiendo de su aprobación. Es sutil al principio. Casi no te das cuenta.

El aire se espesó.

—Llevo quince años sobrio y aún tengo que informarle. Consultarle. Pedirle permiso de forma velada.

—¿Y si no lo hace?

Una sonrisa sin alegría.

—Empieza con cosas pequeñas. Miradas de decepción. Comentarios sobre mi "estado espiritual". Recordatorios de lo fácil que es recaer. —La voz bajó más—. Después vienen las insinuaciones directas. Mi "actitud desafiante" podría dañar el programa. Mi "orgullo" amenaza su obra. Hasta las decisiones más personales necesitan su bendición.

—Eso es manipulación pura.

—Lo es. Pero tardé años en verlo. —Los ojos de Lucas se perdieron—. No busca ayudar a sanar. Busca controlar. No quiere personas sanas. Quiere discípulos obedientes.

Las palabras flotaron entre nosotros como veneno. Todo lo que Lucas describía confirmaba mis peores sospechas.

Afuera, las nubes taparon el sol. Las sombras se alargaron.

—¿Por qué me cuenta esto?

Lucas me miró directamente por primera vez. Era la mirada de alguien que ha guardado un secreto demasiado tiempo.

—Porque al cuarto año de estar limpio, me metió en su círculo íntimo. Me hice su "asistente" para los nuevos. —Cada palabra le costaba—. Me entrenó para identificar a los más receptivos. No los que necesitaban más ayuda. Los que podían ser mejor... dirigidos.

—¿Dirigidos hacia dónde?

—Hacia él. Hacia su visión, su autoridad, su red. —Era una confesión guardada mucho tiempo—. Le vi elegir a los más vulnerables sin piedad. Adictos, adolescentes con problemas, padres solos... Cualquiera aislado y desesperado.

Las primeras gotas golpearon los cristales. Pronto fue un diluvio que nos aisló más.

—Su conocimiento del trauma le hacía un depredador eficaz. —La voz de Lucas se quebró—. Y yo participé, capitán. Ayudé a identificar candidatos. Presioné cuando alguien se desviaba. Me convertí en parte del sistema.

Se levantó de golpe. Por un momento, su mano descansó en mi hombro. El gesto era advertencia y bendición.

—Sea lo que sea lo que persigue, tenga cuidado. Cuando los falsos profetas caen, arrastran a todos con ellos.

Se fue sin mirar atrás. Me quedé solo en aquel rincón, con el café frío y el peso de sus palabras. La camarera seguía limpiando, mirándome de reojo.

Saqué mi cuaderno y empecé a escribir cada palabra de Lucas Pascual. La verdad, pensé mientras escribía, solo funciona cuando apuntas bien al objetivo.

23

El libro pesaba más de lo normal. Como si las páginas fueran de plomo. Era un proyecto de patrimonio histórico de 1985 que alguien había abandonado en el sótano de la biblioteca provincial. *Memorias de las Familias Eminentes de Morella*. Un título que no me habría llamado la atención si no fuera por un detalle.

La cubierta de cuero negro. El nombre en letras doradas casi borradas: Guillem Soriano. Memorias inéditas. Alguien las había querido enterrar.

Notas sobre la Fe y la Infancia por Guillem Jaime Soriano, 1985.

El bibliotecario me siguió con la mirada cuando salí. Un tipo flaco con gafas de culo de vaso que no me quitaba ojo. Me dio igual. Apreté el libro contra el pecho y salí pitando.

Ya en el coche, apagué el móvil. El mundo podía esperar. Abrí el libro con cuidado. El cuero crujió como si protestara.

«El método educativo de mi padre se basaba en su interpretación personal de la Biblia. "Quien escatima la vara odia a su hijo" no era una metáfora en casa. Era ley divina. Los golpes eran una guerra espiritual contra la naturaleza corrupta de los niños».

Se me puso la piel de gallina. La luz del atardecer parecía más débil, como si las palabras se tragaran la claridad.

«Mis primeros recuerdos siempre incluyen lo que mi padre decía antes de pegarme: "Guía mi mano para quebrar la voluntad sin

quebrar el espíritu". Daba igual la distinción cuando las marcas tardaban semanas en desaparecer».

Se me revolvió el estómago. Lo peor era cómo Soriano contaba su propia historia. Sin rabia. Sin dolor. Como un médico describiendo síntomas.

El siguiente párrafo me erizó la piel:

«Mi padre podía dar misa al amanecer, llorar por las almas perdidas, y volver a casa para aplicar su versión de la "disciplina espiritual" sin ningún problema de conciencia. Pronto entendí que había dos mundos: el público y el privado. El hombre que predicaba amor desde el púlpito se convertía en otro ser cuando cerraba la puerta de casa.

A los doce años lo vi claro: el método de mi padre era bueno en teoría pero malo en la práctica. Demasiado emocional. Demasiado caótico. Un enfoque más frío, más sistemático, conseguiría el mismo resultado sin tanto desorden. Así empezó mi investigación: perfeccionar lo que mi padre había empezado mal».

Cerré el libro de golpe. El ruido resonó en el coche como un disparo.

Todo encajaba de repente: Soriano no había inventado nada. Lo había heredado. No era el creador del horror. Era quien lo había perfeccionado.

Su padre veía la educación religiosa como una guerra contra el pecado infantil. Un ataque constante al cuerpo y la mente, todo en nombre de Dios.

Y Guillem, de víctima a verdugo, había cogido lo que le habían hecho y lo había convertido en sistema. Le había dado forma académica. Había disfrazado la crueldad con palabras técnicas. Había convertido el sadismo en un método que cualquiera podía copiar.

No era un monstruo salido de la nada. Era el resultado de un ciclo de violencia que se repetía generación tras generación.

Saqué mi libreta. Ya no me temblaban las manos. Copié los fragmentos más importantes con letra pequeña. En casos así, documentar rápido puede ser la diferencia entre hacer justicia o que todo se tape.

Arranqué el coche. En el cuartel me esperaban las órdenes del comandante Pascual —mantenerme lejos del caso Llorens—, pero antes tenía que hacer una llamada. Beltrán, de la unidad de Casos Sin Resolver, necesitaba investigar los cuatro perfiles que había encontrado el SAIVIC.

La niebla se levantaba mientras conducía. Morella me parecía cada vez más extraña, y eso que llevaba años destinado aquí. Las casas señoriales con sus jardines perfectos, las sonrisas educadas de los vecinos, todo me parecía ahora una pantalla. Un decorado para esconder lo que pasaba de verdad en este pueblo.

—Fueron mil pequeñas cobardías las que enterraron a Clara Llorens —dije en voz baja al tomar la curva hacia el cuartel—. Y harán falta mil actos de valentía para sacarla a la luz.

Sonó más a ruego que a promesa.

Encendí la radio del servicio. Si iba a seguir con esto —y claro que iba a seguir—, necesitaría apoyo extraoficial. Gente que entendiera que a veces, para hacer justicia, hay que saltarse las normas.

—Delta Tres a Central. Necesito canal seguro con el teniente Beltrán en Casos Sin Resolver. Código cuatro-siete-uno.

Era el código para investigación delicada con posible corrupción en las altas esferas. La alerta que nadie quería oír.

Mientras esperaba respuesta, miré el libro en el asiento de al lado. Parecía un pájaro muerto. Las palabras de Soriano seguían dándome vueltas en la cabeza. La oscuridad crea oscuridad. Las víctimas se vuelven verdugos. El ciclo continúa, generación tras generación, como una maldición.

A menos que alguien tenga agallas para pararlo.

Y ese alguien iba a ser yo. Aunque me costara la placa. Aunque me costara todo.

24

Margarita Villanueva levantó la vista cuando entré en el archivo municipal. Llevaba toda una vida catalogando documentos en aquel sótano y sabía leer a la gente antes de que abriera la boca. Me sonrió con esa sonrisa perfecta que no dice nada.

—Capitán Ferrer. ¿En qué puedo ayudarle?

El tono me confirmó que alguien la había avisado de mi visita.

—Necesito los archivos de la Iniciativa de Reinserción Juvenil. Años 2005 a 2007.

Parpadeó rápido. Los hombros se le tensaron un poco. Gestos pequeños que decían mucho.

—Déjeme ver en el sistema.

La vi teclear despacio, demasiado despacio para alguien que se pasaba el día frente al ordenador. Cada error parecía calculado para ganar tiempo.

Volvió con una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

—Me temo que esos expedientes se perdieron en el incendio del almacén anexo. Fue en abril de 2006.

Cuatro meses después de que desapareciera Clara. Qué casualidad.

—¿Se investigó?

—Cortocircuito en el aire acondicionado. —Lo dijo de memoria—. El caso se cerró sin culpables.

Perfecto. Creíble. Conveniente.

—Quiero ver lo que quedó. —Puse las manos sobre el mostrador —. Directiva 38/2004. Tengo autorización judicial.

La vi pensar. Órdenes de arriba contra la ley. Lealtades contra su conciencia.

—Espere un momento.

Sus tacones resonaron entre las estanterías metálicas. Todo el edificio parecía aguantar la respiración.

La caja que trajo parecía un ataúd pequeño. Manchada de hollín, con una esquina quemada donde el fuego había mordido más fuerte.

—Es todo lo que se salvó. —Suspiró cansada—. Nadie aprobó dinero para restaurar nada.

Otra forma de enterrar el pasado: dejarlo pudrir.

Al abrir la caja salió olor a papel quemado. Un cementerio de documentos. Bordes negros como encaje. Tinta corrida que parecía pintura abstracta. Trozos donde el fuego solo había dejado palabras sueltas.

Fotografié cada pedazo con cuidado. Títulos cortados. Números medio borrados que podían ser fechas o códigos. Patrones que iban apareciendo entre el desastre.

La palabra «disciplina» salía una y otra vez. «Recalibración moral» en un trozo. «Resistencia espiritual» en otro. Una página medio entera hablaba de protocolos de «intervención intensiva» para casos de «tendencias antisociales persistentes».

Lenguaje técnico para disfrazar torturas psicológicas. Un sistema para desmontar personalidades y reconstruirlas a gusto del que mandaba.

El fuego había sido muy selectivo. Se había cargado nombres, fechas exactas, firmas importantes. Todo lo que pudiera señalar a los responsables. Demasiado preciso para ser casualidad.

Me despedí de Margarita sin reprocharle nada. Era otra víctima del sistema.

El laboratorio forense olía a productos químicos. La doctora Soler estaba pegada a su microscopio con esa concentración total de quien busca respuestas en lo más pequeño.

—Necesito que encuentres lo que ya no está —dije sin rodeos.

Se enderezó despacio. Me miró con la misma intensidad con que miraba las pruebas.

—Has encontrado algo gordo.

Le enseñé las fotos digitales. Le expliqué que trabajaba bajo protocolo B-17. Investigación con sospecha de encubrimiento desde arriba.

—Saca lo que puedas de las partes quemadas. Huellas, restos de tinta en capas profundas. Lo que el fuego no llegó a borrar del todo.

Estudió las imágenes sin preguntar por qué actuaba por mi cuenta. Su lealtad era con las pruebas, no con los jefes.

—Tenemos tecnología de imagen hiperespectral. Podría mostrar texto invisible. —Se ajustó las gafas—. Pero sin los originales, nada servirá en un juicio.

—Lo sé. No busco pruebas para el tribunal. Busco entender qué pasó.

Asintió. Ella entendía la diferencia entre pruebas legales y la verdad.

—Dame veinticuatro horas.

Salí del laboratorio con una mezcla de esperanza y miedo que me pesaba en el pecho. Cada trozo recuperado me acercaba más al centro oscuro que se había tragado a Clara Llorens.

Y algo me decía que en ese centro iba a encontrar cosas sobre mí mismo que preferiría no saber.

Porque hay verdades que, cuando las descubres, te cambian para siempre.

Y yo ya había cruzado el punto de no retorno.

25

El móvil vibró sobre el escritorio. Número desconocido. Las tres de la madrugada.

La ciudad dormía mientras yo perseguía fantasmas entre papeles muertos.

—¿Capitán Ferrer? —La voz sonaba ronca, como si no la hubiera usado en años—. Soy Enrique Jiménez. Trabajé con el secretario de la Prefectura hasta 2012.

Se oía respirar con dificultad.

—Margarita Villanueva me dijo que le llamara. Tengo información que puede interesarle.

Me senté recto. Villanueva no daba nombres porque sí. Si me había mencionado, era importante.

—¿Qué tipo de información?

—Mejor no hablar por teléfono. Hay cosas que necesitan verse, capitán. No contarse. ¿Puede venir a la residencia Las Pinedas?

El edificio aparecía entre los pinos como un barco abandonado. Antes de bajar del coche, activé el protocolo A-6. Mi posición quedó registrada en el sistema. En esta investigación, ser paranoico era estar vivo.

El piso de Jiménez era obsesivamente ordenado. Libros alineados al milímetro. Fotos perfectamente espaciadas.

El hombre encajaba en aquel museo del orden. Se movía despacio, con cuidado —el baile de quien vive con dolor crónico—. Pero sus ojos, bajo cejas blancas, cortaban como cuchillos.

—He guardado documentos que deberían haber desaparecido. —Su voz competía con el ruido de un nebulizador—. No por maldad. Por intranquilidad. Por no poder dormir tranquilo.

Se levantó con esfuerzo. Del cajón de abajo de un escritorio viejo sacó una carpeta como si fuera una bomba.

—Papeles de un incendio que no debió pasar. Documentos que cualquier funcionario sensato habría dejado quemar.

Las hojas estaban en fundas de plástico. Los bordes quemados les daban un aspecto siniestro.

—Iban a tirarlo todo. Decían que estaba muy dañado. —Le temblaban los dedos al pasar las páginas—. Pero yo ya tenía copias. Treinta años solo en un sótano te enseñan que nadie vigila la fotocopiadora.

—¿Por qué guardarlos? ¿Por qué arriesgarse?

Sus ojos nublados me encontraron con precisión.

—Mi hermana Sara. Año 76. Se metió en uno de esos grupos de "renovación espiritual". —La voz se le quebró—. Cuando volvió, seis meses después, era un fantasma con su cara. Los ojos de Sara, pero Sara ya no estaba.

Abrí la carpeta. Las manos me pesaban. El título medio legible entre las quemaduras: «Iniciativa de Reinserción Juvenil». Debajo, en letra pequeña: «Programa de orientación espiritual y moral mediante sistema de tutoría estructurada».

Bonito por fuera. Podrido por dentro.

El lenguaje cambiaba según avanzabas. Como un camino que empieza en un prado y termina en un pantano.

«Implementación de fases de aislamiento terapéutico para romper apegos mundanos nocivos».

«Sesiones de confrontación espiritual destinadas a exponer y eliminar resistencias del ego».

«Protocolo de control ambiental para sujetos con tendencias provocadoras o disruptivas».

Cada término médico escondía algo. Cada frase religiosa era una máscara. Lo que tenía en las manos era un manual para destrozar personas y rehacerlas a medida.

Y lo peor: las citas bíblicas retorcidas hasta justificar cualquier cosa.

Era igual que los manuales de sectas que había estudiado en Aranjuez. El mismo método. La misma forma de violar la identidad de alguien.

—Como los protocolos que usaron para intentar recuperar a Sara —susurró Jiménez—. Pero al revés. Las mismas técnicas para esclavizar, no para liberar. Para destruir, no para curar.

—¿Quién autorizó esto?

Un dedo tembloroso señaló una firma medio borrada. El fuego se había comido parte del nombre, pero las letras que quedaban eran claras: «...llem Soriano, Juez Presidente de la...»

—El mismo que cerró el caso de Clara Llorens como "fuga voluntaria" en apenas tres semanas.

Cada página era peor. Un sistema diseñado para operar donde no llegaba ninguna ley. Argumentos religiosos para las autoridades civiles. Justificaciones legales para los líderes religiosos. Y cuando nada funcionaba, jerga científica que blanqueaba cualquier barbaridad.

Un triángulo perfecto. Tierra de nadie. Un búnker donde nada podía tocarlos.

—¿Entiende lo que tiene ahí?

Asentí. Esos papeles quemados podían tirar abajo décadas de mentiras. Hacer temblar todo el sistema.

Activé el SITEL en el móvil. Protocolo de cadena de custodia digital. Cada foto: fecha, hora, GPS. Encriptada. Guardada en servidores judiciales. Ni Soriano podría borrar estas pruebas.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué después de tanto tiempo?

Jiménez miró por la ventana. El sol se ponía tras las murallas de Morella. Las sombras se alargaban como dedos que señalan.

—Me estoy muriendo, capitán. Cáncer de páncreas. —Lo dijo con calma—. Con suerte, no veré otra Navidad.

Sus ojos brillaron con decisión.

—No puedo llevarme esto a la tumba. Quiero irme limpio. La verdad tiene que salir. Toda. Por mucho que duela.

En la puerta, mientras lo acompañaba con pasos que le costaban un mundo, añadió:

—El incendio fue tres días después de que Clara Llorens desapareciera. Curioso, ¿no?

En mi piso, la lámpara creaba sombras raras. Extendí los documentos como mapas del infierno.

Cada página mostraba nuevos horrores. Todos disfrazados con batas blancas y sotanas. Una máquina diseñada no solo para abusar: para hacerlo invisible. Magia negra que convertía víctimas en fugitivas, verdugos en salvadores, verdad en locura.

Seguí el protocolo HOPS al pie de la letra. Fotos desde todos los ángulos. Copias en tres dispositivos. Si alguien intentaba borrar estos documentos, ya era tarde.

23:17. El timbre del portero automático cortó el silencio.

No esperaba a nadie. Solo Villanueva sabía de mi visita a Jiménez. Y nunca vendría sin avisar.

Me acerqué sin hacer ruido. La mirilla me devolvió una imagen que me estremeció hasta los huesos.

Guillem Soriano. Traje azul perfecto, pese a la hora. Pelo plateado peinado hacia atrás. Aspecto de santo corrupto. La postura relajada del depredador que sabe exactamente dónde está su presa.

Desenfundé. El arma pegada a la pierna. Oculta. Lista.

El cazador había venido a buscarme a casa.

26

Tres golpes en la puerta. Secos. Medidos.

Como una sentencia a punto de ejecutarse.

Mi primer instinto fue esconderme. Fundirme con las sombras. Pero el orgullo militar —esa maldición que heredé del abuelo— me empujó hacia adelante. El miedo es el primer paso hacia la derrota, decía el viejo. Y yo, como un idiota, todavía le hacía caso.

Los documentos sobre la mesa gritaban horrores. Los tapé con el periódico. La portada hablaba de un concejal corrupto. Qué novedad. Mientras tanto, yo escondía crímenes que harían parecer a ese concejal un santo.

Respiré hondo. Tres. Dos. Uno.

Abrí.

—Juez Soriano.

Se me escapó. Ahí estaba, enmarcado en la penumbra del pasillo como salido de una pesadilla.

—Vaya... no esperaba visita.

Su sonrisa era perfecta. Cordial pero fría. Cercana pero distante. Décadas perfeccionando máscaras en los tribunales.

—Capitán Ferrer. —Voz grave, de las que convencen a jurados—. Vi luz en sus ventanas. Los viejos conocidos escasean, ¿no cree?

Ojos azules como hielo. Me estudiaba como un cirujano.

El mensaje real era claro: Sé lo que haces. Sé lo que buscas. He venido a recordarte quién manda aquí.

—¿Pasa?

Di un paso atrás. Cediendo terreno físico. Preparándome mentalmente.

—Solo un momento. No quiero molestar.

Entró como quien entra en su casa. El piso pareció encogerse. Su presencia se comía el aire.

Le vi mirarlo todo. Los muebles viejos que contaban historias mejores. Los libros ordenados. La Biblia sobre la mesa —mi vuelta a la fe no había pasado desapercibida—. Nada se le escapaba. Cada detalle era una pieza más del puzle que armaba sobre mí.

—Me llegan ecos de su buen trabajo. —Se sentó sin pedir permiso. Relajado pero alerta—. Siempre supe que volvería a destacar. Es cuestión de genes.

El tono paternal me dio náuseas. Marcando territorio.

—Gracias, Señoría. —Mantuve la formalidad como escudo—. En la Guardia Civil nos tomamos el trabajo en serio.

—Por favor... —Gesto ensayado de modestia—. Entre nosotros, puedes tutearme. Guillem. Nos conocemos de sobra.

El tuteo como arma. No piqué.

Me quedé de pie. En las negociaciones, como en la guerra, el que está arriba tiene ventaja.

—¿Qué te trae por aquí a estas horas?

La pregunta quedó flotando. Pesada. Acusadora.

Su sonrisa tembló un segundo. Suficiente. Había notado mi resistencia.

—La comunidad. —Como si eso lo explicara todo—. Lo que nos mantiene unidos.

Silencio espeso. El primero en hablar, pierde.

—Me dicen que has vuelto a misa. —Me clavó los ojos—. La fe ayuda en tiempos difíciles.

Ahí estaba. El mensaje real: Te vigilo. Sé cada paso que das.

—Cosas de familia. —Me defendí—. Mi abuelo le daba importancia.

—La fe mueve montañas. —Se inclinó hacia adelante—. Especialmente cuando las certezas profesionales... fallan.

Entrecerró los ojos. Calculando.

—Coincides mucho con la teniente Álvarez últimamente. —Bomba —. ¿Renovando amistades? ¿O hay algo más?

Se me paralizó el alma. Laura. Información clasificada. Me tenía pillado.

—Laura y yo somos compañeros. —Mi voz sonó más firme de lo que me sentía—. En casos complejos, cuatro ojos ven más que dos.

—Por supuesto. —Sonrisa sin alma—. Las buenas relaciones no tienen precio. Como la familia.

Señaló la foto del abuelo. Puñalada directa.

—Don Enrique era de los buenos. —Casi pareció sincero—. Coincidíamos en la biblioteca. No paraba de hablar de ti. Todas sus esperanzas en el nieto.

La charla siguió por caminos aparentemente inocentes. Pero cada comentario llevaba veneno. Referencias personales. Rutinas. Puntos débiles. Todo envuelto en falsa cordialidad.

—Siempre admiré tu... meticulosidad. —Su mirada rozó el periódico—. Esa obsesión por el detalle. Nos parecemos, ¿no?

Amenaza múltiple. Elegante. Letal.

Se levantó. En la puerta, cambió la expresión. Casi paternal. Pero los ojos seguían siendo de hielo.

—Sea lo que sea lo que creas estar buscando... —Voz de confesor —. Espero que encuentres paz. El pasado puede ser... tóxico. Especialmente cuando se remueve demasiado.

Las palabras quedaron flotando. Advertencia disfrazada de preocupación.

Jaque.

Le sostuve la mirada.

—Hay quien dice que la verdad es la única paz que vale. —Medí cada palabra—. Aunque duela. Sobre todo cuando duela.

Algo le cruzó la cara. ¿Sorpresa? ¿Respeto? Pero la máscara volvió enseguida.

—Buenas noches, capitán. Que encuentres lo que buscas... si de verdad quieres encontrarlo.

La puerta se cerró con un clic definitivo. Su presencia quedó pegada a las paredes como humedad.

Protocolos mentales en marcha. Si Soriano sabía tanto, Laura estaba en peligro. Mañana: códigos GAR activados. Revisar la Circular 2/2019 sobre operaciones encubiertas.

Miré el expediente bajo el periódico. Estábamos cerca. La visita lo confirmaba. Hora de usar canales cifrados. Manual de operaciones especiales.

Las palabras del abuelo resonaron: «Cuando el enemigo enseña las cartas, chaval, no es porque sea tonto. Es porque ya tiene otra baraja preparada».

Tenía razón el viejo.

Como siempre.

27

La mañana amaneció gris. Como si el cielo supiera lo que iba a desenterrar.

Volví al instituto de Morella armado. No con sospechas. Con certezas que cortaban.

El despacho de Martín Rivera estaba escondido en un rincón del edificio administrativo. Todo calculado hasta el último detalle. Diplomas en las paredes. Libros de psicología adolescente. Plantas colocadas para crear ambiente. Un escenario perfecto para ganarse la confianza de los chavales.

Chavales vulnerables.

¿Cuántos habían pasado por esa silla donde me iba a sentar?

Rivera me recibió con su sonrisa de siempre. Ni muy cálida ni muy fría. Años de práctica.

Entonces vio las fotos en mi mano.

El primer cambio. Un parpadeo de más. Las pupilas se le contrajeron.

La máscara empezó a caer.

—Capitán Ferrer. No esperaba verle tan pronto. —Señaló la silla—. ¿En qué puedo ayudarle?

Puse las fotos sobre su mesa. Despacio. Las ordené con cuidado. Un mosaico de culpa ante sus ojos.

—Vengo a hablar de la Iniciativa de Reinserción Juvenil.

Voz neutra. De las que ponen nerviosos a los culpables. Mientras hablaba, no perdía detalle de su cara.

Fue como ver una película a cámara lenta. Su expresión amable se congeló. Las defensas subieron. Muro tras muro. Fortaleza de neutralidad profesional.

—Ese programa se cerró hace años. —Cada palabra medida—. Me temo que no puedo ayudarle mucho.

Sus dedos tamborilearon sobre la mesa. Luego se entrelazaron. Intentando controlarse.

El cuerpo siempre cuenta lo que la boca calla.

—Usted mandó estudiantes a ese programa. —Señalé la lista medio quemada. Su firma había sobrevivido—. Entre ellos, Clara Llorens.

Sus ojos miraron hacia la puerta. Calculando distancias. La cuenta no le salía.

Como un animal acorralado.

—En aquella época había varios servicios de apoyo. —La voz le subió medio tono—. Mis derivaciones se basaban en evaluaciones profesionales. Era mi trabajo.

Me incliné hacia él. Invadiendo su espacio. Vieja táctica: cuando las palabras se vuelven escudos, el cuerpo se convierte en arma.

—Llevo gran parte de mi vida sacando verdades de mentiras. —Bajé la voz hasta obligarle a acercarse—. Reconozco los guiones. Las palabras escogidas. Parece que colaboras cuando en realidad te cierras.

Un destello en sus ojos. Breve. Revelador. Como un rayo que ilumina el paisaje de noche.

—Esto no es un interrogatorio formal.

Intentó recuperar terreno. El temblor en la voz lo delataba.

—Jiménez guardó documentación muy detallada. —Otra foto—. Aislamiento sistemático. Refuerzo de figuras de autoridad. "Confrontación espiritual". Privación sensorial como "herramienta de recalibración".

Endurecí el tono.

—Esto no es orientación educativa. Es tortura psicológica con buenos modales.

Rivera clavó la vista en las fotos. Espejos de pecados viejos. Respiraba mal. Entrecortado.

Se estaba derrumbando por dentro. Pieza a pieza.

—Se suponía que era formación del carácter. —Un susurro roto—. Un programa para chavales difíciles. Eso nos dijeron. Eso me creí... al principio.

28

Una gota de sudor le bajó por la sien. El despacho tenía temperatura normal. Rivera me miró con esa decisión de quien ha cargado demasiado tiempo con algo y por fin va a soltarlo.

—Algunos volvían... diferentes —siguió, subiendo el tono poco a poco—. Callados como muertos. Tan dóciles que daba miedo. Con esa mirada vacía de pescado en el mercado. Como si alguien les hubiera sacado el alma y solo quedara el envase.

La cara se le torció de dolor viejo.

—Y Soriano... Era un artista citando la Biblia. Hablaba de "doblegar la voluntad rebelde para forjar espíritus devotos". Como si destrozar a un chaval fuera el camino a la salvación.

Se frotó la cara con las manos temblorosas.

—¿Nunca se opuso? ¿Nunca dudó de esos métodos? —pregunté, aunque la respuesta ya estaba escrita en cada arruga de culpa de su cara.

Soltó una risa seca. Sin gracia. La risa de quien reconoce su derrota.

—Una vez. Después de que Elena Torres volviera del programa y se quedara mirando la pared de mi despacho veinte minutos sin decir nada. Como hipnotizada por algo que solo ella veía.

Le costó tragar saliva.

—Fui a ver a Soriano. Le dije que tenía... dudas sobre lo que hacían.

La pausa pesaba como años de silencio comprado.

—Me recordó, con esa voz suave que usaba para amenazar sin parecerlo, que el programa dependía del dinero de su fundación. Y que mi hija empezaba en la Politécnica de Valencia ese otoño. Su sueño desde pequeña.

Los nudillos se le pusieron blancos al agarrar el borde de la mesa.

—La beca que controlaba su comité era la diferencia entre cumplir ese sueño o verlo morir. No tuve... Me faltaron agallas para poner mi conciencia por delante del futuro de mi hija.

Entonces vi el cuadro completo: la red que Soriano había tejido prácticamente toda su vida. No era solo intimidación. Era un sistema perfecto de favores, deudas y dependencias. Cada pieza en su sitio, cada persona atada por sus propias necesidades.

Un genio del tablero humano que convertía las debilidades ajenas en cadenas.

Activé la grabadora del bolsillo sin que se diera cuenta. Protocolo UCO para testimonios importantes. El artículo 588 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal me cubría.

—Háble me del pasado de Soriano —insistí—. ¿Qué lo llevó a esta obsesión enfermiza con los jóvenes?

Rivera dudó. Un hombre partido entre la costumbre del silencio y las ganas de confesarlo todo. Vi el momento exacto en que decidió saltar.

—Su hermana Lea —empezó, casi con respeto—. Se suicidó de adolescente. Guillem tenía diecinueve años.

Las palabras cayeron como piedras.

—La adoraba. Siempre hablaba de ella como "la única pureza real" que había conocido.

—¿Qué la llevó a...? —No hizo falta terminar.

—Culpó a la dureza de su padre —dijo Rivera, midiendo cada palabra—. El viejo Soriano era famoso por su disciplina de hierro. Su "formación espiritual" tenía fama en ciertos círculos por ser... extrema.

Me miró buscando que entendiera.

—Pero aquí está lo retorcido, capitán: Guillem acabó usando los mismos métodos que mataron a su hermana. Solo que refinados, pulidos, envueltos en palabras bonitas.

Rivera negó con la cabeza, amargo.

—Me dijo una vez que su padre tenía razón en el método pero no en la intención. Que él había descubierto cómo aplicar las mismas técnicas pero "desde el amor de verdad". Que así sí funcionarían.

—No rechazó el veneno —entendí de golpe—. Solo cambió el frasco.

—Exacto —confirmó Rivera—. En su cabeza, no repetía los abusos que había visto. Los perfeccionaba. Los convertía en terapia.

Todo encajaba de forma macabra. El perfil psicológico tomaba forma: un hombre brillante que había convertido su propio trauma en método, justificando el horror hasta verlo como virtud. El mal más peligroso es el que se cree bueno.

—Y Clara en concreto —volví al tema—. ¿Qué papel jugó en el programa? ¿Por qué ella de todos los que usted mandó?

El cambio fue instantáneo. Como si hubiera apretado un botón, Rivera se cerró en banda. La vulnerabilidad desapareció, sustituida por un muro de hielo. El animal acorralado había encontrado refugio.

—Aquí terminamos, capitán —dijo con voz que no admitía réplica, levantándose—. Ya he dicho demasiado. No voy a seguir por ahí. Tengo alumnos esperando.

El muro era imposible de cruzar. Se acabó la confesión.

Al salir, algo me llamó la atención: una foto en la pared que no había visto al entrar. Rivera recibiendo un premio, con Guillem Soriano a su lado como un padre orgulloso. Y al fondo, borroso pero reconocible, un hombre alto de traje gris mirando la escena como un buitre.

Ricardo Simón. El Fiscal General Adjunto.

La red era más grande y profunda de lo que pensaba. Los tentáculos llegaban a todas partes.

Ya en el coche patrulla, activé el protocolo 23/2015 para casos de corrupción institucional. Grabé un informe cifrado con el código del caso y pedí acceso inmediato a los archivos históricos del sistema.

Necesitaba rastrear todos los expedientes de menores del instituto durante los años de la Iniciativa.

Metí la tarjeta de memoria en el dispositivo SITEL para transmisión segura. El cerco se cerraba, pero las presas eran poderosas. Y ahora sabían que iba tras ellas.

29

El amanecer confirmó lo peor: Rivera había desaparecido. Una llamada al instituto me dio la noticia: dimisión inmediata por «problemas personales de salud». El billete de avión a Barcelona que rastreé confirmaba su huida. Otro testigo que se esfumaba.

Mi adversario —quien fuera que moviera los hilos— jugaba sus cartas con precisión. Sacrificaba peones sin pestañear, protegía las piezas importantes con una frialdad que daba miedo.

Las palabras del Padre Vidal me volvieron a la cabeza: «El mal se disfraza mejor cuando parece virtud». Nunca lo había visto tan claro.

El móvil vibró.

«María Fernanda: Análisis de documentos quemados listo. No te va a gustar lo que he encontrado. ¿Quedamos en el laboratorio a las 9?»

«Voy para allá», tecleé mientras cogía las llaves del coche oficial. El pulso se me aceleró con esa mezcla de esperanza y miedo que viene antes de las revelaciones importantes.

El camino al laboratorio forense fue por calles que parecían haber perdido el color. Como si Morella entera se hubiera vuelto gris. Conocía ese recorrido de memoria —cientos de veces en mis años de servicio—, pero hoy cada semáforo era una decisión, cada giro un punto sin retorno.

Mi Seat León oficial devoraba el asfalto mientras repasaba los protocolos. Si María Fernanda había encontrado lo que sospechaba, cada paso tenía que ser perfecto. La cadena de custodia no podía tener ni un fallo si queríamos que aquello llegara a juicio.

El laboratorio me recibió con su silencio de hospital. Encontré a María Fernanda pegada a los monitores, iluminada por esa luz azul que la hacía parecer un fantasma. Como una bruja moderna leyendo el futuro en pantallas, guardiana de secretos que nadie quería conocer.

Me hizo señas para que me acercara. Las cámaras de seguridad estaban apagadas —los pilotos rojos que siempre parpadeaban estaban muertos—. Mal asunto.

—He analizado hasta el último trozo recuperable de la «Iniciativa de Reinserción Juvenil» —dijo en voz baja, como si las paredes tuvieran oídos—. He usado técnicas de recuperación que ni sabía que existían. Lo que he sacado es... —buscó la palabra— monstruoso.

Me incliné sobre los documentos digitales. El olor del café concentrado de María Fernanda llenaba el aire, amargo pero reconfortante en aquel lugar de verdades incómodas.

—Suéltalo —la apremié. Cada segundo contaba.

—Son manuales de una precisión que asusta —explicó, señalando trozos de texto salvados del fuego—. Usaban el término «recalibración moral» para tapar algo mucho peor. Aislamiento sistemático, privación sensorial, técnicas de control mental disfrazadas de orientación espiritual.

Sus dedos volaban sobre la pantalla, marcando cada horror como si descifrara jeroglíficos.

—Mira esto: «intervención intensiva» es su forma de decir tortura psicológica pura y dura. Aislamiento total, privación de sueño, presión constante hasta romper la voluntad. Todo documentado con una frialdad que hiela la sangre.

Leí aquellos textos sintiendo cómo se me revolvía el estómago. Era como ver los planos de una máquina diseñada solo para destruir personas. Cada pieza encajaba ahora.

—¿Y Clara? —mi voz sonó rara, como si viniera de lejos—. ¿Sale en estos... protocolos?

María Fernanda asintió despacio. Vi en sus ojos el mismo horror que debía haber en los míos.

—Aparece en una lista de «casos prioritarios» —confirmó con voz temblorosa—. Junto a su nombre, una nota que pone los pelos de punta: «Resistencia extrema. Autorizada intervención Nivel 3».

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—El Nivel 3 es el protocolo de destrucción total —siguió María Fernanda, y por primera vez la vi temblar—. No hablamos de reeducar. Hablamos de borrar a una persona y rehacerla desde cero. Es tortura psicológica convertida en ciencia, Gabriel. Documentada como un experimento.

La mente que había creado aquello no era solo malvada; era brillante de forma retorcida. Alguien capaz de disfrazar el horror de progreso. Alguien como Guillem Soriano.

En mis años de teniente había visto de todo. Había desmontado redes de trata en Almería, perseguido narcos por media Costa del Sol, interrogado etarras en el País Vasco. Pero esto... esto era diferente. Era el mal con sello oficial, protegido por togas y sotanas, blindado por el poder.

—¿Tenemos suficiente para un juez? —pregunté, aunque la cara de María Fernanda ya me daba la respuesta.

—Para un juicio penal, me temo que no —admitió frustrada—. La cadena de custodia tiene agujeros, y los documentos reconstruidos siempre dan margen para que un buen abogado los tumbe. Pero... —sus ojos brillaron— hay algo más.

Se giró hacia su mesa y, tras meter una clave en la caja fuerte, sacó un USB del tamaño de un mechero. Me lo dio como quien entrega un tesoro.

—Aquí está todo lo que se puede salvar. Y hay algo más que tienes que ver tú mismo. Ya.

Sopesé el pequeño dispositivo. Pesaba poco pero contenía dinamita. La verdad siempre llega así: pequeña, casi invisible, pero capaz de volar todo por los aires.

—María Fernanda —me paré a pensar las palabras—, si esto es lo que parece, te estás jugando el cuello.

Sonrió cansada, de esas sonrisas de quien ya ha aceptado las consecuencias.

—Todos nos la jugamos desde que empezamos a remover esta mierda —dijo tranquila—. Pero hay cosas que no pueden seguir enterradas, por mucho que moleste arriba. Por Clara. Por todas las Claras sin voz. Por simple decencia.

Guardé el USB en el bolsillo interior, junto al corazón. Pesaba poco pero sentía que llevaba una bomba. Me acordé de lo que decía mi abuelo: «La verdad te hará libre, pero primero te hará sangrar».

Estaba listo para sangrar. Lo que no sabía era si sobreviviría para ver esa libertad.

De vuelta en comisaría, me esperaba lo más aburrido pero crucial: escribir el informe para el juez. Cada palabra tenía que ser perfecta, cada párrafo blindado. Soriano tenía tentáculos por todas partes, contactos que podían hacer desaparecer expedientes enteros con una llamada.

Pero yo tenía algo que ellos no podían comprar ni asustar: la verdad. Y estaba decidido a llevarla hasta el final.

30

El atardecer pintaba Morella de color cobre. Las sombras se alargaban sobre las calles como manchas de tinta, creando rincones perfectos para ojos que vigilan.

Al aparcar frente a mi portal, el barrio me pareció más frágil que nunca. Tres plazas más abajo había una berlina gris que no conocía. Motor apagado. El capó todavía caliente —acababa de llegar.

Doña Teresa salió con su yorkshire, como cada día desde que yo era crío. Nos saludamos como siempre, pero algo falló. Durante medio segundo su cara cambió. Miró hacia mi portal y su sonrisa se congeló.

Me estaba avisando.

Mi mano buscó el arma mientras subía las escaleras.

La puerta de mi piso estaba entreabierta.

No mucho —tres milímetros de más—, pero el tipo de detalle que solo ve quien ha visto demasiadas escenas del crimen. Recordaba perfectamente el doble giro de llave de la mañana, el clic del bombillo al encajar.

Alguien había entrado. Y querían que lo supiera.

Desenfundé de forma automática. Me pegué a la pared, fuera del ángulo de visión. El silencio era tan denso que oía mi propia sangre.

Empujé la puerta con la izquierda mientras apuntaba con la derecha. El piso estaba como lo había dejado: papeles sobre la mesa

del comedor, la taza de café en el fregadero, mi cazadora en el perchero. Todo en su sitio, pero todo mal. Como una foto a la que le han borrado algo importante.

Revisé cada habitación con cuidado de desactivador de bombas. Cocina, salón, baño. Todo aparentemente normal.

Hasta que llegué al dormitorio.

Se me cortó la respiración.

Las sábanas —que yo siempre dejaba hechas un desastre— estaban dobladas siguiendo el patrón exacto de los sudarios judíos. No era simple orden; era un mensaje en pliegues y ángulos.

Y en el centro de la almohada, como una ofrenda siniestra, estaba la Biblia de mi abuelo abierta por el Eclesiastés: «Porque los vivos saben que han de morir, pero los muertos nada saben». La última frase subrayada en rojo: «su memoria es olvidada».

Lo que me encogió el corazón no fue la amenaza, sino lo personal del gesto. Esa Biblia estaba enterrada en el cajón de arriba de mi mesilla, bajo papeles que nadie tenía por qué mirar. Quien había entrado no solo había violado mi casa; había rebuscado en mis cosas más íntimas.

Busqué micrófonos. Lo encontré tras la placa del interruptor de la cocina: un transmisor último modelo, del tamaño de una lenteja. Material solo disponible para fuerzas de seguridad del Estado.

No lo toqué. En este juego a ciegas, mejor saber sus movimientos que mostrar los míos.

El mensaje era claro: Sabemos dónde duermes. Sabemos quién eres. Sabemos qué escondes.

Y lo peor: Podemos llegar cuando queramos.

Pasé la noche en vela, sentado en mi sillón con el arma en la mesa y todas las luces encendidas. No era miedo —había dormido en sitios mucho peores durante el servicio—, era la certeza fría de haber cruzado la línea. Ya no era un simple teniente mirando casos viejos. Me había convertido en una amenaza lo bastante grande para merecer intimidación directa.

Lo cual significaba que estaba cerca de la verdad.

31

El amanecer me pilló ya en el cuartel. Mis pasos sonaban en pasillos que todavía olían a lejía y vacío. Fui directo al despacho de Laura. Sabía que madrugaba. Costumbre de cuando compartíamos más que guardias.

La encontré hundida entre papeles, con esa concentración total que siempre me había gustado. Esa forma de aislarse hasta que solo existieran ella y el caso.

—Tenemos que hablar —dije, cerrando la puerta.

Levantó la vista y algo cambió en su cara. Para cualquiera habría sido la Laura de siempre: tranquila, profesional, cerrada. Pero yo veía la tensión en las comisuras de los labios, cómo las manos se le habían quedado quietas sobre los papeles.

—¿De qué?

—Ayer alguien entró en mi piso. —Mantuve la voz baja. Las paredes del cuartel tienen oídos—. Dobló las sábanas como en un entierro. Dejó la Biblia de mi abuelo abierta por lo de los muertos. Y puso un micro de los nuestros, Laura. Material del Cuerpo.

Su cara no cambió, pero vi cómo apretaba los dedos sobre el expediente, arrugando una esquina. Gestos pequeños que solo yo sabía leer.

—¿Estás diciendo que alguien de dentro...? —dejó la frase en el aire.

—No estoy diciendo. Estoy contando hechos. —Me incliné hacia ella—. Entrada limpia. Conocían mis horarios. Equipo que solo nosotros usamos. Y un mensaje hecho a medida para mí.

Nos miramos fijamente. Laura miró hacia la puerta, calculando. Cuando habló otra vez, había miedo en su voz.

—Esto es más que un caso viejo, Gabriel. Más que una chica desaparecida. —Me miró de nuevo—. Estás tocando cosas que llevan décadas quietas. Gente con raíces tan profundas que no sabes hasta dónde llegan.

—Eso no contesta mi pregunta. —La estudié—. ¿Qué me escondes, Laura?

La vi cerrar el expediente despacio. El gesto de quien va a confesar.

—Miguel, el hijo de Soriano, está prometido con mi prima Lisa. —Las palabras cayeron como piedras—. Se casan en diciembre. Llevan tres años. Ha sido como un padre para ella desde que perdió a los suyos en el accidente de la N-232.

El golpe fue directo. No era una simple conexión profesional. Era familia.

—¿Y no pensaste que debías decírmelo? —Luché por mantener la calma. Rabia y traición mezcladas.

Laura me miró, con orgullo herido rompiendo su máscara.

—¿Cómo se supone que lo decía? —Subió un poco la voz—. ¿«Oye, Gabriel, el tipo al que investigas es prácticamente familia»? ¿«Viene a casa en Navidad»? ¿«Lleva a Lisa a comer los domingos»? ¿«Me felicitó cuando ascendí»?

Negó con la cabeza.

—Es jodidamente complicado.

—No, Laura. —Cada palabra salió cortante—. Complicado es resolver un caso cuando han borrado todas las pruebas. Complicado es buscar la verdad cuando tus compañeros te sabotean.

Me acerqué más.

—Esto es un conflicto de intereses enorme. Y lo has tapado mientras fingías ayudarme.

—No he comprometido nada —se endureció.

—¿No? —Usé mi tono de interrogatorio—. ¿Y tu obsesión con el procedimiento mientras ellos borran pistas? ¿Tus avisos sobre las «consecuencias»? ¿Tu insistencia en los «cauces oficiales» cuando sabes que están podridos?

El silencio pesaba.

—Eso es bajo, Gabriel. —Usó mi nombre completo como cuando discutíamos—. He arriesgado mi puesto para darte acceso a archivos que Pascual había enterrado. He puesto mi carrera en peligro.

La miré, a esta mujer que una vez conocí de verdad y que ahora parecía una extraña. Cada recuerdo se manchaba de sospecha.

—¿Y nosotros, Laura? —pregunté, yendo a lo personal—. ¿Eso todavía importa?

La pregunta quedó flotando, cargada de todo lo que habíamos sido.

—Siempre ha importado —dijo al fin, y por primera vez le tembló la voz—. Por eso duele tanto. —Me miró casi suplicando—. Lo que haces puede tirarlo todo abajo. El futuro de mi prima. La credibilidad del Cuerpo. La confianza de la gente.

—¿Y la verdad? —ataqué—. ¿También la tiramos?

No contestó, pero el conflicto en sus ojos hablaba solo. Laura Álvarez, la guardia más honrada que conocía, estaba partida entre la sangre y el deber.

—Necesito saber de qué lado estás, Laura —presioné—. No mañana. Ya.

Me miró con esa intensidad que me había enganchado años atrás.

—Dame tiempo, Gabriel —pidió sin rogar—. Ya no es solo Soriano o un cuartel corrupto. Es Miguel. Es Lisa. Es familia.

—Clara también era familia. —Las palabras salieron frías—. Una niña cuya madre lleva veintiún años sin saber si respira.

Vi cómo el golpe la atravesaba. Un temblor la recorrió antes de asentir.

—Te daré una respuesta —prometió con voz rota—. Pronto.

Salí arrastrando un silencio más pesado que cualquier acusación. Porque ahora los dos sabíamos la verdad: no era solo un caso lo que peligraba. Era lo que éramos, lo que habíamos jurado proteger.

Y en algún lugar, alguien escuchaba cada movimiento mío, esperando el momento de atacar.

De vuelta en mi despacho, escribí un informe para el Teniente Coronel Moreno sobre el allanamiento. Lo registré en el SIGO con su número. Era como decir a mis enemigos que conocía su juego, pero el papeleo me protegía. Si me pasaba algo, habría un rastro.

Después activé los protocolos de contravigilancia del curso de Información Reservada. Nunca pensé que los usaría contra los míos. Rutas aleatorias, comunicaciones cifradas, copias de seguridad fuera.

32

Respiré hondo. El aire me pesaba en los pulmones. Con los dedos temblando un poco, cogí el teléfono y marqué un número que guardaba para cuando no quedaban más opciones. Tres tonos en el silencio de mi piso.

—Navarro —la voz sonaba ronca, gastada por años persiguiendo las mismas sombras que ahora me rodeaban.

—Soy Ferrer. —Mi voz salió más firme de lo esperado—. Tengo que verte. Es sobre un caso viejo.

El silencio pesaba. Los dos sabíamos lo que significaba esa llamada.

—¿Dónde? —fue al grano.

—El embalse de Arenós. La cabaña de siempre. En dos horas.

—Allí estaré.

Colgamos sin más. Metí lo esencial en una bolsa: el pendrive con las notas de Clara, el diario de Soriano. Cosas que quemaban como verdades peligrosas.

Cada paso me alejaba de Morella y sus mil ojos invisibles. Antes de salir, miré la foto de Clara en el tablón. Sus ojos parecían seguirme, acusando y pidiendo a la vez.

—Esta vez sí —dije en voz baja—. Esta vez no te fallaré.

El viaje fue más interno que físico. Las palabras del profeta Isaías, que mi abuelo me había grabado a fuego, latían como un segundo

corazón: «Buscad la justicia, defended al oprimido». No era solo mi trabajo; era una deuda que ya no podía aplazar.

La cabaña apareció entre la niebla como un refugio sólido de cuando las cosas tenían sentido. Los recuerdos me golpearon con cada tabla que crujía. Mi abuelo parecía estar todavía ahí, sus lecciones pegadas a las paredes.

«Aquí se piensa mejor, sin el ruido del mundo», decía mientras preparábamos las cañas. Quizá ahora necesitaba esa claridad más que nunca.

La lámpara de queroseno creó sombras largas que bailaban en las paredes. El silencio era denso pero bueno, un sitio donde por fin podría mirar de frente lo que había evitado.

Revisé cada rincón con ojo de policía, asegurándome de que nadie había tocado este último refugio. Solo entonces encendí el portátil y abrí el archivo: «Diario Soriano - 1985». Las palabras me helaron por su calma terrible:

«¿Es esto realmente lo correcto? Ayer vi cómo la chispa en los ojos de Javier se apagaba del todo. Sentí algo oscuro y dulce dentro de mí. Padre decía que hay que romper para reconstruir. ¿No es así como funciona el mundo?»

El ruido de un motor me sacó de aquella lectura que daba náuseas. Navarro bajaba de su todoterreno con esos movimientos medidos del cazador viejo. Nos dimos la mano.

—Parece que no has dormido en días —dijo con esa media sonrisa que nunca le llegaba a los ojos.

—Y tú sigues siendo igual de directo —contesté, agradeciendo su franqueza.

Sin más, puso una carpeta sobre la mesa con cuidado.

—Sara Muñoz. Desapareció en 2003. Oficialmente se perdió haciendo senderismo en la Sierra de Gúdar.

—¿Cómo has conseguido esto? —El sello de «caso cerrado» hablaba de negligencia a propósito.

—Digamos que tengo contactos que me deben favores gordos —dijo, y en su forma de no decir reconocí métodos que mejor no preguntar.

Las horas pasaron mientras conectábamos puntos que nadie había querido unir. El patrón era claro: víctimas elegidas con precisión, encubrimientos desde arriba, una red con Soriano en el centro, protegido por su fachada de hombre respetable.

Le conté todo: testimonios rotos, pruebas que desaparecían, sospechas que se volvían certezas. Navarro escuchaba con esa atención del depredador calculando, apuntando en su libreta con letra pequeña.

Cuando terminé, se echó hacia atrás en la silla. Sus ojos, curtidos en mil persecuciones fallidas, me estudiaron.

—Te la estás jugando de verdad, Gabriel. —Bajó la voz—. Esto es más que Soriano. Es toda una comunidad que vive del silencio. Y cuando alguien empieza a hacer ruido, van todos a por él.

—Lo sé —las palabras pesaban.

—Tu carrera está muerta, eso seguro —siguió, midiendo mi determinación—. Y eso si tienes suerte y solo van a por lo profesional. ¿Merece la pena?

La pregunta quedó flotando. Pensé en Laura, en el abismo que se había abierto entre nosotros después de años compartiendo algo parecido al amor. El precio era alto.

—Las consecuencias van a ser gordas —Navarro parecía leerme el pensamiento—. Algunas profesionales, otras... más directas. Los fanáticos como Soriano no se retiran sin pelear.

Recordé mi piso violado, la Biblia abierta como advertencia. El mensaje era claro: sabían dónde vivía y no les temblaba el pulso.

—¿Tú qué harías? —necesitaba su opinión cruda.

Navarro se levantó y se puso frente a la ventana. Su silueta contra el embalse oscuro parecía la de alguien entre dos mundos.

—Yo seguiría —dijo tras un silencio lleno de batallas perdidas—. Pero yo estoy solo. No tengo nada que perder, nadie esperándome.

Se giró para mirarme, su cara un mapa de cicatrices que no se ven.

—La pregunta es hasta dónde estás dispuesto a llegar. Porque esto no es una película, Gabriel. Aquí la justicia se paga cara, y casi siempre con tu propia sangre.

Sus palabras resonaron en la cabaña como una sentencia. Mientras la oscuridad se tragaba el embalse, entendí que estaba en la frontera entre dos vidas: la que había llevado hasta ahora y la que me esperaba al cruzar.

Pero la decisión ya estaba tomada desde que aquel sobre apareció en mi mesa. Lo demás era aceptar lo que venía.

La noche nos envolvía como un manto, y en algún lugar entre las sombras, los monstruos de Morella afilaban las uñas.

33

Me acerqué a la ventana donde Navarro miraba el embalse. La luna brillaba sobre el agua como un camino de plata que se perdía en la noche. El silencio entre nosotros pesaba como confesiones sin hacer.

—Ya no es solo trabajo —dije, casi sin voz—. Esto es algo más.

Busqué cómo explicarlo. Navarro esperó sin prisa. Sabía que hay cosas que necesitan su tiempo.

—Es como si Clara me hablara —seguí, las manos en el alféizar gastado—. Ella y todas las demás. Sus voces juntas en un coro que solo yo oigo.

La madera bajo mis palmas todavía guardaba calor del día. Un ancla en medio de tanto misterio.

—A veces pienso que no elegí este caso. —Las palabras salieron solas—. Que me han puesto aquí, ahora, para algo más grande que yo. Como si toda mi carrera hubiera sido solo preparación.

Navarro se giró despacio. La luna marcaba su perfil con sombras. No juzgaba mis palabras sino lo que había detrás, buscando la verdad.

—Eso —dijo al fin— es justo lo que necesitaba oír.

Volvió a la mesa con energía nueva. Su postura había cambiado, como si hubiera cruzado una línea.

—Perfecto. Ahora empieza lo bueno. —La determinación le vibraba en la voz—. Vamos a construir un caso tan sólido que ni Pascual ni Soriano podrán tumbarlo, por mucho que lo intenten.

Por primera vez en semanas, el peso se me alivió. No desapareció, pero ahora lo compartía.

—¿Me ayudarás entonces? —No pude esconder la esperanza.

Navarro me clavó los ojos con intensidad.

—No.

Mi cara debió delatarme porque sonrió torcido.

—No voy a ayudarte, Gabriel. Vamos a ayudarnos. —Fue a su maletín—. No eres el único conectando puntos.

Sacó un sobre con el sello de la UCO y lo puso en la mesa como quien entrega pruebas cruciales.

—Diana Gómez lleva tres años construyendo algo gordo —explicó, empujando el sobre hacia mí—. No es solo abusos en centros de menores. Es una red que cruza comunidades autónomas.

Bajó la voz.

—Jueces, consejeros, peces gordos. Gente que usa los programas de reinserción como tapadera para... —Se frotó la cara—. Para cosas que prefiero no detallar ahora. Ya habrá tiempo.

La tensión se mascaba mientras miraba el sobre.

—¿Tres años en la sombra? —pregunté—. ¿Todo este tiempo investigando sin que se enteren?

—Gómez es meticulosa hasta el extremo —asintió—. Han seguido el dinero, las conexiones, patrones que se repiten. El método es el mismo, aunque cambien las caras.

Abrí el sobre con dedos torpes. Dentro: perfiles de cuatro jueces en tres autonomías. Fotos oficiales, cronologías, mapas de conexiones. Y pese a las diferencias, el patrón era claro: poder sobre menores vulnerables, estructuras blindadas, alianzas con servicios sociales.

Me paré en seco al ver el último nombre: Guillem Soriano.

—Todavía les falta —señaló Navarro los expedientes—. No hay suficiente para la Audiencia Nacional. Falta el nexo que una todos los casos, la prueba de que es crimen organizado.

Se inclinó sobre la mesa, golpeando el expediente de Soriano con el dedo.

—Pero lo que has reunido tú, especialmente esos documentos de la Iniciativa...

—Podría ser la pieza que falta —completé, viendo el puzzle completo.

—Exacto.

El aire se cargó de posibilidades. Nuestras sombras, con la luz del quinqué, parecían gigantes en las paredes.

Por primera vez desde que recibí el sobre con la pulsera de Clara, sentí que tocábamos algo grande. Algo que me superaba. La marea estaba cambiando.

—¿Qué necesitan de mí? —pregunté, aunque lo intuía.

Navarro se dejó caer en una silla que crujió.

—Tres cosas. —Levantó la mano contando—. Primera: pruebas sólidas, con cadena de custodia perfecta. Documentos, grabaciones, lo que conecte a Soriano con la red.

Segundo dedo.

—Segunda: testigos dispuestos a declarar. No rumores, sino gente que haya pasado por el sistema. —Pausa—. Supervivientes de los programas de Soriano que puedan subir al estrado.

Pensé en Núria Esteve. Había desaparecido tras vernos en el Faro Nocturno, pero tenía que estar en algún sitio. Y si ella había sobrevivido, habría más.

—¿Y la tercera?

Navarro dejó la distancia profesional.

—Que llegues vivo a juicio —soltó sin rodeos—. Esta gente no son delincuentes de barrio, Gabriel. Son tipos con contactos hasta arriba. Y cuando se vean acorralados...

El silencio completó la amenaza.

—Hay algo más. —Se inclinó—. Algo que llevamos meses mirando.

El aire se espesó.

—Tenemos indicios de que Clara Llorens no fue la primera en desaparecer tras enfrentarse a Soriano. —Me miró fijo—. Y las pruebas dicen que tampoco ha sido la última.

Se me heló la sangre. Una parte de mí ya lo sospechaba, pero oírlo lo hacía real.

—¿Me estás diciendo que sigue activo? ¿Que mientras nosotros...?

—Te estoy diciendo —cortó— que los tipos como Soriano no paran solos. Solo cuando los paras tú. Y cuando tienen un sistema tan perfecto...

No hacía falta terminar.

Me hundí en la silla, aplastado. Ya no era solo justicia por el pasado. Era parar a un depredador activo antes de que hiciera más daño.

Las sombras bailaban con la llama, como si todos los secretos de Morella cobraran vida en las paredes.

Navarro me estudió, midiendo cuánto más decir. Al final, eligió cada palabra con cuidado:

—Gabriel, ¿has pensado que Clara Llorens pueda estar viva?

Me quedé sin aire. Mi mente voló a la pulsera con sangre fresca, a los testigos que hablaban de ella en presente, a los silencios que decían demasiado.

Claro que lo había pensado. Me había torturado con esa idea cada noche sin dormir.

—Si está viva... —mi voz se rompió.

—Si está viva —terminó Navarro con voz de tumba—, lleva veintiún años en manos de Soriano o su gente.

El silencio que siguió tenía peso. Solo se oía una lechuza y el agua suave contra el embarcadero.

Allí, con la luna bañando el embalse y los documentos de una conspiración monstruosa entre nosotros, entendí que estaba en una encrucijada. Este momento definiría no solo el caso, sino quién sería yo después.

Mis manos se cerraron sobre el expediente de Soriano, sintiendo el peso de todas esas vidas rotas, todos esos años de sufrimiento callado.

Y en silencio, bajo las estrellas, renové mi promesa: la encontraría. A ella y a todas las demás.

34

La lluvia martilleaba el parabrisas mientras conducía por la N-232. Los limpiaparabrisas apenas podían con el aguacero, igual que yo con el caos de esta investigación.

Dos horas antes, Diana Gómez me había llamado. Su voz sonaba tensa: «Tenemos algo importante. Audiencia Nacional. Ven ya».

No lo pensé dos veces. Las órdenes de Pascual podían esperar. El pendrive en mi bolsillo pesaba como una bomba.

El edificio de la Audiencia Nacional se alzaba contra la noche madrileña. Una mole gris con ventanas iluminadas que proyectaban más sombras que luz. Mi placa me abrió todas las puertas.

Tercera planta. Gómez me esperaba: alta, rígida, con esa mirada de quien no baja nunca la guardia.

—Capitán Ferrer. —Un gesto seco—. Por aquí.

Habían convertido la antigua sala de conferencias en un centro operativo. Mapas digitales, fotos ampliadas, documentos clasificados por colores. Una investigación cobrando vida.

—Lo que tenemos —Gómez cerró la puerta— lo cambia todo.

En un rincón, el agente Ramírez tecleaba con las manos manchadas de reactivos químicos. Sus dedos se movían con precisión quirúrgica.

—Pantano de Benagéber —anunció Gómez cuando apareció la imagen satelital en pantalla—. Registrado a nombre de Jaime

Guillem S.L., una tapadera de la fundación de Soriano.

Ramírez amplió la imagen. Aparecieron líneas de calor subterráneas como venas, sistemas de drenaje que no cuadraban, un consumo eléctrico absurdo para una simple cabaña.

—No es una casa de campo —dijo Ramírez sin emoción—. Es solo la punta del iceberg.

Gómez mostró fotos de vigilancia: tres hombres entrando y saliendo como autómatas, entregas nocturnas, coches sin matrícula en fechas concretas.

—Este —señaló a un tipo con la gorra calada— es Miguel Soriano. El hijo. Dos visitas por semana durante tres años. Como un reloj.

El corazón me dio un vuelco. Por fin algo sólido.

—¿Habéis entrado? —No pude ocultar la urgencia.

—El juez Ibáñez quiere más pruebas —Gómez no disimulaba su frustración—. Por eso necesitamos lo que tienes. Lo que Navarro me adelantó.

Se lo entregué todo sin decir nada.

Ramírez abrió otro archivo. En pantalla apareció el diente del sótano de la iglesia, ampliado hasta mostrar sus secretos microscópicos.

—Microestrías en el esmalte —explicó, señalando marcas como un código temporal—. Solo se producen con exposición prolongada a benzodiacepinas y propofol.

—¿Sedantes? —Las palabras se me atragantaron.

—Administrados durante años. No de forma puntual. Como un tratamiento. —Ramírez ni pestañeó.

Me golpeó como un puñetazo. Clara no solo fue secuestrada. La mantuvieron sedada, viva pero ausente, durante quien sabe cuánto tiempo.

Apareció un mapa regional con cinco puntos rojos pulsando como heridas. Tres comunidades autónomas.

—Cinco propiedades —detalló Ramírez—. Todas de fundaciones benéficas o sociedades vinculadas a Soriano. Sitios aislados pero accesibles. Consumo eléctrico anormal. Suministros médicos regulares.

—¿Múltiples víctimas? —Pregunté lo obvio.

El silencio fue respuesta suficiente.

—Esto es lo peor. —Ramírez mostró análisis de suelo de Benagéber—. ADN de tres mujeres jóvenes. Todas en la lista de desaparecidas de los últimos veinte años.

Gómez cruzó los brazos, conteniendo la rabia.

—No es un depredador solitario —dijo—. Es toda una estructura. Funcionarios con acceso a menores vulnerables. Los programas de «restauración» como tapadera perfecta.

—¿Podemos actuar ya? —La adrenalina me quemaba—. ¿O esperamos mientras hay gente ahí fuera?

Gómez y Ramírez intercambiaron una mirada.

—Hay un patrón —reveló ella—. Cada tres meses, picos de actividad en todas las propiedades. Más coches. Suministros médicos especiales. Personal extra.

—El próximo es mañana por la noche —Ramírez miró su reloj como si contara segundos.

—Necesitamos alguien que conozca el caso desde dentro —Gómez me miró directamente—. Que vea lo que mis agentes podrían pasar por alto.

La propuesta quedó en el aire.

—¿Tenéis la orden?

—La estoy tramitando. Con lo que tenemos, cuatro horas máximo —aseguró—. Cinco propiedades, cinco equipos. Golpe simultáneo para que no se alerten.

Me pasó una carpeta delgada que pesaba como el plomo. La abrí con manos temblorosas.

—Esta madrugada apareció un cuerpo cerca de Teruel —su voz, neutra por costumbre—. Adolescente. Marcas de contención prolongada. Tres semanas muerta.

Las fotos mostraban una chica que aún conservaba algo de inocencia pese al horror. Muñecas y tobillos marcados por ataduras. En el antebrazo, un tatuaje: una llave estilizada. El mismo símbolo de los documentos de la «Iniciativa».

Mi móvil vibró. Número desconocido: «Empieza por el padre».

Las mismas palabras del sobre anónimo que empezó todo esto. Se lo enseñé a Gómez, que frunció el ceño al instante.

—Alguien filtra desde dentro —dije, encajando piezas.

—O nos están guiando —advirtió ella—. Marcando el camino.

La certeza creció en mí como una marea.

—Tengo que volver a Morella —solté—. Ahora mismo.

—¿Qué dices? —Gómez no se lo creía—. Estamos a horas de la operación.

—«Empieza por el padre» —expliqué, la adrenalina aclarándome las ideas—. No es el padre de Clara. Es el padre de Soriano. —La revelación me sacudió—. ¿Cómo no lo vi antes? Ahora está clarísimo.

La comprensión iluminó su cara mientras yo seguía:

—Guillem Soriano padre. Fundador y presidente de la asociación que construyó la iglesia de Santiago en el 54. No solo creó la congregación. Diseñó el edificio. Con el sótano incluido.

Mi mente conectaba puntos como constelaciones.

—El viejo no solo le transmitió una fe retorcida —continué con voz firme—. Le dejó la infraestructura lista.

Ramírez ya tecleaba como loco.

—Reformas en el 72, 88 y 2004 —leyó en pantalla—. Todas supervisadas por los Soriano o sus allegados.

—No buscamos una habitación oculta —concluí, la verdad cristalizando—. Es todo un sistema. Túneles, pasadizos. Una red diseñada desde el principio, perfeccionada durante años.

Gómez procesó la información con eficiencia militar.

—Voy contigo —decidió, cogiendo la chaqueta—. Ramírez, coordina los equipos. Que estén listos pero invisibles hasta mi señal.

De camino al parking, la lluvia había parado pero el aire vibraba con electricidad estática, como si el mundo contuviera la respiración.

—¿Estás preparado para lo que podamos encontrar? —preguntó Gómez al subir a su todoterreno.

La pregunta quedó suspendida como última advertencia antes del abismo.

Pensé en mi juramento, en las lecciones del abuelo, en las noches buscando respuestas.

—Llevo toda la vida preparándome —respondí desde las tripas.

Llamé al padre Vidal. Que contactara con Reig para conseguir planos actualizados de la iglesia. Si había entradas ocultas, estarían

documentadas. El santuario convertido en antesala del infierno.

—Vamos directos al centro de la oscuridad —dijo Gómez, ojos fijos en la carretera.

—No —respondí con certeza absoluta—. Vamos a iluminar esa oscuridad. De una vez por todas.

35

La carretera hacia Morella serpenteaba bajo la lluvia. El asfalto brillaba mientras avanzábamos entre las sombras del bosque. Gómez conducía con los nudillos blancos sobre el volante. Los dos llevábamos la tensión pegada al cuerpo.

El limpiaparabrisas marcaba un ritmo hipnótico mientras yo intentaba ordenar las piezas de este rompecabezas. Tantos años buscando a ciegas mientras la verdad estaba delante de nuestras narices.

—Hemos estado buscando donde no era —murmuré, el aliento empañando el cristal—. No en la superficie, sino debajo. Siempre ha estado debajo.

Un relámpago iluminó el perfil de Gómez. Sus ojos seguían fijos en la carretera, pero noté cómo prestaba atención.

—Suéltelo todo, capitán —su voz sonó seca—. Sin rodeos esta vez. Sin los velos que nos han cegado de la verdad.

Respiré hondo.

—Soriano padre construyó la Iglesia de Santiago Apóstol en el 54 —empecé—. Pero no era solo una iglesia. Era un edificio con doble función. Supervisó cada detalle... especialmente los sótanos. Como quien construye una trampa sabiendo qué va a cazar.

Mi propia voz me sonaba extraña, como si fuera otro quien contara esta historia que siempre había estado ahí, esperando.

—El hijo heredó el negocio familiar —continué—. Reformas en el 72, justo después de que Lea se suicidara. Otra en el 88, cuando aquello empezó a crecer. Y la última en 2004, meses antes de que Clara desapareciera.

Pasamos bajo un puente. La oscuridad momentánea pareció tragarse mis palabras.

—No es un sótano adaptado para "terapias espirituales", Gómez. Es toda una red subterránea, diseñada desde el principio para una sola cosa: encerrar, aislar, quebrar. Un laberinto para destruir personas.

—Montaron un sistema de tortura con permisos oficiales —masculló Gómez, apretando más el volante—. Y nosotros, mirando hacia arriba mientras todo pasaba bajo tierra.

—Ya lo decía mi abuela —respondí, recordando las palabras del Padre Vidal con amargura—: la fachada de respetabilidad es el mejor escudo. Nadie investiga donde todo parece correcto. La apariencia de virtud es la coartada perfecta para las peores cosas.

El silencio que siguió pesaba como plomo. Habíamos estado vigilando la superficie mientras bajo nuestros pies se pudría todo un sistema de horror disfrazado de institución respetable.

Mi móvil vibró, iluminando el interior del coche. El mensaje de Laura apareció como una señal de alarma:

"Miguel ha cancelado la cena con Lisa. Dice que tiene 'asuntos familiares urgentes'. Esto no es normal, Gabriel. Ten cuidado. Estoy contigo de más formas de las que crees."

Se lo enseñé a Gómez. Vi cómo apretaba la mandíbula.

—Están eliminando pruebas —dijo, poniendo palabras a lo que yo no quería pensar—. Si saben que les seguimos el rastro, van a borrar evidencias... o algo peor.

O algo peor. Las palabras quedaron flotando en el aire del coche. Si Clara seguía viva, si aún respiraba en algún rincón de esa red de túneles... La idea me destrozaba por dentro.

—Tengo que llamar a Navarro —dije, marcando con dedos nerviosos.

—¿Situación? —La voz de Navarro sonó directa.

—A catorce minutos de Morella. Con Gómez. ¿Los equipos?

—Desplegados en las cinco ubicaciones. Esperando luz verde.

Noté cómo su voz cambiaba, ese tono que anunciaba noticias importantes.

—Hay más, Gabriel. Tenemos los registros telefónicos de Miguel Soriano. Llamadas regulares a todas las propiedades, cuadrando con el patrón trimestral que detectamos.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Movimiento reciente?

36

—Hace dos horas empezó la actividad —confirmó Navarro—. Múltiples llamadas a números no registrados. Todos geolocalizados cerca de los objetivos.

—Están actuando —dije, la certeza golpeándome—. Ahora mismo. Están desmantelando la operación.

—Exacto —confirmó Navarro—. Ya tenemos la orden. Hemos adelantado el operativo. Entrada simultánea en treinta minutos en todas las propiedades.

Miré a Gómez. Asintió y pisó el acelerador. El motor rugió.

—Necesitamos esos planos —dije con urgencia—. Y entrar en esa iglesia antes de que borren todas las pruebas.

La lluvia caía con fuerza cuando llegamos a Morella. Las casas que conocía desde niño parecían máscaras vacías, las ventanas oscuras como agujeros. Los faroles temblaban sobre los charcos.

Y sobre todo, la aguja de Santiago Apóstol apuntando al cielo, como si quisiera desviar la atención de lo que pasaba abajo.

Gómez aparcó a una manzana de distancia.

—Espero aquí hasta que nos den acceso —dijo en voz baja—. Mantengo contacto con los equipos. Vaya usted, será menos visible solo.

Salí bajo la lluvia que me caló hasta los huesos. La gabardina pesaba mientras avanzaba hacia esa mole de piedra que ahora me

parecía un sepulcro.

Por un momento, volví a tener ocho años, agarrado a la mano de mi abuelo mientras subíamos esos mismos escalones, creyendo que allí dentro había algo sagrado que nos protegía.

Pero esta noche no buscaba lo sagrado. Solo el vacío que queda cuando se usan los símbolos para tapar la podredumbre.

El Padre Vidal apareció en la entrada lateral, haciéndome señas. Corrí hacia él, mis pasos salpicando en los charcos.

—Los encontré tras un panel falso en el antiguo despacho —me explicó mientras me guiaba por la nave vacía—. Gabriel... lo que muestran esos planos...

Se le quebró la voz. Primera vez que veía al sacerdote perder el control.

—Gómez está fuera —dije, sabiendo que cada segundo contaba—. Es de la Judicial. La necesitamos aquí ya.

Vidal salió corriendo mientras yo entraba en su despacho, sintiendo que me acercaba a algo gordo.

Los planos estaban sobre el escritorio. Papel viejo pero claro bajo la lámpara. Y mostraban mucho más que cambios en un sótano. Era toda una red subterránea: túneles que salían desde la iglesia hacia las propiedades vecinas, habitaciones marcadas con códigos claros, sistemas de ventilación que permitirían funcionar como una instalación oculta.

Y ahí, marcado con precisión: un pasadizo directo a la finca de al lado que —cómo no— había sido de los Soriano desde siempre. Una telaraña tejida bajo los cimientos del pueblo.

Vidal volvió con Gómez, que empezó a fotografiar los planos con su equipo.

—Es una red completa —dijo Gómez, conteniendo el horror—. Diseñada para durar. Esto no se improvisa, se planifica desde el principio.

—Las marcas... —señalé unos símbolos que se repetían—. "CR" aparece constantemente. ¿Qué significa?

Vidal se acercó a estudiar las anotaciones.

—Soriano padre presumía de su latín —explicó—. "CR" podría ser "Cubiculum Restaurationis".

—Cámara de Restauración —tradujo Gómez, mirándome. Los dos entendimos: no restaurar, sino destruir y rehacer a la fuerza.

Mi móvil vibró. Navarro: "Entrada efectuada. Marismas de Benagéber positivo. Dos detenidos. Evidencias múltiples víctimas. Signos evacuación reciente. Siguiendo rastro. Más datos en breve."

El mensaje confirmaba lo peor.

—Están trasladando a las víctimas —dije, enseñándoles el mensaje —. Si estos túneles conectan con las otras propiedades...

—Las traerán aquí —completó Gómez—. Último refugio. Punto de reunión antes de desaparecer... o de eliminar testigos.

La idea de que, acorralados, decidieran no dejar supervivientes me revolvió el estómago.

Vidal señaló una sección del plano con mano temblorosa.

—Este túnel principal empieza en la sala de calderas —dijo—. Si leo bien estas notas, debe haber una entrada oculta tras los viejos depósitos de combustible, los que quedaron sin usar al poner calefacción eléctrica.

—Vamos —dijo Gómez, activando su comunicador—. A todas las unidades: convergencia inmediata en Santiago Apóstol. Punto de consolidación confirmado. Protocolo de extracción activo. Repito: protocolo de extracción activo.

Mientras bajábamos al sótano, cada escalón me acercaba no solo a las víctimas que esperaba encontrar vivas, sino a una verdad enterrada bajo capas de respetabilidad y silencios comprados.

La sala de calderas nos esperaba, su oscuridad cargada de promesas terribles y respuestas que llegaban muy tarde.

En aquella oscuridad, tras puertas cerradas quién sabe cuánto tiempo, tal vez encontraríamos a Clara. Y con ella, la respuesta a la pregunta que me carcomía desde hacía veintiún años: ¿cómo fue posible no verlo? ¿Cómo pude permitir que pasara delante de mis narices?

Las sombras nos envolvieron, y supe que lo que fuéramos a encontrar ahí abajo lo cambiaría todo. O nos salvaría, o nos hundiría para siempre.

37

El descenso al sótano fue como bajar al infierno por etapas. Cada escalón crujía bajo nuestros pies, como si nos advirtiera: volved atrás, aquí no hay nada bueno. Pero seguimos bajando mientras el aire se volvía más frío y denso.

La sala de calderas se abrió ante nosotros como una cueva industrial. Un espacio amplio donde los viejos equipos oxidados proyectaban sombras raras bajo la luz amarillenta. Vidal nos guió hasta el fondo, donde los antiguos depósitos de combustible esperaban como guardianes silenciosos.

Me sorprendió ver cómo Vidal, pese a su edad, se movió tras los depósitos con agilidad. Sus dedos recorrieron la pared con precisión.

—Según los planos, tiene que haber un mecanismo por aquí... —murmuró.

El clic fue casi inaudible, pero resonó en mi interior como un disparo. Una sección de pared se abrió, revelando una entrada perfectamente camuflada en el hormigón.

Gómez y yo nos miramos. Ahí estaba: la confirmación de que nuestras sospechas eran ciertas.

Gómez desenfundó con ese gesto automático de quien conoce el peligro. Yo hice lo mismo, el peso del arma como único ancla a la realidad.

Vidal retrocedió, la cara pálida.

—Quédese aquí —ordenó Gómez—. Si no salimos en media hora, o si nota algo raro, llame a este número. —Le dio un papel—. Y no baje bajo ningún concepto.

Vidal asintió, tragando saliva.

—Tengan cuidado —dijo simplemente.

Empujamos la puerta juntos. Lo que apareció no fue la mazmorra que esperaba, sino algo peor: un túnel impecable, iluminado por luces LED que creaban un sendero de claridad fría. Hormigón nuevo, sistemas de ventilación modernos, cableado reciente. No era una reliquia sino una instalación activa. Alguien con pasta había invertido aquí hace poco.

El túnel bajaba con pendiente suave, invitándonos a entrar. Cada paso nos alejaba del mundo normal. El aire olía a hospital nuevo, ese aroma antiséptico que nunca trae nada bueno.

A los cien metros, el túnel se dividía en tres. Cada ramal marcado con un símbolo grabado: una llave, una estrella, un corazón.

—Los colgantes del brazalete de Clara —dije, sintiendo cómo todo encajaba—. No eran adornos. Eran señales.

Un ruido metálico nos paralizó. Una puerta pesada cerrándose. Después, pasos. Regulares, seguros, de alguien que conoce el camino.

Gómez me hizo una seña. Nos pegamos a la pared, conteniendo la respiración. Mi corazón latía tan fuerte que temía delatarnos.

Los pasos se acercaron hasta que lo vi.

Miguel Soriano salió del túnel de la estrella con porte impecable. Alto, trajeado como para una boda, con esa elegancia estudiada de su padre. En la mano llevaba un maletín médico negro que contrastaba con su traje gris.

No nos había visto. Seguía su camino hacia el túnel de la llave con la seguridad de quien lo ha hecho mil veces.

Nueva seña de Gómez. Esperamos a que Miguel pasara, luego nos movimos.

—UCO, quieto —la voz de Gómez cortó el silencio.

Miguel se paró en seco. Lo que me heló fue que no parecía sorprendido. Solo una leve tensión en los hombros, como si

fuéramos un contratiempo menor. Se giró despacio, con control total.

—Vaya. La capitana Gómez —dijo con esa voz de abogado—. Y el capitán Ferrer. Qué... encuentro tan inesperado.

—Suelte el maletín y manos arriba —ordené, apuntándole.

Miguel sonrió sin calidez.

—Realmente no saben dónde se han metido, ¿verdad? —su voz tenía esa cadencia estudiada—. Esto va más allá de ustedes. Más allá de todos nosotros.

—El maletín. Al suelo. Ya —insistió Gómez, acercándose.

Miguel suspiró como resignándose, pero dejó el maletín con movimientos controlados.

—Mi padre siempre supo que este día llegaría —comentó con calma inquietante—. Que alguien acabaría viendo la verdad. Apostaba a que serías tú, Gabriel. —El tuteo me molestó—. Siempre vio en ti esa... persistencia. Esa incapacidad para dejar las cosas estar.

—¿Dónde está Clara Llorens? —exigí, luchando por mantener la calma.

Otra sonrisa, esta vez con satisfacción.

—Por fin la pregunta correcta —dijo como felicitando a un alumno —. No si está viva. No qué le pasó. Sino dónde está ahora mismo.

Su mirada se desvió un instante hacia el túnel de la llave. Solo un segundo, pero suficiente. En ese gesto había más verdad que en todas sus palabras.

—Las manos en la nuca —ordenó Gómez, sacando las esposas—. Tiene derecho a guardar silencio...

—Lo que no entienden —interrumpió Miguel mientras lo esposaban—, es que nunca fue para hacer daño. Era para salvar. Para restaurar de verdad.

—¿Salvar? —escupí—. ¿Llamas salvar a secuestrar adolescentes? ¿A tenerlas encerradas durante años?

38

Miguel me miró y sentí que algo se me secaba en la garganta. En sus ojos había la misma tranquilidad enfermiza que había visto en los diarios de su padre. Esa seguridad total de quien ha decidido que el bien y el mal son lo que él dice que son.

—Hay personas tan rotas que tienes que desmontarlas del todo para volver a construirlas —dijo con esa calma que te pone los pelos de punta—. Mi padre inventó el método. Yo lo he mejorado.

Mientras Gómez le ponía las esposas, Miguel se agachó a revisar el maletín. Lo que vi dentro me dio ganas de vomitar: frascos con etiquetas perfectas, jeringas colocadas como soldados, instrumental médico portátil. Todo lo que necesita un torturador con diploma.

—Perdone que insista, capitana —Miguel cambió el tono, más urgente ahora—, pero creo que no nos han presentado bien. Hay cosas que deberían saber antes de...

El comunicador de Gómez interrumpió con un chisporroteo: «Aquí equipo Benagéber. Los detenidos están cantando. Red confirmada. Esto es gordo, cruza varias jurisdicciones. Entre los peces gordos hay...» Una pausa que me dejó sin aliento. «...gente de la UCO. Repito: puede haber un topo en la UCO».

Se me fue la sangre a los pies. Laura. Su conexión con Miguel. La prima Lisa. Todo encajaba de golpe, como si hubiera tenido el puzzle delante de mis narices sin querer verlo.

—Tu padre no trabajaba solo —no era una pregunta—. Esto es más grande. Una pirámide.

Miguel me estudió con esa frialdad médica que ahora reconocía como herencia paterna.

—Mi padre solo era uno de los guardianes —admitió al fin—. Uno de varios que entendieron lo que había que hacer para... salvar a estas chicas de ellas mismas.

—¿Y Clara? —me acerqué a él, ignorando la mirada de advertencia de Gómez—. ¿Qué tenía de especial? ¿Por qué fue la única que no pudisteis romper?

La cara de Miguel cambió. Por primera vez vi algo real atravesar su máscara. Puede que fuera respeto. O puede que miedo.

—Clara Llorens —dijo su nombre como si fuera sagrado—. El gran reto de mi padre. Y su gran fracaso. —Le brillaron los ojos con algo parecido a la admiración—. La única que nunca se rindió, ni después de años de tratamiento. La única que mantuvo su fuego. Por eso la llamamos "La no elegida". Porque fue ella la que eligió resistir.

Un ruido nos llegó desde el túnel, rebotando en las paredes. Pasos. Varios. Acercándose desde el pasillo de la llave.

—Tienes que entenderlo, Gabriel —ahora casi suplicaba—. No todas son como Clara. Algunas necesitan que las protejamos de ellas mismas. Necesitan la estructura que les damos.

—¿Estructura? —la rabia me quemaba por dentro—. ¿Así llamas a lavarles el cerebro? ¿A jugar a ser Dios con críos indefensos?

—Llámalo como quieras —mantuvo esa calma que sacaba de quicio—. Pero dime: ¿a cuántas has salvado tú con tu sistema? ¿A cuántas almas rotas has arreglado de verdad siguiendo el manual?

Sus palabras dieron donde dolía. Las mismas caras pasando por comisaría como fantasmas en bucle.

Gómez notó mi duda.

—No deje que le líe, Ferrer —cortó tajante—. Es el mismo cuento de siempre. La misma basura con la que justifican sus barbaridades.

Los pasos sonaban más cerca. Constantes, sin prisa pero sin pausa.

—Es hora de elegir, Gabriel —Miguel bajó la voz hasta casi susurrar —. La verdad tiene un precio. ¿Estás listo para pagarlo entero?

Antes de poder contestar, tres figuras salieron de las sombras del túnel.

El comandante Pascual, inconfundible con su cuerpo de ex boxeador. Un tipo flaco que reconocí como el doctor Lorenzo, el director del Hospital Comarcal. Y entre ellos, caminando como si pisara cristales rotos, con la cara partida entre el miedo y la decisión...

Laura.

El mundo se paró. Como si todo el universo contuviera el aliento esperando mi reacción.

Laura dio un paso hacia mí. Su mano fue hacia el arma por instinto pero se detuvo a medio camino. Nuestros ojos se encontraron y lo que vi en los suyos me dejó sin aire: un lío de emociones tan fuerte que no había palabras. Terror, culpa, decisión y algo más hondo que me daba miedo reconocer.

—Gabriel —mi nombre salió como un susurro, mitad súplica, mitad confesión—. No es lo que parece. Te lo juro por todo.

39

Las palabras de Laura quedaron flotando entre nosotros como gas venenoso, llenas de verdades que nadie quería decir en voz alta. Pascual se adelantó con esa autoridad de cartón que durante años me había hecho cuadrarme sin pensar.

—Capitán Ferrer, está metiendo las narices en una operación autorizada —su voz rebotó en las paredes como una pelota hueca—. Baje el arma ya. Es una orden.

No me moví. Años de obedecer al jefe tiraban de mí, pero el instinto de la calle me cantaba otra canción.

—¿Operación autorizada? —Gómez sonó como una lija—. Qué raro. No sale en ningún registro de la UCO, Comandante.

El doctor Lorenzo, con su bata blanca totalmente fuera de lugar, mantenía esa cara de póker que debía practicar frente al espejo. En las manos enguantadas llevaba un maletín médico igual al de Miguel.

—Esto no es asunto suyo, Capitana —cortó Pascual, pasando de mi pistola—. Es un caso local de intervención psiquiátrica y reinserción social.

—¿Reinserción? —La palabra me quemó al salir—. ¿Así lo llamáis ahora?

Volví a mirar a Laura, buscando algo que me dijera que no era parte de esta mierda. Que había una explicación. Que todos estos

años persiguiendo fantasmas no habían sido saboteados por la única persona en la que confiaba a ciegas.

—Gabriel —Laura insistió, más firme ahora—. Tienes que escucharme ya.

—¿Escuchar qué? —Mi voz salió áspera—. Porque desde aquí veo al Comandante, mi Teniente y el director del hospital haciendo tratos con el hijo de un juez podrido. Todo muy bonito en un búnker para "reinsertar" crías.

Miguel soltó una risita, casi admirado.

—Siempre has tenido buen olfato, Gabriel. Ves la presa donde otros solo ven el campo.

—Cállese —ordenó Gómez, apretando las esposas.

El comunicador de Gómez crepitó otra vez:

—Equipos informando. Casa de Navarra asegurada. Señales de encierro largo. Una víctima rescatada, estable. Identificación preliminar: Adela Moreno, desaparecida en 2011. Confirmamos superviviente.

Vi cómo a Pascual se le tensaba la mandíbula. Esa cara del que ve caerse su castillo de naipes.

—Se acabó el circo —dijo, llevando la mano al arma.

—¡Quieto! —Laura se puso entre Pascual y nosotros como un muro—. Dejad que os lo cuente todo de una vez.

El tiempo se congeló mientras cada uno hacía cuentas. Cinco personas en un tubo de hormigón. Tres pistolas fuera.

—Treinta segundos —dijo Gómez, apuntando ahora a Pascual—. Luego esto revienta.

Laura asintió sin apartar los ojos de mí.

—Estaba infiltrada —las palabras salieron rápidas pero claras—. Tres meses. Desde que Lisa me contó lo de los "retiros formativos" donde Miguel quería llevarla después de la boda. Sitios donde "aprendería su lugar en el orden natural".

Respiré por primera vez en lo que parecía una eternidad. Laura siguió:

—Me hice pasar por la prima preocupada. La pariente inquieta. Pedí conocer esos centros de "restauración personal". Miguel acabó

presentándome a su padre —miró de reojo a Pascual y Lorenzo—, y a toda la red.

—Miente más que habla —escupió Pascual—. Lleva años con nosotros. Es de los nuestros.

—Lo he grabado todo —Laura no se inmutó—. Audio, fotos, papeles. Todo guardado con instrucciones de enviarlo a la UCO si no doy señales cada veinticuatro horas.

Gómez estudió a Laura con esos ojos entrenados para pillar mentiras al vuelo.

—¿Por qué no venir directamente a nosotros? —preguntó—. ¿Por qué meterse sola en la boca del lobo?

Una sombra cruzó la cara de Laura.

—Porque las autoridades son ellos —contestó seca—. Y porque necesitaba confirmar... lo de Clara.

El nombre sonó en el túnel como una campana de funeral.

—¿Clara? —Mi voz se convirtió en un susurro—. ¿Está viva?

Laura me aguantó la mirada, y vi en sus ojos una mezcla de angustia y esperanza.

—Sí.

Pascual sacó el arma en ese momento, pero Laura fue más rápida. Su codo le dio en la garganta y lo estampó contra la pared mientras Gómez apuntaba a Lorenzo, que se había quedado a medias de abrir su maletín.

—Vámonos —ordenó Laura, cogiendo el arma de Pascual—. Al túnel de la llave. Ya.

Avanzamos en formación improvisada: Laura y yo delante, Gómez vigilando a los tres detenidos. El túnel bajaba cada vez más, el aire se hacía más denso, con ese olor a hospital que nunca trae nada bueno.

Después de lo que parecieron kilómetros, el túnel acababa en una puerta de acero con lector de huellas.

—Miguel —Laura lo empujó—. Ábrela.

—No sabes lo que haces —respondió Miguel con esa calma que ponía los pelos de punta—. Lleva tanto con nosotros... El mundo de fuera la destrozará.

—Que la abras —repitió Laura, fría como el acero—. O te agujereo la rodilla.

Miguel suspiró como un padre cansado y puso el pulgar en el lector. La puerta se abrió sin ruido, mostrando un pasillo blanco que hacía daño a la vista.

Ocho puertas a lo largo del pasillo, cada una con mirilla y lector de huellas.

—¿Cuál? —le exigí a Miguel.

—Habitación siete —contestó con su calma de siempre—. Pero te aviso, Gabriel. No vas a encontrar a la Clara Llorens que buscas.

No contesté. No podía. Veintiún años de búsqueda concentrados en estos últimos pasos.

La habitación siete era igual que las otras por fuera. Miguel volvió a usar su huella. Un clic suave, y la puerta se abrió.

Se me paró el corazón.

40

La habitación era pequeña, pero estaba limpia como un quirófano. Paredes blancas que dolían de mirar. Una cama de hospital sin una arruga. Una estantería llena de libros iguales y cuadernos idénticos. Un escritorio donde el papel y los lápices estaban colocados con orden enfermizo. Ni una ventana. Ni una foto. Nada que dijera que allí vivía alguien.

Y allí, sentada en el borde de la cama sin moverse ni un milímetro, una mujer de unos cuarenta años. El pelo rubio, cortado con tijera de cirujano, enmarcaba una cara pálida donde todavía se podían ver los rasgos de la chica que había memorizado en fotos.

Levantó los ojos despacio hasta encontrar los míos. Azules. Transparentes. Cansados hasta el fondo.

—Clara —dije, y mi voz se rompió en esas dos sílabas que habían sido mi vida entera.

Durante un segundo eterno, no hubo nada. Ninguna señal de que me reconociera. Solo esa quietud terrible. Luego algo cambió. Un parpadeo. Las pupilas se le abrieron un poco.

—¿Capitán Ferrer? —su voz sonaba como si no pudiera creérselo —. No ha pasado un día sin esperar este momento.

El sonido lejano de las sirenas llegó hasta nosotros, mezclado con el ruido de botas corriendo por los túneles. Por fin llegaban los refuerzos.

Pero mi mundo se había reducido a esta habitación, a este momento, a esta mujer que había sobrevivido a lo imposible.

—Te he buscado —las palabras salieron desnudas, ridículamente pequeñas para el momento—. Todos estos años.

Algo parecido a una sonrisa le tocó los labios. No de alegría, sino de confirmación.

—Lo sé —dijo sin más.

Me acerqué con cuidado, midiendo cada paso. Toda una vida encerrada la habría vuelto recelosa del contacto, de que alguien se acercara.

—Hemos venido a sacarte —dije suave.

Sus ojos se endurecieron entonces, y por primera vez vi esa fuerza de la que había hablado Miguel. Esa resistencia que nunca habían podido romper del todo.

—El hogar no existe —dijo—. Solo hay dentro y fuera. Y hay más. Muchas más como yo.

Laura dio un paso adelante.

—¿Sabes dónde están, Clara? ¿Puedes llevarnos?

Clara miró al suelo un momento antes de levantar la vista con decisión renovada.

—Puedo enseñároslo todo —se tocó la sien con cuidado—. Tengo los planos aquí. Todas las conexiones. Cada sitio.

El pasillo se llenó de voces y movimiento. Agentes de la UCO con equipo táctico asegurando la zona, médicos de verdad esperando para atender a las víctimas, el caos ordenado de una operación a nivel nacional.

Pero para mí solo existía este momento de verdad al fin descubierta, de promesa cumplida. Una búsqueda que empezó con un sobre anónimo en mi mesa y que acababa ahora en esta celda blanca, con la certeza aplastante de que esto era solo el principio.

Mientras el mundo se movía alrededor, vi a Clara coger un librito de su estantería, sus movimientos precisos, como si hubiera ensayado esta escena mil veces en su cabeza.

—¿Está listo para ver lo hondo que es el agujero, capitán? —preguntó, buscando mis ojos con una intensidad que iba más allá de su cuerpo frágil.

La pregunta quedó flotando como una prueba final. Un último examen después de tantos años.

—Estoy listo —contesté, pensando en todas las veces que había buscado respuestas, el camino que me había traído hasta aquí—. Encontraremos la forma de echar luz en todo esto.

Por primera vez, una sonrisa de verdad le cambió la cara.

—No —corrigió con una calma que helaba—. Nosotros seremos esa luz.

Y con esas palabras, Clara Llorens dio su primer paso hacia la libertad después de veintiún años encerrada, llevando consigo secretos que cambiarían para siempre lo que entendíamos sobre el mal y sobre la capacidad humana para resistirlo.

El eco de sus pasos sonó en el túnel como una declaración: esto no acaba aquí. Esto acaba de empezar.

41

La luz del pasillo me cegaba mientras veía a Clara caminar junto a Gómez. Cada paso medido al milímetro delataba esa cautela de quien sabe que un movimiento en falso puede desatarlo todo. He visto ese andar en víctimas que han estado encerradas mucho tiempo.

Los médicos esperaban al final del túnel, pero Clara levantó una mano con autoridad inesperada.

—Primero las habitaciones —ordenó, la voz firme aunque le temblaban los dedos—. Tienen que grabarlo todo. Antes de que lo maquillen. Antes de que desaparezca.

Veintiún años. La cifra me taladraba la cabeza con cada puerta que abríamos. Veintiún veranos sin horizonte. Veintiún inviernos sin pisar la calle, mientras yo cerraba su expediente y Morella presumía de ser un pueblo modelo.

Saqué mi cuaderno, como había hecho mil veces. Solo que ahora apuntaba el final, no otro callejón sin salida.

Las habitaciones 1 a 6: vacías, limpias hasta el último rincón.

—Las vaciaron —explicó Clara con esa distancia de los supervivientes, ese escudo que les permite contar el horror como si fuera de otros.

La habitación 8 contaba otra historia: cama revuelta, libros tirados, marcas de arrastre en el suelo. Pura resistencia.

—Aquí estaba Adela —susurró Clara, tocando un libro abierto como quien toca un amuleto—. Nunca se rindió del todo.

La misma Adela Moreno que acababan de rescatar en Navarra.

—¿Cuándo empezaron a moverlas? —preguntó Gómez, fotografiando cada esquina según el manual.

—Hace tres días —Clara recorría las paredes con los ojos como leyendo un código secreto—. Justo después de que el capitán fuera a ver a Rivera. Es la séptima vez que lo veo.

Siete veces. El dato me golpeó como un puñetazo. Siete huidas cuando alguien se acercaba demasiado. Siete veces que la red cambiaba de piel como una serpiente.

—¿Cómo aguantaste? —La pregunta salió sola, tan directa, tan personal, que al momento me arrepentí.

Clara se paró en la puerta de la habitación 12, acariciando el marco como a un viejo amigo.

—Encontré algo más fuerte que ellos en medio del infierno —respondió sin drama—. No lo que ellos vendían. Algo real que queda cuando todo lo demás se cae.

Sus palabras resonaron en el silencio. Ya no estábamos en un búnker sino en terreno sagrado, viendo el milagro de un espíritu que no se dobla.

Encendí la grabadora. El testimonio de Clara merecía guardarse tal cual.

—Ellos creen que las ideas se meten a la fuerza —continuó empujando la puerta 12—. Yo descubrí que nacen de dentro, como hierba entre las grietas.

La habitación 12 era otro mundo. Las paredes blancas estaban llenas de escritura diminuta. Fechas mezcladas con nombres, conexiones unidas por líneas que solo ella entendía. Un archivo grabado con lo que parecía un clip abierto.

—Mi rebelión silenciosa —dijo con un brillo de orgullo—. Me aprendí a cada chica. Cada fecha. Cada sitio que mencionaban. Doce años tardé en completar el mapa.

Gómez se acercó a las paredes con respeto profesional.

—Es... increíble —murmuró pasando los dedos por una zona especialmente densa—. Un registro completo.

—Treinta y siete chicas —Clara señaló las conexiones—. Quince pueblos. Veintidós cómplices, casi todos con poder en sus sitios. Tres murieron aquí. Nueve fueron «graduadas».

—¿Graduadas? —preguntó Laura, que había estado callada como una piedra.

La cara de Clara se endureció.

—Las que cedieron —escupió las palabras—. Las que confundieron su cárcel con salvación. Las que ahora traen a otras. —Señaló unos nombres en la esquina—. Se creen libres. Han tragado tanto la prisión que la confunden con libertad.

No era solo un depredador y sus víctimas, sino una máquina que se alimentaba sola, víctimas convertidas en verdugos. Un virus que reprogramaba a la gente.

La perversión hecha sistema.

Recordé los casos de lavado de cerebro que estudié en la Academia, pero esto los dejaba pequeños. El poder sin frenos ni control.

El ruido crecía en los túneles. Voces, órdenes, la máquina judicial en marcha. UCO desplegándose, forenses recogiendo pruebas, todo según el libro.

—¿Qué necesitas? —pregunté mirándola a los ojos.

Clara miró su celda-archivo una última vez, grabando cada línea en su memoria.

—Justicia —dijo, la palabra clara como el agua—. No venganza. Justicia. Para todas.

Asentí. Sobraban las palabras.

—¿Y usted, capitán? —me pilló por sorpresa—. ¿Qué necesita?

La pregunta me descolocó. En mi búsqueda obsesiva nunca me lo había preguntado. Perseguía la verdad como penitencia por fallar al principio, pero ¿qué buscaba de verdad?

La respuesta salió de un sitio que no conocía de mí.

—Redención —dije bajito—. Hacerlo bien esta vez.

Sonrió un momento, y por un segundo vi a la chica que podría haber sido.

—Entonces nos completamos —extendió su mano pálida, gesto enorme para quien solo conoció el dolor del contacto—. Mi

testimonio. Su voz. Juntos.

Cogí su mano con cuidado, sintiendo el peso del momento. Piel fría, dedos que temblaban pero decididos.

—Juntos —confirmé, sellando un pacto más allá de papeles.

Gómez se acercó con respeto renovado en los ojos.

—Los médicos esperan —dijo suave—. Y el juez ya está avisado. Hemos montado un dispositivo especial para protegerla.

Clara asintió sin soltar mi mano.

—Lo contaré todo —dijo con determinación de hierro—. Cada detalle que guardé estos años. Pero entienda algo, Capitana. —Sus ojos cortaban como navajas—. Lo que va a oír hará temblar todo. Las instituciones, el sistema que permitió esto. Necesito su palabra de que llegará hasta el final, caiga quien caiga.

Gómez aguantó su mirada sin pestañear.

—La tiene —respondió tajante—. Y la de la UCO. Esta vez no habrá medias tintas.

Mientras caminábamos hacia la luz, el peso de la mano de Clara me ataba a la realidad. Por primera vez en veintiún años cumplía mi promesa: proteger al inocente, perseguir al culpable, sin excepciones.

Sabía lo que vendría: declaraciones eternas, informes hasta reventar, resistencias cuando salieran nombres gordos. Pero con Clara a mi lado, su dignidad intacta después de todo, supe que esta vez no pararía.

Porque hay casos que no te eligen: los eliges tú. Y cuando pasa, va más allá del trabajo. Se convierte en tu razón. Tu redención.

En ese túnel que apestaba a lejía, mientras Clara Llorens salía de su tumba de hormigón con la cabeza alta, entendí que algunos finales son solo el principio. Y que a veces, para encontrar la luz, primero hay que cruzar toda la oscuridad.

42

El túnel brillaba bajo los focos como un escenario donde, al fin, emergía la verdad. Miguel Soriano avanzaba flanqueado por dos agentes, erguido como su padre, ese juez que en ese preciso instante estaban deteniendo en su mansión.

Un imperio estaba colapsando ante nuestros ojos.

Miguel nos vio emerger de las profundidades del búnker. Sus ojos —esos que habían catalogado a tantas adolescentes como especímenes de colección— se fijaron en Clara. Lo que percibí me paralizó: admiración y terror entrelazados, como un domador ante la única fiera que jamás pudo doblegar.

—Siempre fuiste la más fuerte —pronunció con cadencia estudiada —. Papá sabía que serías tú quien nos destruiría. Por eso no podíamos dejarte marchar.

El silencio que siguió tenía densidad de plomo. Me preparé para sostener a Clara si fuera necesario. Pero lo que presencié me dejó sin aliento.

Su mirada era pura geometría gélida. Ni odio, ni furia. Solo distancia calculada, la coraza perfecta.

—No me conoces, Miguel —respondió con serenidad ártica—. Nunca me conociste. Viste un proyecto, un desafío, un experimento. Pero nunca a mí.

La simplicidad de su respuesta impactó a Miguel más que cualquier alarido. Observé cómo algo en él vacilaba, sus certezas pulverizadas por cinco palabras.

Iniciamos el ascenso. Cada paso nos alejaba del infierno y nos aproximaba a la luz, al aire, a la existencia que le habían arrebatado.

Laura caminaba a mi lado, su rostro una máscara que apenas contenía la tormenta interior. La observé de soslayo, consciente del precio de su infiltración: semanas al filo del abismo, simulando complicidad con lo que más aborrecía.

—Hiciste lo correcto —murmuré solo para ella.

Nuestras miradas se encontraron y vi el alivio inundarla como una riada.

—Pensé que no me creerías —confesó, vulnerable como pocas veces—. Cuando me apuntaste en el túnel, creí haberlo perdido todo. Tu confianza. Tu respeto.

Algo se agitó en mi interior, culpa y comprensión entremezcladas.

—La confianza es terreno resbaladizo —medí mis palabras—. Pero la verdad siempre encuentra su cauce.

Al final del túnel aguardaba el equipo médico con mantas y silla de ruedas. La luz natural se filtraba desde la iglesia, casi irreal después de tanta penumbra. Un amanecer simbólico.

Clara se detuvo en seco antes del último paso. Temblaba como alambre tensado al límite.

—¿Preparada? —preguntó un médico con amabilidad profesional.

No respondió. Sus ojos, habituados a los fluorescentes, se cerraron ante el sol. La respiración agitada, su acostumbrado encierro batallando contra el anhelo de libertad.

—No sé cómo ser libre —susurró tan bajo que solo yo lo capté—. Ya no recuerdo cómo se hace.

Las lágrimas surcaron sus mejillas, brillantes sobre la piel translúcida. Sin pensarlo, tomé su mano.

—Un paso cada vez —dije con suavidad—. Es lo único que podemos hacer.

Clara asintió, apretándome la mano con fuerza inesperada. No eran lágrimas de tristeza ni de júbilo. Era el deshielo de un glaciar emocional.

Juntos cruzamos el umbral final. El contraste golpeaba: cielo infinito, aire puro, sin muros. Todo un cosmos de sensaciones que Clara no experimentaba desde los quince años.

El mundo había mutado. La tecnología, la política, la sociedad. Un abismo separaba a la adolescente desaparecida de la mujer que emergía. Pero algunas constantes permanecían: el cielo, el aire, y la verdad abriéndose paso tras décadas sepultada.

Mientras la ayudaban hacia la ambulancia, Clara contempló la fachada de la iglesia, el campanario blanco resplandeciendo al sol. Esa estructura supuestamente sagrada que había encubierto tanto horror.

—Años escuchando campanas sobre mi cabeza —murmuró—. Sabiendo que la vida continuaba mientras yo existía bajo tierra.

Algo se quebró dentro de mí. La imagen era tan vívida: ella, en su celda, escuchando las campanadas, sabiendo que el mundo seguía girando sin contar con ella.

—Se acabó —intervino Laura, extrañamente dulce—. Es libre, Clara.

Clara observó el horizonte donde el sol teñía el cielo de oro y carmesí. Un espectáculo robado durante veintiún años.

—La libertad es más compleja que el encierro —dijo con esa sabiduría forjada en el sufrimiento—. Encerrada, las reglas son nítidas. Libre, hay que elegir. Construir tu propio camino.

Sus palabras se grabaron en mi memoria. Encerraban una verdad universal: la paradoja de la libertad como bendición y carga simultáneas.

La UCO acordonaba el perímetro. A lo lejos, los carroñeros de la prensa olfateaban la historia. El circo mediático preparado para devorar dolor ajeno.

Pero Clara creó un instante de quietud. Abrió su libro desgastado y leyó con voz cristalina:

—«La verdad os hará libres».

Cerró el volumen y me miró, ojos azules penetrantes.

—No es solo una frase, capitán. Es una responsabilidad. La verdad libera, pero exige actuar.

Asentí. Esto no era el desenlace, sino el comienzo. Vendrían testimonios desgarradores, resistencias, el proceso de desmantelar tronos de poder enquistado. La verdad había aflorado, pero transformarla en justicia era otra batalla.

—Nos vemos pronto —prometí mientras cerraban la puerta.

Su rostro en la ventanilla se iluminó con otra sonrisa. Pequeño milagro tras tanto daño.

La ambulancia se alejó transportando a Clara hacia un futuro incierto pero propio. Permanecí inmóvil mientras los técnicos documentaban crímenes demasiado tiempo silenciados.

Laura se aproximó, uniforme arrugado, ojos exhaustos pero claros.

—Gómez quiere vernos en Valencia —retomó el tono profesional—. Para las declaraciones.

La miré sintiendo el peso de lo vivido.

—¿Lo lograremos esta vez? —pregunté observando la ambulancia alejarse—. ¿Justicia auténtica?

Laura siguió mi mirada. Nuestra historia flotaba entre nosotros como la bruma matinal.

—Esta vez tenemos algo diferente —dijo finalmente con determinación.

—¿La verdad?

—La verdad siempre estuvo ahí —negó con la cabeza—. Lo diferente es la voluntad de afrontarla, sin importar el precio. Y eso, Gabriel, lo transforma todo.

El sol ascendía por el cielo de Morella, iluminando un pueblo que pronto enfrentaría sus secretos enterrados. Las sombras retrocedían, no solo en las calles sino en nuestra conciencia colectiva.

Recordé las palabras de Clara: Nosotros seremos esa luz.

Llevo suficientes años en esto para saber que los casos nunca concluyen limpiamente. Solo hay nuevos comienzos. Y mientras la UCO rastreaba cada centímetro del túnel, comprendí que estábamos al inicio de un camino largo. Vendrían resistencias, intentos de encubrimiento, amenazas.

Pero esta vez era diferente. Teníamos a Clara. Teníamos pruebas. Teníamos el coraje no solo de desear justicia, sino de arriesgarlo todo por ella.

El viento matinal barría las calles de Morella, arrastrando los últimos vestigios de oscuridad. Y yo, Gabriel Ferrer, después de veintiún años persiguiendo sombras, finalmente había encontrado la luz.

43

El reloj marcaba las 3:17 cuando llegué a mi piso. Cuarenta y ocho horas de interrogatorios me habían dejado el cuerpo como piedra. Cada músculo protestaba, cargado con el peso de testimonios que nadie debería oír.

El ruido de las llaves al caer en el cuenco sonó raro en el silencio. Mi casa me parecía ajena, como si fuera de otro Gabriel Ferrer. El que existía antes de bajar a los túneles bajo la Asociación Santiago Apóstol. Antes de coger la mano de una mujer que había sobrevivido veintiún años en el infierno.

Me serví vino tinto sin probarlo. El líquido oscuro esperaba en el vaso mientras yo miraba su promesa de olvido temporal. No podía permitírmelo. No con tanto en juego.

El móvil vibró. Gómez: «Soriano y otros seis detenidos. Sin fianza. Tres casas más localizadas gracias a Clara. Descansa, Ferrer. Lo peor ya pasó».

¿Lo peor? Qué inocencia. El infierno no desaparece porque detengas a sus creadores. Sigue en las cicatrices. En los ojos de Clara recitando fechas exactas. En el temblor de sus manos al describir las «sesiones de restauración».

Me acerqué a la ventana. Mi reflejo mostraba ojeras como manchas de tinta, arrugas profundas en la frente. Pero había algo

más: una claridad en la mirada que llevaba años sin ver. La certeza de haber cumplido con algo.

—O su doloroso comienzo —dije en voz baja.

Tres golpes suaves en la puerta activaron mis reflejos. Nadie llama de madrugada con buenas noticias. Mi mano fue hacia la pistola sobre la mesa.

—¿Quién es?

—Soy Marta Espinosa —la voz femenina me descolocó.

La enfermera jefe del hospital. Nos conocíamos poco, nada más. Su visita a estas horas no pintaba bien.

—¿Marta? ¿Qué pasa?

—Necesito hablar con usted —su voz se quebró—. Es importante.

Abrí con cuidado. Estaba pálida, demacrada, con esa cara que sale del miedo viejo, fermentado durante años hasta volverse veneno. Sus manos —esas manos expertas con el material médico— temblaban como hojas.

—Pase.

Miré el pasillo antes de cerrar. Marta observaba mi piso, parándose en las paredes marcadas por cinta y chinchetas. Los restos de mi tablero de investigación convertidos en cicatrices en la pared.

—¿Se sienta?

Se sentó en el borde del sofá, tensa como un muelle.

—¿Quiere algo? ¿Un café?

—No —tajante—. No he venido de visita, capitán. He venido porque...

—Porque necesita contarme algo —completé.

Me estudió un buen rato, midiendo si podía fiarse de mí. Sacó una grabadora pequeña y la puso sobre la mesa.

—Primero escuche esto. Después entenderá.

La habitación se llenó de voces:

—Es demasiado arriesgado —reconocí al doctor Lorenzo—. Si descubren las muestras extra...

—Nadie lo descubrirá —respondió Marta—. Llevo once años en ese servicio. Nadie cuestiona que esté ahí.

—¿Y si ella habla? ¿Si consigue comunicarse?

—Imposible. La tienen aislada durante los chequeos.

Silencio. Lorenzo otra vez:

—¿Por qué ahora, Marta? Han pasado años.

—Porque no puedo más —su voz sonaba rota—. Cada vez que la veo... cada vez que finjo normalidad mientras saco sangre a una mujer secuestrada desde los quince años...

—Lo que haces es parte de sus cuidados médicos. Es necesario.

—No me vengas con rodeos, Jaime. Sabes perfectamente que esas muestras extra van al «archivo de progresión» de Soriano.

Otra pausa.

—¿Qué quieres hacer?

—Enviar pruebas a alguien con agallas para investigar. Que no puedan callar.

—¿Ferrer?

—Es el único que nunca se rindió.

Marta paró la grabación. Sus ojos mostraban esa mezcla de vergüenza y decisión que reconocía en mi propio espejo.

—Fue usted —afirmé—. El sobre con la pulsera de Clara.

—Sí.

—¿Cómo consiguió esas cosas?

Respiró hondo, armándose de valor.

—He sido la enfermera de Clara los últimos dieciséis años. Me llamaban dos veces al mes para revisiones, análisis de sangre, vitaminas. El «proceso de mantenimiento», según Soriano.

La frialdad del término me revolvió el estómago.

—Pero usted sabía la verdad.

Una lágrima le bajó por la mejilla.

—Al principio me dijeron que era un caso psiquiátrico grave. Esquizofrenia con delirios, aislada por su propia seguridad —cerró los ojos—. Me lo creí los primeros años. O fingí creérmelo porque era más fácil.

—¿Qué cambió?

—Ella cambió. No como esperaban. No se rompió. Mantuvo una lucidez increíble pese a todo.

Recordé los ojos de Clara al encontrarla. Ese brillo de claridad total que había sobrevivido a la tortura psicológica.

—Hace ocho años, mientras le sacaba sangre, me miró y dijo: «Me llamo Clara Llorens. Desaparecí en noviembre de 2005. No estoy enferma. Estoy secuestrada. Y usted lo sabe» —se estremeció—. Sin acusar, sin rabia. Como quien dice que llueve.

La escena cobró vida: Clara diciendo su verdad mientras una aguja entraba en su vena. El valor necesario para ese acto era inmenso.

—¿Qué hizo?

—Nada —la vergüenza tiñó su voz—. Terminé de sacar sangre y salí con el corazón a mil. Estuve a punto de denunciarlo, pero...

—Pero entendió las consecuencias.

—Exacto. Que era cómplice de un secuestro. Que estaba rodeada de gente capaz de hacer desaparecer a una cría durante años. Y que no dudarían en quitarme de en medio.

Su honestidad brutal era refrescante entre tanta mentira.

—Y se calló.

—Ocho años más —confirmó—. Años sin dormir bien. Cada visita a ese sitio era bajar al mismo infierno. Hasta que decidí que prefería morir diciendo la verdad que seguir viviendo esta mentira.

—Habló con Lorenzo.

—Sabía que él también tenía dudas. Le había visto cambiar, ponerse más nervioso después de cada «sesión» —pausó—. Me confesó que buscaba cómo sacarlo a la luz sin mancharse. Por cobardía, admitió.

—La pulsera, ¿cómo la consiguió?

—Era parte de los «objetos fundacionales». Cosas personales que guardaban como recuerdos de la identidad que querían «recalibrar». Los tenían en una sala especial.

Trofeos. Me dieron ganas de vomitar.

44

___ ¿Cómo entró?

—Lorenzo tenía llaves de casi todo, menos las zonas privadas de Soriano. Un día que sabíamos que no estaría, me dejó entrar. Cogí la pulsera.

—¿Y la sangre?

—Eso fue más difícil. Durante los análisis normales, guardaba muestras pequeñas. Las tenía en una nevera médica en casa. Cuando decidí enviar el sobre, usé una muestra reciente sobre la pulsera.

Precisión de médico al servicio de la justicia.

—¿La foto?

—También Lorenzo. Lo grababan todo. Fotos periódicas del «progreso de restauración» —amargura en su voz—. Lorenzo podía ver los archivos. Eligió esa porque demostraba claramente que Clara seguía viva después de su «desaparición».

—«Todo comienza con el padre» —cité—. ¿Qué significa?

—Idea de Clara.

Levanté las cejas.

—¿Se lo dijo?

—No directamente. Teníamos un código básico. Frases disfrazadas de instrucciones médicas. Un día le pregunté si sería libre alguna vez. Me miró y dijo: «Todo empezó con el padre. Ahí está la clave».

La frase confirmaba lo que habíamos encontrado: Guillem Soriano padre, fundador de la Asociación.

—¿Cómo me lo hizo llegar?

—El conserje del cuartel, Albiol. Su hermana fue paciente mía cuando tuvo cáncer. Me hizo el favor sin preguntas cuando le dije que era una sorpresa de trabajo. Lo dejó en su mesa antes de que llegara.

Brillante por simple.

—¿Por qué esperó tanto? —No pude evitar el reproche—. Años sabiendo que Clara estaba encerrada...

—Miedo —sin rodeos—. Miedo que me despertaba sudando. Miedo cada vez que veía a Soriano en el hospital —me aguantó la mirada —. No soy una heroína, capitán. Soy una mujer sola que vive de su trabajo en un pueblo donde esa gente puede hacer desaparecer a cualquiera.

Me levanté hacia la ventana. Su confesión tocaba una verdad incómoda: cómo el miedo calla a pueblos enteros, cómo cada pequeña cobardía abre el camino a la siguiente.

—¿Qué la decidió?

—Adela Moreno —el nombre cayó como una losa—. La trajeron hace tres meses para «evaluación urgente». Quince años, capitán. Sin el perfil de «alma rota» que usaba Soriano.

—Lorenzo también lo vio —siguió—. Entonces empezamos a hablar en serio sobre cómo parar aquello.

—¿Por qué yo?

Me miró con admiración y pena mezcladas.

—Clara confiaba en usted. Durante años, cada vez que hablaba de escapar, salía su nombre. «El capitán Ferrer nunca dejó de buscarme. Lo sé, lo siento aquí» —se tocó el pecho.

Sus palabras me golpearon. Mientras yo me torturaba por fallar, Clara mantenía una fe ciega en mí.

—Debería haberlo hecho antes —su voz se rompió—. Podría haberle ahorrado tanto dolor...

—No puedo perdonarla. Es su peso.

Asintió sin quejarse.

—Lo entiendo. No busco perdón. Solo hacer lo correcto, aunque sea tarde.

El silencio pesó entre nosotros.

—¿Qué me espera? —preguntó—. ¿A Lorenzo, a mí...?

—Tendrá que declarar. Todo esto, oficialmente. Seguramente la procesen por complicidad, aunque cooperar por su cuenta jugará a su favor.

Sonrió con tristeza.

—Estoy lista. Llevo años preparándome.

Me acerqué un poco más, mirando bien a aquella mujer normal que, después de tanto silencio, por fin empezaba a hablar.

—Marta, dígame: ¿hay más? ¿Otras víctimas?

La angustia en su cara fue respuesta suficiente.

—Sí —casi un susurro—. En los sitios que conocí, había habitaciones como la de Clara. Otros nombres en los papeles de Lorenzo —tembló—. Tengo una lista. Nombres, fechas, lugares que oí mencionar. No está completa, pero...

—Es un comienzo.

Sacó un papel doblado y me lo dio con mano temblorosa.

—Memoricé lo que pude. Lo que no podía arriesgarme a escribir.

Lo abrí. Siete nombres. Siete posibles víctimas todavía encerradas. Siete almas esperando, como esperó Clara.

—La acompañaré mañana a ver a Gómez. Esto es prioritario.

Asintió y se levantó con movimientos cansados pero decididos.

Cuando se fue, me quedé junto a la ventana viéndola alejarse. La lista pesaba en mi bolsillo como una condena. Cada nombre, una vida en pausa.

El móvil vibró. Laura: «Hospital Comarcal de Vinaròs. Habitación 412. Clara pregunta por ti».

4:22 de la madrugada. El sol todavía dormía, yo llevaba dos días sin hacerlo, pero sentía que ya amanecía. Un día de verdades al descubierto y promesas pendientes.

Cogí las llaves con energía renovada. El misterio del sobre anónimo estaba resuelto, pero el camino hacia la justicia... eso era otra historia.

Al cerrar la puerta, pensé en Clara esperándome. La chica que no fue elegida, pero eligió resistir. Y yo elegí no abandonarla nunca más.

45

Los primeros rayos de sol entraban por la ventana del Hospital Comarcal de Vinaròs, pintando rectángulos dorados en el suelo limpio. Empujé la puerta de la habitación 412. Llevaba veintiún años preparándome para esto.

Clara estaba despierta, sentada muy recta en la cama con esa rigidez de quien ha aprendido a sobrevivir. Sus ojos no se apartaban de la ventana, como si estuviera redescubriendo qué era un horizonte. Su perfil contra la luz del amanecer parecía una estatua antigua: hermosa, pero marcada por el tiempo y el dolor.

—Capitán Ferrer —dijo sin girarse. Había notado mi presencia antes de que mis pasos me delataran. Su voz tenía un ritmo medido, calculado.

—Gabriel —corregí mientras cerraba la puerta—. Han pasado veintiún años. Creo que podemos tutearnos.

Se giró hacia mí. Sus ojos azules —los mismos que habían perseguido mis pesadillas y alimentado mi obsesión— me estudiaban con una lucidez que ponía los pelos de punta. La chica de dieciséis años había desaparecido; en su lugar, una mujer de treinta y siete forjada en un infierno que debería haberla destrozado.

—Gabriel, entonces. —Probó mi nombre como quien prueba una comida olvidada—. Siéntate. Los médicos dicen que estoy sorprendentemente bien para alguien que ha vivido... como yo.

La naturalidad con que hablaba de su encierro me descolocó. Me senté mientras observaba sus manos, perfectamente quietas sobre las sábanas blancas. Ni un temblor. Control total sobre cada músculo, seguramente desarrollado como escudo.

—¿Has dormido? —preguntó, leyendo mi cansancio.

—No. —Me froté la cara sin afeitar—. Demasiadas cosas dando vueltas en la cabeza.

Una sonrisa fugaz le iluminó la cara, como un pájaro que pasa entre las ramas.

—A mí me pasa igual. Aunque por motivos diferentes. —Su voz dudó un momento—. Los médicos me ofrecieron pastillas para dormir, pero he pasado demasiados años sedada a la fuerza. Prefiero el insomnio.

El silencio se instaló entre nosotros, denso y respetuoso.

—Marta Espinosa vino a verme —rompí el silencio—. Me contó su papel en todo esto. Cómo te ayudó. Y cómo también te falló.

Clara asintió con movimientos precisos.

—La enfermera Espinosa. Una mujer compleja. Cómplice y salvadora a la vez. —Sus ojos me atravesaron—. Como casi todos en esta historia, Gabriel. Tú incluido.

Las palabras me golpearon como un puñetazo.

—¿Yo?

—No supiste ver lo que tenías delante hace veintiún años —respondió sin crueldad, con la honestidad brutal de quien ya no necesita suavizar verdades—. Pero tampoco te rendiste cuando todos los demás lo hicieron. Cómplice y salvador. Los humanos rara vez somos una sola cosa. He tenido mucho tiempo para entenderlo.

Asentí, aceptando esa paradoja que había definido mi vida.

—El juez ha denegado la libertad bajo fianza a Pascual —busqué terreno más seguro.

—Lo sé. La agente Gómez me lo dijo de madrugada.

La luz avanzaba, revelando detalles: una cicatriz sobre su ceja izquierda, su forma de medir distancias constantemente, la tensión permanente en el cuello.

—Necesito preguntarte algo sobre él —respiré hondo—. Es importante para el caso.

Clara se volvió del todo hacia mí, cautelosa. La luz mostraba marcas casi invisibles en las comisuras de sus labios.

—Te escucho.

—Pascual. Hasta dónde llegaba. Necesito saber qué hacía exactamente, qué sabía y desde cuándo.

Clara cerró los ojos un momento, buscando en su memoria. Cuando los abrió, brillaban con una claridad de cristal.

—El Comandante Pascual no era del núcleo duro. No como Soriano o Lorenzo. Era un facilitador. Un guardián de secretos.

Sus dedos se entrelazaron: la única señal de que tocábamos terreno difícil.

—Su trabajo era desviar investigaciones, manipular pruebas, asegurarse de que nadie mirara donde no debía.

—¿Desde cuándo?

—Antes de mi secuestro. Mucho antes. Soriano padre fichó a Pascual en los noventa. Era parte de la estructura desde el principio.

Pascual había sido mi mentor, quien me enseñó el oficio, quien me mostró qué significaba ser guardia civil.

—¿Cómo puedes estar segura?

Una mueca casi invisible le tensó la cara.

—Hablaban delante de mí, Gabriel. —Su voz se endureció—. Es lo bueno de tratar a la gente como cosas: creen que no existes. Como si no pudiera oír, entender, recordar.

Midió cuánto contarme antes de seguir.

—Tres veces al año hacían «reuniones de evaluación». Soriano, su hijo, Lorenzo, Pascual y otros dos que nunca identifiqué. Repasaban el «progreso» de cada... —buscó la palabra— prisionera. Decidían quién estaba lista para «graduarse» y quién necesitaba «tratamiento intensivo».

Cada término sonaba monstruoso en su boca.

—Cuando dijiste que «algunos no serían tan razonables» como Miguel, ¿te referías a Pascual?

—Sí. —Tajante—. Pascual nunca se tragó el rollo «espiritual» de Soriano. Para él todo era poder. Control. Protegerse entre ellos.

Su mirada se volvió acero.

—Le oí decirlo una vez: «Si esto sale a la luz, caemos todos. No es momento para remordimientos».

Encajaba perfectamente con el Pascual que yo conocía: un hombre que valoraba el orden por encima de la justicia.

—¿Tuvo acceso directo a ti... o a las demás?

Clara no parpadeó, pero su respiración cambió: más medida, más controlada.

—No como imaginas. —Hizo una pausa, sus manos tensándose hasta que los nudillos se pusieron blancos—. Pero venía. Varias veces. Siempre con excusas: inspecciones, controles de seguridad. Nunca entraba solo... pero sabía cómo quedarse a solas. Conmigo.

Apartó la mirada por primera vez. No era miedo lo que salía, sino vergüenza mezclada con rabia.

—No me violó, si es lo que estás pensando. —Directa, cortante—. No lo necesitaba. Sabía hacerte sentir sucia sin tocarte. Sabía recordarte quién mandaba.

Su voz se volvió mecánica, distanciándose del recuerdo.

—Me tocaba el pelo. Me susurraba amenazas. Me hablaba del bosque. De lo fácil que era hacer desaparecer a alguien allí. Y le creía. Le había visto borrar pruebas, enterrar expedientes.

Tragó saliva con dificultad.

—Pascual nunca levantaba la voz. No le hacía falta.

Mi parálisis se rompió cuando siguió:

—No podíamos ducharnos en privado. —Su mirada se perdió en algún punto lejano—. Las duchas no tenían puertas. Solo grifos en una pared de hormigón gris, sin cortinas, sin nada. Como si la dignidad se hubiera quedado fuera.

Un nudo visible le recorrió la garganta.

—Todo estaba cronometrado. El tiempo, la cantidad de jabón, la temperatura del agua. Y siempre había alguien mirando. A veces una enfermera. A veces... él.

Su voz se quebró.

—Se ponía en la puerta con su libreta, fingiendo tomar notas médicas. Pero sus ojos... sus ojos no apuntaban nada. Se alimentaban de nosotras.

Me levanté sin pensarlo, la rabia exigiendo movimiento. La imagen de Pascual —mi mentor, mi modelo— en esas escenas me revolvió el estómago. No era vigilancia. Era dominación disfrazada de protocolo.

46

El pulso me golpeaba las sienes cuando salí de la habitación de Clara. Sus palabras seguían ahí: «Pascual nunca levantaba la voz. Nunca lo necesitaba». La calma de un monstruo siempre da más miedo que la furia de un hombre normal.

Laura me esperaba en el pasillo con dos cafés. Su figura contra los fluorescentes proyectaba una sombra larga sobre el suelo gastado.

—Pareces haber envejecido diez años en una hora.

—Yo diría que treinta. —Cogí el vaso con manos que no reconocía.

El primer trago quemó, pero el dolor casi aliviaba. Un recordatorio de que seguía vivo, funcionando, mientras desenterrábamos pesadillas.

Nos apartamos al final del pasillo, lejos de enfermeras y guardias. El hospital seguía su ritmo de siempre: pitidos de monitores, pasos sobre el suelo, voces bajas. La máquina de vida y muerte funcionando mientras nosotros escarbábamos en el horror.

—Pascual estaba cuando secuestraron a Clara. —Lo solté sin rodeos.

Laura se puso blanca. La taza le tembló en las manos.

—No puede ser... Eso significa...

—Complicidad directa. No solo encubrimiento. Décadas más de condena.

—Esto lo cambia todo. —Dejó la taza como si quemara—. Ya no puede decir que no sabía. Estaba allí. Vio a una cría aterrada y dio el visto bueno.

El silencio cayó entre nosotros como una losa. Las consecuencias se multiplicaban: para el caso, para la comisaría, para lo que entendíamos del hombre bajo cuyas órdenes habíamos servido.

—¿Nunca sospechaste...? —Laura se cortó—. ¿Hubo señales que ahora...?

Miré la pared blanca, repasando años de recuerdos contaminados.

—Hubo momentos. —Las palabras salieron lentas—. Cosas raras. Órdenes extrañas. Casos delicados archivados sin explicación mientras otros seguían abiertos para siempre. —Me froté los ojos—. Pero nunca quise unir los puntos. Nunca quise ver el dibujo.

—Yo trabajé más cerca de él estos últimos cinco años. —Laura bajó la voz—. Y no vi nada hasta que me infiltré.

Sus palabras flotaron entre nosotros, no como defensa sino como confesión compartida. ¿De verdad no había visto nada o había elegido mirar para otro lado?

Terminamos el café en silencio, cada uno perdido en el inventario de señales ignoradas. El hospital cobraba vida: el turno de día relevando al de noche, visitas llegando con flores y esperanza frágil.

—Quiere hablar contigo. —Laura lo soltó como quien tira una granada.

La miré sin entender.

—¿Quién?

—Pascual.

El nombre me golpeó como una bofetada.

—¿Por qué conmigo?

Laura negó con la cabeza. Un mechón se le escapó del moño.

—Ni idea. Gómez me lo dijo hace media hora. Lleva preguntando por ti desde que lo detuvieron. Dice que solo hablará contigo. Que tiene información.

Mi mente barajó opciones: manipulación final, necesidad enferma de justificarse, venganza elaborada. O algo peor: información real sobre víctimas sin encontrar.

—No tienes que hacerlo. —Su voz sonó cuidadosa—. Nadie te obliga oficialmente.

—Pero podría soltar algo importante.

Asintió sin presionar, respetando el peso de la decisión.

Me levanté. Todo el cuerpo protestó.

—Iré. Pero primero necesito dormir.

—Yo también. —Se levantó con elegancia cansada—. Han sido las noches más largas de mi carrera. Y lo que viene será peor.

Nos separamos en el parking. El sol bañaba Morella con una luz absurdamente normal para un pueblo cuyos secretos por fin sangraban.

Conduje en automático, procesando la conversación con Clara. Su lucidez brutal. Su capacidad para nombrar horrores sin pestañear mientras todos habíamos mirado para otro lado.

El camino de siempre parecía ajeno, como si fuera de otra vida. Al aparcar vi el Seat del conserje, la bici oxidada de la señora Márquez. Detalles normales que ahora parecían reliquias de un mundo perdido.

Me tiré en la cama vestido. El sueño me arrastró como una ola negra.

Mi último pensamiento no fue sobre víctimas ni justicia. Era Pascual, esperándome con información solo para mí. ¿Qué querría decirme el hombre que había mirado a Clara a través de un cristal la noche que le robaron la vida?

Un mensaje me sacó de una pesadilla pegajosa. Abrí los ojos desorientado. Las imágenes seguían ahí: Pascual mirando impasible mientras Clara gritaba, Soriano dirigiendo sus «sesiones», y yo llegando siempre tarde. Siempre a punto de salvar a alguien. Nunca a tiempo.

Ocho horas que sabían a minutos. Boca seca, pensamientos rotos.

El móvil vibró. Gómez: «Pascual solo hablará contigo. Dice tener info sobre otras instalaciones. ¿Puedes venir?»

Me levanté sintiendo el peso de los años en cada hueso. Algo en el mensaje inquietaba más allá del cansancio: la urgencia tapada, la

insinuación de que Pascual guardaba información vital. Que otras vidas dependían de esta conversación.

«Voy», escribí.

En la ducha, el agua hirviendo no consiguió quitar el cansancio. Analicé por qué querría hablar Pascual: trampa final, necesidad enferma de justificarse ante alguien cuyo respeto había valorado, o algo más retorcido.

Salí con el pelo mojado. Ropa limpia que olía a detergente barato. Al cerrar la puerta, la sensación de invasión seguía ahí.

Pequeños cambios: mi libro de C.S. Lewis en otra balda, un boli perfectamente recto cuando lo había dejado rodando. Tonterías invisibles menos para alguien entrenado en ver lo que no cuadra.

Mientras conducía hacia Castellón, esos detalles movidos me acompañaban como avisos. Alguien había estado en mi piso. Alguien había tocado mis cosas con dedos cuidadosos, dejando un mensaje mudo: Te vigilamos. Sabemos dónde duermes. Puedes cazar monstruos, pero no estás a salvo.

La cárcel apareció contra el cielo como un tumor de hormigón. Líneas brutales, ventanas como heridas mal cerradas. El sitio donde las historias acaban o donde las peores empiezan a contarse.

Gómez esperaba en la entrada. Traje impecable pese a las noches sin dormir. Solo las ojeras delataban el cansancio común.

—Gracias por venir, Ferrer.

—¿Ha dicho algo más?

—Solo que tiene información sobre «los otros». Suponemos que habla de víctimas sin localizar.

La seguí por pasillos que olían a lejía. Varios controles. Cada puerta al cerrarse sonaba definitiva. El eco metálico resonaba como cuenta atrás.

—Hay más. —Gómez se paró en el último vestíbulo—. Dice que escondió pruebas físicas. Solo te dirá dónde a ti.

—¿Le cree?

—Lo bastante para autorizar esto. —Me estudió—. ¿Está preparado? Su historia con él es... complicada.

Complicada. Forma suave de decir veintitrés años de lealtad mal puesta. Aprendiendo de él, buscando su aprobación, copiándole. Y

ahora descubriendo que había sido cómplice de barbaridades mientras yo perseguía fantasmas.

—Lo estoy. —La mentira salió fácil.

Ella aceptó mi respuesta por lo que era: no preparación emocional sino decisión práctica.

—Veremos y grabaremos todo. —Señaló el espejo—. Si intenta manipularte o no ofrece nada concreto, sales. No le debemos nada.

Un funcionario nos llevó hasta la sala: paredes grises, mesa clavada al suelo, sillas enfrentadas como en un duelo.

—Diez minutos —dijo Gómez—. Si no hay información buena, se acabó.

Aproveché para darle la lista de Marta. Sus ojos se afilaron al pillar lo que significaba.

Entré solo. El peso del engaño me aplastaba mientras la puerta se cerraba.

Y allí estaba. El hombre que hizo mi carrera. Cuya aprobación busqué como un perro fiel. Que había mirado a una cría aterrada y había asentido con la cabeza.

Tomás Pascual. Mi mentor. Mi comandante. Mi monstruo personal.

47

El aire de la sala de interrogatorios pesaba como plomo. Pascual ya estaba allí, esposado a la mesa de metal. El uniforme naranja de preso le colgaba del cuerpo como una piel mal puesta. Tres días en prisión preventiva habían pasado factura: barba gris sin afeitar, ojeras como agujeros, piel amarilla. Pero sus ojos —esos que me habían estudiado durante veintitrés años— seguían teniendo ese brillo de cazador calculando el siguiente movimiento.

Me pregunté si yo tendría la misma pinta. Dos hombres reventados mirándose desde lados opuestos del abismo.

—Gabriel. —Marcando cercanía falsa—. Sabía que vendrías.

Durante más de dos décadas me había llamado por mi rango. Ahora, en este momento de traición total, usaba mi nombre.

Me senté frente a él. Cada músculo de mi rostro se esforzaba por sostener la expresión impasible que exigía el protocolo, mientras la rabia me devoraba por dentro.

—No tenemos mucho tiempo. Gómez dice que tienes información sobre otras víctimas.

Una sonrisa mínima le curvó los labios. El gesto de un depredador enseñando apenas los dientes. No una amenaza: un recordatorio.

—¿Te acuerdas de aquel caso en Els Ports? —Midió cada palabra —. ¿2008? La chica de la bici roja.

El recuerdo me golpeó como un puñetazo en el estómago. Ángela Corts, quince años. Ojos color avellana que sonreían desde mil carteles pegados en farolas. La bici —roja como la sangre— abandonada en un camino rural. Tres semanas peinando cada metro. Interrogatorios. Batidas. Nada.

Nunca la encontramos.

—Ángela Corts. —El peso conocido se instaló en mi estómago—. Se archivó como posible fuga voluntaria.

Pascual mantuvo esa sonrisa de lagarto, leyendo cada gesto en mi cara.

—Esa fue la versión oficial. La realidad es otra: Ángela forma parte del programa. Primero Castellón. —Pausa calculada—. Después, Morella.

La sangre me rugió en los oídos. Ángela Corts. Viva. Prisionera. Una víctima más en el catálogo de horrores de Soriano. Y Pascual siempre lo había sabido.

Apreté los puños bajo la mesa hasta clavarme las uñas en las palmas.

—¿Cómo puedo comprobarlo?

—Tengo un registro. —Su tono casi casual era obsceno—. Documentación completa. Fotos. Ubicaciones. Todo.

—¿Dónde?

Se inclinó hacia delante. Las esposas sonaron contra el metal como campanillas de funeral.

—En mi casa. El despacho. Hay una caja fuerte detrás del cuadro de Castellón en otoño. La combinación es 151105.

El día que Clara desapareció. La fecha convertida en contraseña. Me subió la bilis a la garganta.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

Pascual respiró hondo, calculando qué versión de la verdad le convenía más. Vi el cálculo en sus ojos, esa misma evaluación táctica que había admirado durante años sin ver el veneno que escondía.

—Porque eres como yo, Gabriel. —Las palabras cayeron como ácido—. Un hombre que entiende que los sistemas con fallos son todo lo que tenemos para mantener el orden.

La ira me explotó en las venas.

—No me compares contigo. —Escupí cada palabra—. Yo no he secuestrado crías.

—No. —Admitió con esa calma que ahora veía como pura sociopatía—. Pero cuando algo no cuadraba, cuando las pruebas parecían demasiado convenientes... ¿qué hacías? Ajustabas tu forma de verlo. Mirabas para otro lado para que el sistema siguiera funcionando.

Sus palabras me dieron con la exactitud de un francotirador. Había momentos —demasiados— en que pude haber apretado más, en que el patrón casi se mostró completo ante mis ojos.

—Hubo veces —siguió con ritmo hipnótico— en que te echaste atrás. Te mantuviste dentro del sistema porque eso hacemos los hombres como nosotros: preservamos el orden. Aunque esté podrido hasta la médula.

Me incliné hacia él. Todo mi cuerpo vibraba como un cable de alta tensión.

—No. La diferencia es que yo al final abrí los ojos. Seguí buscando. Nunca me tragué del todo la mentira.

Me estudió con esa mirada casi paternal que ahora daba asco.

—Y eso te hace mejor que yo. —No era pregunta—. Más moral. Debe ser cómodo creerlo.

Miró sus manos esposadas como si leyera el futuro en ellas.

—Hay una copia del registro completo en esa caja fuerte. Nombres. Fechas. Sitios exactos. Incluyendo siete chicas que siguen encerradas. La UCO no las encontrará sin mi ayuda.

Siete. La cifra me estalló en el cerebro.

—¿Por qué no dices directamente dónde están?

—Porque esto es un trato. —Su voz se volvió de negocios—. Información por consideración. Tú consigues los nombres y las ubicaciones. Yo, tu palabra de que dirás que he cooperado.

La puerta se abrió. Gómez entró con cara de impaciencia.

—Piénsalo. —Pascual habló mientras lo levantaban—. Siete vidas, Gabriel. A cambio de reconocer que quizás la línea entre tú y yo no es tan gorda como necesitas creer.

Lo vi alejarse, la espalda recta pese a las cadenas. Incluso hundido, soltaba esa autoridad que parecía pegada a sus huesos.

Gómez se acercó, estudiándome.

—¿Te fías? ¿Crees que tiene esa información?

Me quedé callado. El peso de siete vidas posibles me aplastaba mientras sus palabras rebotaban: «la línea entre tú y yo no es tan gorda como necesitas creer».

¿Tenía razón? ¿La única diferencia real era que yo al final había elegido ver lo que él había elegido enterrar?

Y si era así... ¿bastaba con eso?

48

Me llevé las manos a la cabeza. Las palabras de Pascual sobre lo parecidos que éramos me comían por dentro.

—Yo diría que sí la tiene —le dije a Gómez, mirándola a los ojos—. Lo que cuenta sobre Ángela Corts... es demasiado específico para inventárselo.

—Voy a pedir una orden de registro. —Sacó el móvil.

—No. —Mi firmeza nos sorprendió a los dos—. Iré yo. Solo.

Gómez se quedó helada, sin creerlo.

—Ferrer, eso es una locura. La cadena de custodia...

—Grabaré todo. —Di un paso hacia ella—. Pero si hay algo que nos lleve a esas siete chicas, no podemos perder tiempo con papeles. Pascual me pidió a mí. Si va otro...

No terminé. El mensaje estaba claro: Pascual era meticuloso hasta la obsesión. Si había preparado algo para mí, también habría pensado en otras opciones.

—Es gracias a los papeles que ganamos los casos. —Argumentó, aunque noté la duda colándose.

Me acerqué. Bajé la voz.

—Y es saltándonos el protocolo cuando salvamos vidas. Las encontramos primero. Los tribunales pueden esperar.

Nuestras miradas chocaron. Vi su lucha interna: manual contra realidad. Siete vidas que podrían estar pasando lo mismo que Clara

durante veintiún años.

Suspiró.

—Dos horas. —Tajante—. Después mando un equipo. Y todo lo que encuentres me lo traes directo. Sin hacerte el héroe.

Asentí, incómodo con el trato. Las palabras de Pascual golpeaban: «¿No reconoces algo de esto en ti?» ¿Era esto torcer las reglas? ¿El primer paso hacia el abismo?

No. Esto es diferente. Es por ellas.

La casa de Pascual era un monumento al fingimiento: estilo victoriano en barrio pijo, jardín de revista. Los vecinos lo verían como pilar de la comunidad. El respetable comandante.

Estudié cada ventana desde el coche. Encendí la grabación. Salí.

La llave giró sin problema. Me golpeó un olor a canela y madera encerada, tan acogedor que daba asco. Todo en su sitio. Al milímetro. Cada objeto mostrando su necesidad enferma de control.

Grabé cada habitación. El salón con fotos familiares montando una mentira de normalidad. La cocina limpia como un quirófano, especias ordenadas por orden alfabético. Todo tan perfecto que dolía. Un decorado para una vida que nunca fue real.

El despacho estaba donde prometió. Estanterías de madera oscura, escritorio enorme como un altar. Libros de derecho alineados como soldados. Placas y medallas de la Guardia Civil. La fachada perfecta del servidor público ejemplar.

Y allí: el cuadro. Paisaje de otoño en Castellón, montañas cobrizas bajo cielo gris. Qué retorcido que esta imagen tranquila ocultara el infierno.

Lo descolgué. La caja fuerte apareció, gris y fría.

Mis dedos dudaron sobre el teclado. 15-11-05. La fecha que destrozó mundos. La noche en que la vida de Clara se paró en seco.

La puerta se abrió con un clic metálico.

Dos objetos: una carpeta de cuero negro y una caja de madera tallada. Los puse sobre el escritorio. El corazón me golpeaba las costillas.

Abrí la carpeta.

Se me fue el aire de los pulmones.

Horror catalogado con metódicamente: veintitrés perfiles. Veintitrés mujeres evaporadas. Códigos de color indicando estados: activa, transferida, finalizada.

Mis manos temblaban al pasar páginas. Me paré en Clara. Las ganas de vomitar me subieron por la garganta:

«Sujeto demuestra resistencia psicológica excepcional. Recomendación: aislamiento controlado para estudio a largo plazo. Valor científico supera consideraciones logísticas».

Valor científico. Como una rata de laboratorio. La deshumanización total.

Las páginas detallaban sitios. Tres instalaciones aún sin descubrir. Mapas detallados. Horarios de turnos. Protocolos de «transferencia». Todo con la eficiencia administrativa que era marca de Pascual. Esa mente organizadora que yo había admirado, convertida en la herramienta más terrorífica.

La última página. Carta escrita a mano. Mi nombre en el sobre.

«Gabriel:Si lees esto, me han pillado o estoy muerto. No busco perdón. Sé que lo que hice es imperdonable.

Busco que reconozcas que las líneas entre bien y mal rara vez son rectas.

Lo que empezó como programa experimental de rehabilitación se convirtió en algo monstruoso. No pasó de golpe. Fueron mil compromisos pequeños, mil silencios cómplices, mil ajustes para hacer tragable lo intragable.

¿No ves el reflejo? ¿En las veces que miraste para otro lado? ¿En las preguntas que no hiciste? ¿En las conexiones que tu memoria de elefante se negó a hacer?

La caja tiene algo que debes ver.

Tomás Pascual»

Doblé la carta. Me inquietaba su lucidez fría, la ausencia total de arrepentimiento real. Incluso confesando, intentaba arrastrarme a su barro moral. Su jugada final.

Abrí la caja de madera.

El mundo se paró.

Una pulsera de plata igual a la de Clara, pero con colgantes diferentes: una cruz pequeña, una mariposa, un libro abierto. Y una

foto. Niña sonriente de doce años. Rubia, aparato en los dientes, uniforme de colegio privado.

Conocía esa cara.

Rebeca Pascual. La hija de Tomás. Muerta oficialmente en accidente de coche en 1997.

El horror me cayó encima como agua helada. Si Rebeca aparecía aquí, no había muerto. Había sido la primera. La paciente cero. Y Pascual... Pascual había entregado a su propia hija.

El móvil vibró. Mensaje de Gómez:

«Vuelve YA. Problema en el hospital. Alguien intentó llegar a Clara. Está bien pero algo se mueve».

Guardé toda la documentación con manos que ya no reconocía. La pulsera y la foto en bolsas de pruebas. Cerré la caja fuerte, colgué el cuadro. Todo exactamente como estaba.

Mientras pisaba a fondo hacia el hospital, mi cerebro procesaba en bucle. Pascual no era solo un facilitador. Era un hombre que convirtió su tragedia personal en excusa para hacer el mismo daño a decenas.

¿O era otra manipulación? ¿Plantando dudas como veneno de efecto retardado?

Y Rebeca... Si estaba viva, si formaba parte del programa... La primera. El experimento inicial que validó todo el sistema enfermo.

Pisé el acelerador hasta el fondo. En mi cabeza sonaba una regla del manual: «La velocidad de respuesta es directamente proporcional al éxito de la intervención».

Nunca había pesado tanto cada segundo.

49

El hospital era un caos de uniformes. Las luces azules de las sirenas rebotaban en las paredes blancas como latidos locos. Agentes de la UCO y Policía Nacional bloqueaban cada entrada, la tensión se mascaba en el aire.

Enseñé la placa al suboficial.

—Adelante, inspector.

Los pasillos me resultaban conocidos después de tantas visitas, pero ahora todo había cambiado. Habíamos estado a punto de perderla.

Encontré a Clara sentada en la cama, hablando con Gómez. Su calma me descolocó. Para alguien que acababa de esquivar otro intento de control, parecía demasiado tranquila.

—Gabriel. —Mi nombre en sus labios seguía sonando raro—. Has venido rápido.

—¿Estás bien?

Una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Perfectamente. Por lo visto, el cautiverio te da cierta perspectiva sobre los intentos de asustar. Hace falta más que un susto para romperme.

Su tranquilidad mostraba una fortaleza que me dejó sin palabras. Esta mujer había sobrevivido al infierno y ahora encaraba cada amenaza con una frialdad que hacía parecer mi ansiedad ridícula.

Gómez me hizo señas. La seguí al pasillo.

—Una mujer intentó entrar hace una hora. —Bajó la voz—. Se hizo pasar por enfermera. Uniforme, tarjeta, todo parecía legal. Cuando el guardia quiso comprobar su identidad, salió corriendo. Se nos escapó.

—¿Cámaras?

Asintió mientras sacaba su tableta.

—Tenemos esto.

Imagen borrosa, luz de hospital, pero la reconocí al instante: pelo rubio cortado corto, cara angulosa, ojos de depredador. La misma cara de la foto de niña, transformada por los años y algo más oscuro.

—Rebeca Pascual. —Las palabras me quemaron al salir—. La hija de Pascual. Muerta oficialmente desde el 97.

Gómez entrecerró los ojos.

—¿Estás seguro?

Saqué la foto de la bolsa de pruebas. La comparación era obvia.

—Acabo de encontrar esto en casa de Pascual. Rebeca no murió en ningún accidente. Fue la primera víctima del programa. —Señalé los rasgos iguales—. Es ella. Mayor, cambiada, pero ella.

Gómez procesó la bomba.

—Y ahora intenta llegar a Clara. ¿Para callarla?

—O para liberarla. —Recordé a las «graduadas»—. O algo que no pillamos.

Su cara se endureció como piedra.

—Sea lo que sea, el peligro acaba de multiplicarse. Duplico la seguridad. Movemos a Clara esta noche.

Activó el protocolo Alpha-7 por radio. Testigo de máximo riesgo. Órdenes claras como disparos: dos agentes por entrada, comprobar a todo el personal, permiso para usar la fuerza si hace falta.

Volvimos con Clara. Nos miraba con esa alerta constante desarrollada en cautiverio. Nada se le escapaba.

—Rebeca Pascual. —Le enseñé la foto de niña—. ¿La conoces?

Clara estudió la imagen. Sus dedos apenas tocaron el plástico. Asintió despacio. Una sombra le cruzó la cara.

—Es Rebeca. Aunque ya no se parece a la mujer que yo conocí. La llamábamos «La Primera».

—¿La primera? —Gómez se inclinó hacia delante.

—La primera en completar el programa con éxito. —Clara me devolvió la foto, clavándome los ojos—. La hija del Comandante Pascual.

—¿Pascual tenía a su propia hija en ese infierno? —La voz de Gómez sonó incrédula.

—No exactamente. —Clara ajustó su postura con movimientos medidos—. La versión oficial decía que Soriano la había «rescatado» tras el accidente donde murió su madre. Que Pascual, agradecido, colaboraba para devolver el favor.

—Mentira. —Las piezas encajaban con un clic asqueroso.

—Solo a medias. —Vi algo helado en sus ojos: comprensión total —. Según la propia Rebeca, Pascual la entregó por voluntad propia después del accidente. Estaba convencido de que necesitaba la «estructura» que Soriano podía darle. La disciplina que él no podía dar como padre viudo.

El horror me cortó la respiración. Pascual no había sido chantajeado ni obligado. Había creído desde el principio. Un padre entregando a su hija al monstruo por convicción.

Me quité la chaqueta. Necesitaba aire, espacio para digerir esto. En Homicidios había visto de todo, pero esto pasaba cualquier escala conocida de maldad.

—¿Cómo pasa Rebeca de víctima a... esto? —Gómez señaló la pantalla.

Clara suspiró.

—Hay tres caminos posibles. —Su tono se volvió frío, la distancia como escudo—. La resistencia permanente, como yo. Los que nunca se rompen, pase lo que pase. Luego están los «Fracasos»: los que se quiebran mental o físicamente. Algunos mueren. Otros simplemente... se apagan.

Paró. Sus ojos se perdieron en horrores que yo no podía imaginar.

—Y las «Graduadas». Las que abrazan la filosofía tan completamente que se convierten en parte del sistema. Hacen suya la ideología hasta el fondo. Se transforman en piezas del programa.

—Síndrome de Estocolmo al máximo. —Gómez murmuró.

—Es mucho más que eso. —Clara negó con la cabeza—. Es una reconstrucción total de quien eres. Renacen. Creen de verdad que fueron salvadas, que el programa les dio sentido. No solo quieren a sus captores: se funden con ellos.

—Y Rebeca se graduó. —Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Fue la primera. La más exitosa según Soriano. Su obra maestra. —La voz de Clara cortaba como cristal—. La usaban como ejemplo de lo que podríamos llegar a ser si «nos entregábamos al proceso». La prueba viva de que el sistema funcionaba.

—¿Y ahora viene a por ti? ¿Qué busca?

Clara me miró directo. Certeza total en sus ojos.

—Salvarme. O callarme. Para alguien como Rebeca, las dos cosas pueden ser lo mismo.

Me acerqué a la ventana. Tres furgones blindados de la UCO. Agentes en formación táctica. Francotiradores en los tejados.

—No llegará hasta ti. —Mi voz sonó menos segura de lo que quería—. No mientras estés aquí.

Clara sonrió con tristeza. Tenía un conocimiento que yo apenas rozaba.

—Gabriel, no entiendes lo que es Rebeca. No es solo una persona. Es un sistema completo. Y los sistemas no tienen prisa. Tienen recursos. Paciencia infinita. Decisión absoluta.

Mientras las luces azules pintaban sombras bailando en las paredes, supe que tenía razón. La batalla apenas empezaba. Y el enemigo era mucho más complejo de lo que habíamos imaginado.

50

Clara habló con una determinación que cortaba el aire.

—No me quedaré aquí. Se acabaron las habitaciones cerradas. Se acabó eso de «por tu propia seguridad».

Gómez, que había visto más operaciones antiterroristas que la mayoría en la UCO, parecía pillada a contrapié. Sus ojos recorrían la habitación buscando alternativas.

—Necesitas protección. Rebeca Pascual podría no ser la única amenaza.

Clara la miró con esa paciencia infinita que solo sale del sufrimiento largo.

—He pasado veintiún años siendo «protegida» por sistemas que creían saber qué era mejor para mí. Nunca más entregaré mi libertad.

El silencio cayó como una losa. Ese silencio que viene antes de las decisiones imposibles, cuando el protocolo choca con lo humano.

—Tengo una cabaña. —Las palabras salieron solas—. En el embalse de Arenós. Está a nombre de mi abuelo. Aislada pero se puede llegar. Nadie la relacionaría conmigo.

Gómez me taladró con la mirada.

—¿La misma donde quedaste con Navarro?

—Sí.

—Entonces está quemada. Si alguien te ha vigilado...

—Es un riesgo que acepto. —Clara cortó en seco—. Prefiero la incertidumbre de ser libre a la certeza de otra jaula, por buenas que sean las intenciones.

Sus palabras nos golpearon como bofetadas. Seguíamos decidiendo por ella. Clara no era una víctima en un expediente. Era una superviviente reclamando su derecho a elegir.

Gómez se pasó la mano por el pelo. El gesto de cuando se quedaba sin opciones.

—Necesitaré luz verde de arriba. Y vigilancia alrededor. No en la casa, pero cerca para actuar si hace falta.

—Vale. —Clara no dudó.

Gómez salió a hacer llamadas. Clara se levantó con movimientos fluidos, ágiles para alguien que pasó la mayor parte de su vida encerrada. Se plantó frente a la ventana.

El sol se ponía sobre Castellón, pintando de fuego tejados y montañas. Abajo, los agentes mantenían el perímetro como hormigas organizadas.

—Rebeca no es mala, Gabriel. Está perdida. Ha construido todo un castillo de significados alrededor de su trauma. Tirarlo abajo sería destruirse a sí misma.

—No la hace menos peligrosa.

—La hace más peligrosa. Actúa convencida de estar salvando vidas.

El silencio se instaló entre nosotros. Los monstruos rara vez se ven como tales. Por eso algunos casos destrozan: cuando la lógica retorcida justifica barbaridades.

—He encontrado documentos en casa de Pascual. —Solté la bomba—. Registros completos. Nombres, sitios, todo el sistema al descubierto.

Clara se tensó como un cable. Su respiración cambió.

—¿Las otras? ¿Las que siguen encerradas?

—Seis, según los papeles. También Ángela Corts.

Clara cerró los ojos. Procesaba nombres que solo había oído en susurros durante su encierro.

—Necesito ver esos documentos. Puedo ver lugares, patrones que otros no pillarían.

—Lo sé. Por eso la cabaña. Trabajaremos allí, sin presión. Con la libertad que necesitas para pensar.

Su mano rozó la mía. Contacto mínimo, pero a propósito. El gesto de quien vuelve a decidir cuándo y cómo tocar.

—Gracias por entenderlo.

—Me ha costado demasiado ver lo obvio.

Clara me miró con una compasión que me desarmó. ¿Cómo podía, después de todo, tener espacio para compadecerme?

—No te tortures por el pasado. Eso no sirve.

—¿Qué sirve entonces?

—Actuar ahora. No se cambia el ayer machacándose, sino actuando hoy. La justicia de verdad mira hacia delante, no hacia atrás.

Sus palabras me recordaron que Clara había seguido creciendo. Su cuerpo encerrado, su mente libre explorando sitios que pocos alcanzan.

Gómez volvió con el visto bueno. Por su cara, había movido hilos gordos. Tres agentes nos escoltarían hasta montar el perímetro y después nos dejarían. Equipo médico en alerta.

La noche había caído cuando salimos del hospital. Clara llevaba ropa prestada —vaqueros, jersey azul marino, zapatillas blancas— que la hacía parecer una mujer normal. El contraste con su historia era brutal.

Mientras la llevaba al coche, noté su tensión bajo las miradas curiosas.

—Solo unos metros más. —Susurré sin tocarla.

Asintió con la mandíbula apretada. El mismo gesto de la chica que se negó a romperse.

En el coche, con escolta delante y detrás, Clara por fin se relajó. Respiró como quien sale del agua tras bucear hondo.

—¿Sabes qué es lo más raro de la libertad?

—Dime.

—Poder elegir dónde mirar. Años viendo solo paredes blancas, techos blancos, el mismo horizonte pequeño. Cuando te controlan hasta la mirada... recuperar esa elección es demasiado.

Sus palabras me golpearon. Tan simples y tan hondas que se me cerró la garganta.

—La cabaña está a cuarenta minutos. Es básica pero tiene lo necesario.

—Suena perfecta.

Condujimos en silencio. Los documentos de Pascual pesaban en el maletero como bombas sin explotar.

—Antes mencionaste a Lea. La hermana de Soriano.

Clara se tensó pero no esquivó el tema.

—Es la clave de todo. Los lunes, en las «sesiones de orientación», Soriano hablaba de ella sin parar. Como si repetir su historia justificara cualquier barbaridad.

—¿Qué contaba exactamente?

Clara miró la oscuridad de fuera. Su voz se volvió distante, fría.

—Lea se suicidó el 17 de mayo de 1972. Tenía diecisiete años. Brillante, sensible, con inquietudes espirituales profundas. Y destrozada por dentro, según Soriano. Su padre aplicaba una disciplina brutal basada en interpretaciones extremas de textos religiosos. Castigos físicos, aislamiento, humillaciones públicas... todo para «doblegar su voluntad rebelde».

Apreté el volante hasta ponerme los nudillos blancos. Había visto demasiados abusos disfrazados de fe. Siempre me revolvían el estómago.

—Pero Lea no era como Guillem. Donde él se adaptaba, ella se rebelaba. Cuestionaba la autoridad del padre, sus interpretaciones, su derecho divino a controlarla.

—¿Y eso la llevó al suicidio?

Silencio espeso antes de responder. Los faros cortaban la oscuridad, proyectando sombras raras entre los pinos.

—No directamente. Soriano repetía que Lea fue enviada a un «centro de reeducación» a los dieciséis. Tres meses en una institución para «chicas problemáticas». Cuando volvió estaba cambiada. —La palabra salió envenenada—. Obediente. Callada. Vacía.

—Rota.

—Exacto. Aguantó casi un año así. Seguía las normas, decía lo que le pedían, hacía el papel de hija perfecta. Hasta que una noche se tomó todas las pastillas para dormir que encontró.

El peso de esa historia nos aplastó. Lo que significaba era terrible: Soriano había copiado el mismo sistema que destrozó a su hermana.

—Lo más terrorífico —Clara terminó— es lo que Soriano me confesó una vez: «Mi hermana se rindió demasiado pronto. Pero yo encontré la fórmula correcta. Perfeccioné lo que mi padre solo intuía. Disciplina sin ira. Estructura sin brutalidad visible. Cambio total de identidad».

Tomé la última curva hacia el camino de tierra. Los faros iluminaron la cabaña de piedra y madera, sola contra la noche cerrada. Refugio o prisión, según cómo se mire.

Pero esta vez, Clara tendría la llave.

51

La confesión de Soriano me puso los pelos de punta. No repetía los errores de su padre: los había perfeccionado, convirtiendo el lavado de cerebro en una ciencia exacta. Era el tipo de caso que se te mete dentro y no te suelta, que te persigue hasta cuando duermes.

El camino se estrechó al entrar en el bosque. Los faros de la escolta proyectaban sombras que bailaban entre los árboles, siluetas raras que parecían avisar de algo.

—Existe un documento. —La voz de Clara cortó el silencio—. Soriano lo guarda en la caja fuerte de su despacho. Lo llama «El Manuscrito Lea».

—¿Lo has visto? —Mantuve la vista en las curvas peligrosas.

—No, pero era su obsesión. Lo mencionaba sin parar con Lorenzo y Miguel. Su biblia particular. —Paró, midiendo las palabras—. Dicen que lo escribió tras el suicidio de Lea. Explica los «errores» del método de su padre y describe su sistema «mejorado».

Mi cerebro de investigador conectó los puntos al instante.

—Si conseguimos ese documento...

—Tendremos su manual completo. —Clara completó la frase—. La justificación ideológica, los protocolos exactos, quizá nombres de colaboradores que ni imaginamos.

Los faros iluminaron el cartel medio roto que señalaba el desvío. Un kilómetro más por tierra y llegaríamos. Protocolo básico de la UCO: refugio seguro, aislado, donde proteger al testigo y procesar información sin molestias.

La cabaña apareció en la oscuridad como un fantasma. Estructura simple pero sólida, construida por mi abuelo con sus propias manos. Un hombre que creía en lo básico: verdad, trabajo honesto, cosas sencillas. Justo lo que necesitábamos.

Los agentes montaron el perímetro mientras yo encendía luces y guiaba a Clara por dentro. La observé recorrer cada habitación con movimientos precisos, tocando superficies como quien lee un código, memorizando salidas y entradas.

—Hay dos dormitorios. —Señalé—. Elige el que quieras.

Escogió sin dudar el que daba al embalse. Su elección decía más que cualquier palabra: después de años enterrada, necesitaba horizontes amplios, cielos grandes, la certeza de que el mundo seguía siendo inmenso.

Cuando los agentes se colocaron en sus puestos, desplegué los documentos de Pascual sobre la mesa como un crupier repartiendo cartas marcadas. Informes, registros, transcripciones... El papeleo que todo investigador odia pero que siempre esconde el oro.

—Deberíamos descansar primero. —Vi las ojeras moradas bajo sus ojos—. Ha sido un día de locos.

—El descanso puede esperar. —Se acercó a la mesa con decisión de hierro—. Hay siete mujeres enterradas en vida, Gabriel. Siete que desde nuestro rescate esperan aterradas a que vengan a por ellas. O algo peor.

Me senté frente a ella, reconociendo esa fuerza inquebrantable que había salvado su cordura. Era lo que distingue a los supervivientes de las víctimas. Juntos, repasamos los documentos con paciencia de forenses, buscando patrones, conexiones ocultas, cualquier pista hacia las que faltaban.

Cerca de medianoche, mientras Clara estudiaba un plano, su dedo se clavó en un punto.

—Gerona. —Su voz se tensó—. Hay un complejo cerca de Cadaqués.

—¿Estuviste allí? —Saqué la libreta.

—No, pero conocí a alguien que sí. Zoé. La trajeron para una «evaluación comparativa» hace unos cuatro años. —El recuerdo pareció dolerle.

El nombre disparó algo en mi memoria. Esa chispa que los investigadores persiguen durante toda su carrera.

—¿Zoé Martínez? —Busqué en mis archivos mentales.

Los ojos de Clara se abrieron de golpe.

—Sí. ¿Cómo narices lo sabes?

52

—Está en la lista de desaparecidas de la Policía Nacional. —El escalofrío de siempre me recorrió cuando las piezas encajaron —. Valencia, 2014.

Clara cerró los ojos. Procesaba que aquella vida atrapada en el infierno tenía un antes, una historia, gente que la esperaba.

—Zoé me habló de Cadaqués. —Siguió al fin—. Es donde llevan a las que muestran «potencial de recuperación». Menos estricto que los otros agujeros. Diseñado para parecer un retiro espiritual de esos que se llevan ahora.

—Lo que lo hace invisible desde fuera. —Mi mente ya trazaba líneas de ataque—. Podría pasar por una comunidad alternativa cualquiera.

—Exacto. Y según Zoé... —Clara dudó, una sombra le cruzó la cara — es donde guardan los archivos centrales. El sitio sagrado con «El Manuscrito Lea».

La posibilidad me puso en marcha. No solo víctimas: la piedra angular de todo el sistema podrido. La prueba que arrancaría cada tentáculo de la red de Soriano. El final de veintiún años de búsqueda.

—Llamo a Gómez ya. —Cogí el móvil.

—Espera. —Su mano se posó sobre la mía. Suave pero firme. El gesto de quien quiere ser escuchada—. Hay algo más sobre Lea.

Dejé el teléfono. Los años en la UCO me habían enseñado: el silencio abre más puertas que cualquier interrogatorio.

—Sé tanto sobre ella —me clavó la mirada— porque Soriano veía un «paralelismo» entre nosotras. Decía que le recordaba a Lea: la misma mezcla de inteligencia y resistencia. Las mismas ganas de no dejarse moldear.

El escalofrío me subió por la espalda. Esa sensación cuando tocas algo importante.

—Durante años me machacó con «los errores de Lea». Con cómo su rebeldía la destruyó. —Respiró hondo, preparándose para el salto —. Me convenció de que yo no había acabado como ella precisamente por ese parecido. Como si fuera su segunda oportunidad.

Cogí el teléfono. Suficiente.

—Voy a llamar a Gómez. —Corté tajante—. Le cuento lo de Cadaqués y el manuscrito. Hay que moverse ya.

Clara asintió y volvió a los mapas desplegados como manteles sobre la mesa.

—Mientras, marco los puntos de entrada y las rutas de escape. Zoé me lo describió al detalle.

Marqué mientras veía a Clara trabajar sobre los documentos. Su encierro había terminado. Su misión acababa de empezar.

Un tono. Dos. En el silencio entre pitidos, Clara levantó la vista. Nuestras miradas se cruzaron.

En ese momento, con la verdad abriéndose como un mapa hacia el final, algo vibró en la vieja cabaña. No el dios enfermo de Soriano. Algo más antiguo: esa fuerza que late en cada acto de resistencia, en el valor silencioso que mantiene lo humano hasta en los infiernos más negros.

La voz de Gómez sonó al otro lado.

—Tengo información importante —arranqué.

Mientras contaba los hallazgos, la claridad me golpeó: esto había dejado de ser un caso policial. Era algo más hondo. Más necesario.

Era el momento de quitar máscaras. De abrir las compuertas para que la luz entrara en cada rincón donde las víctimas de Soriano habían sufrido en silencio.

Y junto a Clara —la niña olvidada que sobrevivió para contarlo— sentí por primera vez que estábamos exactamente donde debíamos. Haciendo lo que nos tocaba hacer.

La redención ya no era un sueño lejano.

La teníamos al alcance de la mano.

El teléfono satelital vibró sobre la mesa como un bicho moribundo. El cristal golpeó la madera vieja con un ruido que me puso los pelos de punta. Las 10:17. El sol entraba por la ventana como miel espesa, pero su calor no llegaba al frío metido en mis huesos.

Gómez había insistido en llamadas diarias. Protocolo básico que aceptamos a regañadientes. Puse el altavoz. Clara seguía quieta junto a la ventana, su silueta recortada contra la luz como una sombra china.

—Ferrer. —Seco, militar.

—Tenemos novedades. —La voz de Gómez llegó tensa como alambre—. El equipo de Figueras ha encontrado más instalaciones subterráneas en La Junquera. Espacios que no salen en ningún plano.

El estómago se me cerró.

—¿Qué tipo de espacios? —Pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Silencio. Una eternidad en tres segundos.

—Zonas médicas. Quirófanos ilegales. —Las palabras cayeron como piedras—. Y celdas. Más pequeñas que las habitaciones principales. Hechas para... aislamiento total.

Miré a Clara. Sus párpados bajaron despacio, la cara como piedra. Pero sus manos —siempre bajo control total— mostraron un temblor mínimo. Grietas que veintiún años encerrada habían dejado para siempre.

—¿Miguel Soriano? —La voz de Clara salió firme como el acero—. ¿Ha dicho algo más?

—Ni media palabra. —Gómez resopló—. Sigue con el rollo del «programa terapéutico legítimo» con «algunos excesos de método».

—Excesos de método. —Clara saboreó las palabras con una sonrisa cortante—. Qué forma tan fina de llamar a la tortura.

El silencio pesó como una losa. La luz dibujaba dedos acusadores sobre el suelo gastado.

—También hay noticias de Pascual. —Gómez siguió—. Ha cambiado el cuento. Ahora dice que lo obligaron. Que Soriano tenía a su hija en el punto de mira.

Intercambié una mirada con Clara. La mentira apestaba desde aquí.

—Está montando su defensa. —Diagnostiqué al vuelo—. Coacción, víctima del sistema... El manual del cobarde. Los papeles que encontramos dicen otra cosa.

—Por eso quiere verte otra vez. —Gómez explicó—. Dice que hay contexto que solo te dirá en persona.

—Teatro barato.

—No digo que no. —Admitió—. Pero a veces los mentirosos sueltan verdades sin querer. Tú decides.

Miré a Clara. Su cara había vuelto a esa calma de muñeca, pero sus ojos guardaban tormentas.

—Iré. —Decidí—. Si hay una posibilidad entre mil de que suelte algo sobre las otras...

—Espera. —La voz de Gómez cogió ese tono que aprendes tras años dando malas noticias—. Encontramos a Martín Rivera esta mañana. En su piso. Se ha quitado de en medio.

53

El golpe me sacudió como un puñetazo en el estómago. Rivera. El orientador que había vendido chicas al mejor postor. El que había desaparecido tras mi interrogatorio.

—¿Dejó nota? —Luché por mantener la voz firme.

—Sí. Para ti. —Gómez hizo una pausa eterna—. Dice: «Lo siento, capitán Ferrer. No puedo vivir con lo que permití. Hay pecados demasiado grandes. Busquen en el archivo bloqueado de mi despacho. La clave es Proverbios 28:13».

El versículo me vino de golpe: «El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia». Confesión final sellada con sangre. La salida del cobarde.

—Mando a por ese archivo. —Gómez cortante—. Te aviso.

—Voy a ver a Pascual. —La decisión se formó al instante—. Hoy mismo.

—Lo preparo todo. —Confirmó antes de colgar.

El silencio cayó pesado. Clara se levantó con movimientos de gato y volvió a su puesto junto a la ventana. Una estatua contra la luz.

—Rivera era débil, no malo. —Su voz flotó en el aire—. La diferencia importa, aunque el resultado sea el mismo para nosotras.

—¿Cómo puedes hacer esas distinciones? —La admiración me desbordó—. Después de todo lo que has pasado...

Se giró. Sus ojos me atravesaron como agujas.

—Precisamente por eso, Gabriel. —Voz cortante—. Una vida entre monstruos te enseña a clasificarlos con precisión. Los depredadores como Soriano. Los burócratas del horror como Pascual. Los cobardes como Rivera. —Pausa calculada—. Y los salvadores tardíos como tú.

Sus palabras me dieron de lleno. Exponían una verdad imposible de esquivar. Veinticinco años de placa no te preparan para el peso de llegar siempre un día tarde.

—Deberías quedarte mientras voy con Pascual. —Cambié de tema —. Es más seguro.

—Ni lo sueñes. —Tajante como un cuchillo—. Necesito ver esos archivos de Rivera. Si tienen lo que creo...

—¿Qué crees?

—Evaluaciones psicológicas. Criterios de selección. El método para pescar candidatas «ideales». —Su voz se volvió fría, blindada—. Esa información puede ser la llave de toda la red.

Pesé sus palabras. Tenía razón, pero el riesgo...

—Tu capacidad para procesar esto... —Volví al tema—. Como si llevaras años preparándote.

Clara ordenó unos papeles antes de responder.

—En cierto modo, así es. —Suavidad contrastando con lo duro del contenido—. Cada libro que me obligaban a leer, cada problema que resolvía vigilada... lo convertí en armadura. La ironía: la educación con la que querían hacerme más valiosa se convirtió en mi mejor arma contra ellos.

Vi la tensión en sus hombros, el temblor que quedaba. No era solo una víctima. Era una superviviente hecha de hierro. Mi mejor carta en esta partida de locos.

—Rebeca sigue suelta. —Le recordé—. Y no va sola.

—Las «graduadas» siempre trabajan en parejas. —Confirmó—. Protocolo básico. Control mutuo disfrazado de apoyo, como todo en su mundo.

—Razón de más para que te quedes...

—No voy a encerrarme, Gabriel. —Me cortó con suavidad de acero —. Se acabaron las habitaciones cerradas. Se acabó el «por tu bien». Ya hemos hablado de esto.

Tenía toda la razón. Repetir patrones de control, aunque fuera con buenas intenciones, era justo lo que había rechazado desde el primer segundo libre.

—Vale. —Cedí—. Pero coordinamos con Gómez. Refuerzos extra.

Clara asintió. Victoria pequeña brillando en sus ojos.

—Acabemos con esto. —Determinación de hierro—. Por Ángela. Por las que quedan. Y por las que ya no podemos salvar.

Cogí mi Heckler & Koch USP Compact. Compañera de cien noches negras. La enfundé con el gesto de mil veces. La chaqueta ocultó el bulto. Su peso conocido contra las costillas era el único consuelo en este descenso al infierno.

Clara me observó mientras me ajustaba la americana. Por un momento vi en sus ojos algo que me aterró profundamente más que cualquier amenaza: la certeza total de que esto no había terminado.

Ni de lejos.

54

La mañana avanzaba rara, el tiempo como chicle. Gómez había organizado nuestros movimientos al milímetro: primero el despacho de Rivera para los expedientes, después la cárcel para enfrentarme a Pascual.

—¿Segura? —Pregunté a Clara mientras íbamos hacia el instituto, escoltados por la UCO.

Su perfil contra el cristal parecía tallado en piedra. La misma ropa prestada, pero la llevaba de otra manera. Más dueña de sí misma.

—No es cuestión de querer, Gabriel. Es necesario.

Entendía esa hambre. Veintiún años sin decidir ni el color de las paredes. Ahora cada elección —incluso las peligrosas— era un acto de rebeldía.

El instituto se alzaba como un monumento a la normalidad en un mundo que se había vuelto loco. Los chavales entraban sin saber de los horrores excavados bajo sus pies.

Gómez esperaba en la entrada trasera con dos agentes y la directora Hernández. Tocada pero entera. La noticia del suicidio de Rivera ya corría por el pueblo como la pólvora.

—Despacho listo. —Gómez, telegráfica—. Acordonado como escena secundaria.

Clara se tensó ante la palabra «acordonado». Solo yo pillé el temblor en sus hombros.

La directora nos guió por pasillos vacíos. Las clases habían empezado, pero sentía ojos desde las aulas entreabiertas. En los pueblos, los secretos tienen patas.

El despacho seguía congelado en el tiempo, salvo el polvo forense y la cinta amarilla. La muerte de Rivera flotaba en el aire como perfume pasado.

Un técnico de la UCO trabajaba sobre un archivador metálico.

—La clave era el versículo. —Gómez recitó—. Proverbios 28:13.

—¿Y eso cómo se traduce? —La directora, perdida.

—Capítulo y versículo. —Clara, precisa—. 28-13.

Su exactitud atrajo todas las miradas. Vi cómo la catalogaban: no víctima, sino mente afilada como cuchilla.

El técnico giró los números. Click. Dentro, tres carpetas gordas como guías telefónicas:

«Evaluaciones Preliminares - Serie I (1991-2004)»
«Evaluaciones Preliminares - Serie II (2005-2015)»
«Criterios y Metodología de Selección (CONFIDENCIAL)»

Clara alargó la mano hacia la tercera. Gómez la paró.

—Protocolo. Debo documentarlo primero.

Clara midió urgencia contra papeles. Cedió.

El contenido se abrió como un mapa del infierno: tests psicológicos, clasificaciones de vulnerabilidad, perfiles detallados. Un sistema de caza mayor disfrazado de ayuda.

—Madre de Dios. —La directora se puso blanca—. Años operando en mis narices.

Clara devoraba páginas con velocidad de escáner, diseccionando el virus para encontrar la cura. Se paró en un diagrama: «Indicadores de Receptividad Óptima».

—Aquí está. El algoritmo de selección.

Sistema de puntos para identificar presas fáciles:

- Estructura familiar rota (ausencia paterna): 15 puntos
- Inteligencia superior: 12 puntos
- Trauma sin tratar: 10 puntos

- Aislamiento social: 8 puntos
- Necesidad de aprobación: 7 puntos
- Inquietudes espirituales: 6 puntos

Nota al margen: «Sujetos 40+ puntos: óptimos. Candidatas 30-39: reevaluación por J.S.»

J.S. Juez Soriano.

—Como pensaba. —Clara, voz de hielo—. No era improvisación. Era ingeniería social. Una red calibrada para pescar a las invisibles.

La frialdad del cálculo me dio asco. No bestias impulsivas. Arquitectos del horror.

—Hay más. —Clara señaló otra sección—. Manual de aproximación. Qué buscar. Qué explotar.

Leí las instrucciones para aprovecharse de las debilidades: «Intervenir durante crisis emocionales... ofrecer estructura cuando el hogar sea caótico... posicionarse como único adulto que "entiende"...»

Me subió la bilis.

Gómez fotografiaba cada página. Cara de piedra, pero dedos tensos.

En la última sección, carta de Rivera. Tres meses atrás:

«Cuestiono cada vez más los métodos. Las estadísticas hablan de "éxitos" pero veo almas rotas disfrazadas de sumisión. La petición del Juez S. para evaluar tres nuevas candidatas agrava mi dilema...»

—Nuevas candidatas. —Gómez subrayó—. Planeaban crecer mientras les pisábamos los talones.

—La soberbia del intocable. —La rabia se me hizo sólida—. Ni se planteó parar.

Clara cerró el expediente como quien cierra una tumba.

—Rivera habría continuado. Habría entregado más chicas. Su suicidio no era solo confesión. Era su única forma de parar la máquina.

Su perspectiva me dejó fuera de juego. Clara encontraba matices incluso en sus verdugos.

—Necesitamos esos nombres ya. —Gómez, operativa—. Si evaluaba tres chicas, están en peligro.

Mientras Gómez activaba la revisión de expedientes, Clara y yo fuimos hacia la cárcel.

En el pasillo, Clara se paró ante un corcho. Entre avisos, fotos de promociones pasadas. Sus ojos se clavaron en una.

—Promoción 2006. —Su voz, un susurro—. Yo debería estar ahí.

El golpe fue brutal. Mientras esos críos celebraban con birretes, Clara llevaba meses enterrada viva en un sótano diseñado para romperla.

Extendió la mano. Los dedos se pararon a milímetros del cristal. Gesto mínimo cargado de mundos perdidos.

—Todavía puedes. —Murmuré—. Un título. Una vida.

Sonrisa fugaz como un relámpago.

—Quizás. Cuando esto termine. Si termina.

55

La mole gris del Centro Penitenciario se alzaba sobre el parking como un mal presagio. Observé a Clara mientras nos acercábamos. Su cuerpo se había cerrado: más rígida, más cerrada. Como si se hubiera puesto una armadura invisible contra los fantasmas que aquel búnker de hormigón despertaba.

—¿Segura? —Última oportunidad—. Puedo hacerlo solo.

Su mirada fue toda la respuesta. Determinación pura, la misma que había visto en supervivientes que no se rinden.

—Pascual fue parte de mi encierro veintiún años. —Voz de acero —. No le daré el poder de mantenerme fuera ahora.

Gómez nos esperaba en la entrada junto al director, un tal Martínez con cara de funcionario de los que se creen la vocación, de los que se toman el trabajo como misión.

—Sala de observación lista. —Gómez mostró la placa al guardia—. Clara podrá ver sin ser vista.

Martínez nos guió por el laberinto de seguridad. Protocolo de siempre: identificación, cacheo rápido, firma en el libro de visitas. Cada puerta metálica que se cerraba producía un eco que Clara absorbía como golpes. Su respiración se acortó. Sus pasos, aunque firmes, adoptaron un ritmo medido. Contaba para no perderse.

Habíamos repasado el plan: yo interrogaría, Torres grabaría, Gómez supervisaría con Clara desde el otro lado del espejo.

La sala de observación era básica: cristal de un solo lado, micrófonos, equipo digital. Todo según protocolo para presos peligrosos.

Pascual ya esperaba. Manos esposadas sobre metal frío. El naranja de preso le colgaba como bandera de derrota. Pero sus ojos —esos que confundí con sabiduría— seguían calculando.

—Estaré bien. —Clara cortó la pregunta no dicha de Gómez—. Conozco cómo mirar tipos como él. Esto no es nada.

Antes de entrar, me centré. Control total sobre cada palabra, cada gesto. Pascual era un maestro manipulando. Esta petición de verme era otra jugada en su tablero.

Al abrir la puerta, su cara se iluminó con alivio falso. Emoción de mentira que había visto en cien interrogatorios.

—Gabriel, sabía que vendrías. —Media sonrisa ensayada.

Me senté. Ni un gesto. Tal como dice el manual en su primera página.

—Encontré tus archivos, Pascual. Los registros completos. No hay nada que puedas contarme que no sepa.

Una sombra le cruzó la cara. Décimas de segundo.

—Los expedientes cuentan una versión. —Admitió—. No toda la historia.

—¿Qué más puede haber? —Consciente de Clara al otro lado del cristal—. Tuviste encerradas a crías durante décadas. Empezando por tu hija.

Se inclinó. Las esposas sonaron contra el metal. El ruido rebotó como balas.

—Rebeca era diferente. —Voz tensa—. Necesitaba estructura. Tras el accidente estaba destrozada. Fuera de control. Soriano le dio un propósito.

—¿Propósito? —Escupí la palabra—. ¿Llamas propósito a lavarle el cerebro hasta convertirla en cómplice?

—No lo entiendes. —Desesperación real colándose—. Rebeca ya estaba rota. El accidente... —Tragó saliva—. Yo conducía aquella noche. El accidente que mató a mi mujer fue culpa mía.

La confesión me pilló con la guardia baja. No salía en ningún informe.

—Rebeca lo vio todo. —Susurro ronco—. Vio morir a su madre mientras yo intentaba sacarla del coche aplastado. Después se convirtió en otra persona. Violenta. Autodestructiva. Nada funcionaba.

—Así que se la regalaste a Soriano. —Reconocí el patrón de excusas enfermas.

—No fue así. —Me sorprendió otra vez—. Primero probé sitios normales. Tres diferentes. Todos fracasaron. Entonces apareció Soriano. Dijo que tenía un método distinto, más estructurado para casos extremos. Él arregló los papeles para que constara como muerta en el accidente. Con fecha anterior. Dijo que así tendríamos margen para actuar.

Levantó la mirada. Intensidad que ponía los pelos de punta.

—Funcionó, Gabriel. Rebeca mejoró. Se estabilizó. Encontró sentido.

—Se convirtió en carcelera. —Corregí—. En torturadora.

—¡Que no! —Me soltó tan de golpe que me dejó pillado—. Eso vino después. Años después. Para entonces ya estaba metido hasta el cuello y no había forma de salir.

Estudié su cara buscando los tics del mentiroso. Nada obvio, pero Pascual había engañado a fiscales, jueces y a toda la Guardia Civil como le dio la gana.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? —Me eché hacia atrás en la silla —. ¿Qué buscas?

56

Pascual respiró hondo como un buzo antes de tirarse. Sus hombros se tensaron bajo el naranja de preso.

—Rebeca está terminando el trabajo. —Las palabras cayeron como piedras—. Tras detener a Soriano, ha activado el protocolo de emergencia. «Limpieza final», lo llamaba él.

El escalofrío me subió por la espalda. No necesitaba traducción.

—¿Qué significa exactamente? —Pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Las chicas que quedan... —Pascual cerró los ojos, incapaz de mirar su propia condena—. No pueden dejar testigos, Gabriel. Menos ahora que Clara está hablando. Rebeca no va sola. Hay otros «graduados» en esto.

Mi cerebro procesó a toda velocidad. El intento de Rebeca en el hospital: no casualidad, sino pieza de un plan mayor. La frialdad del cálculo me cerró los puños bajo la mesa.

—¿Dónde están? —Me incliné hacia él—. Dime dónde encontrar a Rebeca y a los demás.

Pascual me estudió, midiendo mi decisión como quien mide un arma.

—Te diré los sitios probables. —Cedió—. Pero a cambio, necesito tu palabra: harás lo posible por salvar a Rebeca. No es un monstruo,

Gabriel. Es una víctima convertida en verdugo porque no conocía otra salida.

La petición me dejó mudo. Este hombre que había traficado con vidas sin importarle un comino me pedía compasión por su hija. La misma que él entregó al matadero.

—Haré lo que pueda. —Medí cada palabra—. Pero Rebeca responderá por sus actos. Como tú.

Asintió. Era la respuesta que esperaba.

—Hay un mapa. —Bajó la voz hasta el susurro—. En la cabaña que mencioné a Gómez. Bajo las tablas del suelo, habitación principal. Muestra todas las instalaciones secundarias. Los refugios de emergencia si las principales caían.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —Cada segundo perdido era una vida en juego.

—Esperaba que Rebeca entrara en razón. —Voz rota—. Que sin Soriano se liberara del lavado de cerebro. Pero cuando supe lo del hospital... Va a cumplir la misión hasta el final.

Se inclinó más. Susurro de confesión.

—Hay algo más sobre Clara. Algo que ella no sabe.

Mi pulso se disparó. Sentí el peso de Clara al otro lado del cristal.

—¿Qué?

—Por qué Soriano nunca la soltó. —Pascual clavó sus ojos en los míos—. No era solo su resistencia. Clara recuerda algo de la noche del secuestro que no debería.

El aire se hizo denso.

—¿Qué vio?

—Otra persona además de Soriano. —Intensidad renovada—. Alguien cuya identidad podría volar no solo el programa, sino toda la estructura de poder en Morella y más allá.

Mi mente barajó nombres. El alcalde. El fiscal. El consejo municipal.

—¿Quién?

—No lo sé. Soriano nunca lo dijo. Solo que era «intocable». Alguien con recursos y poder para mantener todo el tinglado.

—¿Pretendes que me crea que participaste sin saber quién mandaba? —Pura incredulidad.

—¿Crees que Soriano confiaba en alguien? —Sonrisa amarga—. Lo tenía todo dividido. Cada uno en su casilla, sabiendo lo justo. Solo él veía el cuadro completo.

Tenía sentido. Soriano, obseso del control, crearía un sistema donde solo él tuviera todas las piezas. Protección perfecta.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora?

—Porque ese alguien sigue suelto. —Las palabras flotaron como amenaza—. Y si descubre que Clara habla, que recuerda... —No terminó. No hacía falta.

Alguien más poderoso que Soriano. Con recursos para mantener una red de secuestros durante décadas. Podría estar moviendo fichas ahora mismo.

—Los archivos de Rivera. —Pascual siguió—. La clave de la caja fuerte. Proverbios 28:13. ¿No te mosquea que Rivera, que nunca fue religioso, eligiera un versículo?

Me sorprendió que supiera lo de Rivera, pero había prioridades.

—¿Dices que alguien le dio esa clave?

—Digo que aquí no hay casualidades, Gabriel.

—¿Quién mueve los hilos? —Exploté. Mi control profesional saltó por los aires.

Pascual se echó hacia atrás. Las esposas sonaron contra el metal.

—Esa es la pregunta del millón.

Mi mente daba vueltas: posibilidades, conexiones, motivos ocultos. ¿Me estaban usando como peón en una guerra entre monstruos?

—La cabaña. —Pascual cortó mis pensamientos—. Encuentra el mapa. Salva a las que quedan. Y mientras, pregúntate por qué ahora. Por qué tú. Quién maneja esto.

Salí del interrogatorio con la cabeza como un campo de minas. Pascual era un maestro manipulando. Todo podría ser otra capa de mentira.

Pero algo sonaba cierto. Las piezas encajaban demasiado bien.

Clara esperaba en el pasillo.

—¿Has oído todo?

—Cada palabra. —Voz controlada—. ¿Le crees?

Pregunta trampa. Pascual había mezclado verdades con teorías. Manual del manipulador, página uno.

—Creo que la cabaña existe. —Medí las palabras—. Y que hay un mapa. El resto... hay que comprobarlo.

Gómez se unió. Cara neutra, ojos de águila. Su uniforme verde impecable contrastaba con mi traje de dos días.

—Mando un equipo a la cabaña ya. —Cortante—. Si hay mapa, lo encontramos.

—Vamos nosotros también. —Clara nos pilló por sorpresa—. Si hay algo que explique lo que vi aquella noche...

—Demasiado peligroso. —Gómez tajante—. Si lo del protocolo es verdad, Rebeca te está cazando.

—Por eso mismo debo ir. —Clara no cedió—. Soy la única que puede ver patrones, códigos en ese mapa. Cosas que ni Gabriel pillaría.

Lógica aplastante pese al peligro. Miré a Gómez. Su cara mostraba mi mismo conflicto.

—Perímetro completo. —Cedió al fin—. Equipo táctico. Drones. Nada se mueve en dos kilómetros sin que lo sepamos.

Clara asintió. Batalla ganada.

Camino a la salida, el móvil vibró. Mensaje de Navarro:

«Castellón asegurado. Dos detenidos. Tres víctimas recuperadas VIVAS. Mando detalles.»

Se lo enseñé. Esperanza mezclada con urgencia. Avanzábamos, pero cada paso destapaba más basura.

Cruzamos las puertas hacia la luz. Clara alzó la cara al sol. Ojos cerrados. Bebiendo calor y libertad.

Gesto simple. Humano. Recordatorio de por qué valía la pena jugársela.

Rumbo a la cabaña de Pascual, el sol del mediodía bañaba todo con claridad brutal. Sin sombras donde esconderse. La luz que le robaron a Clara la mayor parte de su existencia. La luz que íbamos a meter en cada agujero oscuro.

La carretera serpenteaba entre olivos viejos. Clara en el asiento del copiloto, devorando el paisaje como si fuera la primera vez.

En cierto modo, lo era.

57

La cabaña de Pascual apareció entre los pinos como un bulto inofensivo. Postal de normalidad escondiendo podredumbre. Mientras la miraba, sentí ese hormigueo en la nuca que nunca falla. El radar interno que detecta mierda bajo el barniz.

—Perímetro limpio. —La radio sonó con voz militar—. Dos kilómetros despejados, mi comandante.

Gómez asintió mientras avanzábamos. Cerradura de combinación antigua, de las de rueda. Me lanzó esa mirada que dice: tu turno.

—Prueba 15-11-05. —Aposté.

Click. El cerrojo cedió como huesos rompiéndose. La fecha del secuestro de Clara. Predecible y enfermo.

Clara se paró en seco en la puerta. Miedo a los espacios cerrados por el trauma del encierro que sufrió. Respiró hondo. Entró. La seguí, alerta.

Interior más grande de lo esperado. Sala con chimenea de piedra, cocina básica, dos puertas a dormitorios. Manual del refugio rural, versión pesadilla.

—A fondo. —Gómez a su equipo—. Cada tabla, cada grieta. Que no se mueva nada sin revisar.

Los agentes se dispersaron como hormigas organizadas. Clara caminó con cuidado de gato asustado. Se paró ante una foto:

Pascual joven, sonriente, abrazando a su mujer y tocando el hombro de Rebeca niña.

—Foto de familia feliz. —Clara, cortante—. Lo peor: normalidad como disfraz.

Entré al dormitorio principal. Básico: cama individual, mesilla, armario viejo.

—Gabriel. —La voz de Clara me cortó—. No está en el suelo.

—Pero Pascual dijo...

—Pascual miente hasta dormido. —Tajante—. Sus verdades son mentiras maquilladas.

Me levanté. Su cara decía que había pillado el código mental de su captor.

—¿Entonces?

Clara miró arriba.

—Tipos como ellos piensan en vertical. Jerarquías. Arriba-abajo, poder-sumisión.

Seguí su mirada. Paneles de madera en el techo. Uno con color distinto, como mancha vieja.

Arrastré una silla. Me subí. El panel cedió al primer toque. Hueco oscuro. Subidón de adrenalina.

—Bingo. —Saqué un tubo cerrado—. Lo tenemos.

Lo abrí con cuidado de artificiero. Mapa enrollado y cuaderno negro. Pruebas que pueden cambiar un caso.

Gómez entró.

—¿Hay premio?

Desplegué el mapa sobre la cama. Hecho a mano con un rigor obsesivo. Símbolos: estrellas, llaves, corazones. Mapa del horror.

—Los escondites de emergencia. —Clara se inclinó—. Como dijo Pascual.

Sus dedos volaron sobre el papel.

—Aquí. —Clavó el dedo en una llave, frontera con Francia—. Apuesto a que tienen a Ángela Corts.

Abrí el cuaderno mientras Gómez coordinaba por radio. Primeras páginas, nada. Página quince, bomba:

«RP sigue dudando de la eficacia del programa. Su vínculo con CL compromete objetividad».

RP: Rebeca Pascual. CL: Clara Llorens. Conexión siniestra.

Última entrada, tinta fresca:

«GS preocupado por estabilidad mental de RP. Condicionamiento con grietas. GS evalúa "intervención terminal"».

—Clara. —Mi voz me falló.

Cogió el cuaderno. Lo leyó. Cara de piedra.

—Rebeca obsesionada conmigo. —Diagnóstico frío—. Normal. Soy su fracaso estrella.

—Dice que va por libre.

Clara cerró el cuaderno de golpe.

—Bomba sin reloj. Soriano tenía método. Rebeca tiene obsesión.

Gómez volvió. Tensión controlada antes del asalto.

—Equipos en marcha. Golpe simultáneo en noventa minutos. La frontera es prioridad uno.

—Vamos. —Decidí.

Gómez asintió, sorprendiéndome.

—Vale. Pero claro: dentro del perímetro con escolta. —Clavó los ojos en Clara—. Sin excepciones.

—Entendido. —Clara dócil. Mala señal.

La aparté.

—¿Qué planeas?

Ojos como agujas.

—Necesito ver a Rebeca. Y que ella me vea.

—Es una locura.

—Es necesario. Rebeca sabe cosas de aquella noche. Quién más estaba.

—¿Recuerdas algo nuevo?

Pausa.

—Trozos. Soriano usó de todo para borrarlos. Pero vuelven. Piezas sueltas sin cuadrar.

El helicóptero bajó levantando un vendaval. Mientras subíamos, la sensación me mordía: volábamos hacia algo que ninguno entendía.

Trampa dentro de trampa. Muñecas rusas del infierno.

58

La instalación fronteriza era una decepción. Cabaña perdida junto a un lago, embarcadero podrido, cobertizo a punto de caerse. El tipo de sitio invisible hasta para Google.

Aterrizamos a un kilómetro. El equipo táctico ya estaba en posición. Los GEO, lo mejor para estas movidas.

—Perímetro limpio. —Pino, el jefe táctico—. Dos térmicos dentro. Uno moviéndose, otro quieto.

—¿Confirmáis a Ángela Corts? —Gómez, directa.

—Negativo a esta distancia. Pero el que no se mueve muestra patrones de sedación o inmovilización.

Clara asintió con seguridad de médico.

—Ángela estará drogada hasta las cejas. —Rotunda—. Protocolo de evacuación.

—Quince minutos para entrar. —Pino marcó el tiempo.

Me acerqué a Clara. Miraba fijo la cabaña entre los árboles.

—Te quedas aquí. —Recordé el pacto.

—Gabriel. —Se giró—. ¿Te fías de mí?

La pregunta me pilló por sorpresa.

—Claro.

—Entonces escucha: Rebeca no viene a llevarse a Ángela. Viene a eliminarla.

Escalofrío instantáneo.

—¿Cómo lo sabes?

—No pueden dejar testigos. No ahora.

—Hay que avisar...

—Gómez ya lo sabe. —Su mirada se suavizó un poco—. Hay más. Algo que no le he contado.

Mi pulso se aceleró.

—Ángela no es una víctima cualquiera. Vio algo gordo en las instalaciones principales el año pasado.

—¿El qué?

Clara tomó aire.

—Una visita VIP. Alguien ante quien Soriano se ponía firme.

—¿Sabe quién?

—Sí. Y yo también.

La explosión nos cortó como un hachazo. El bosque tembló. Me tiré sobre Clara, cubriéndola mientras caían trozos.

—¡La cabaña! —Alguien gritó.

Me levanté. Columna de humo negro como dedo acusador.

—¡Vamos! —grité a Clara. Ya no estaba.

La vi correr entre árboles con agilidad imposible. La seguí maldiciendo. Años de entrenamiento y una civil me deja atrás.

Llegamos a los restos humeantes. Escombros, ceniza, nada.

—¡Cero supervivientes! —Un agente—. ¡Repito, nadie vivo!

Movimiento entre los árboles. Cincuenta metros. Alguien huyendo al norte.

—¡Allí!

Clara ya la había visto. Salió disparada.

La seguí oyendo a Gómez gritar por radio. Al diablo los protocolos.

La fugitiva cruzó un arroyo, subió la cuesta. Pelo rubio platino. Rebeca.

Clara la perseguía como poseída. Acortaba distancia.

Llegamos a un claro. Rebeca paró, se giró. Pistola en mano apuntando a Clara.

—Quieta. —Voz tranquila—. O disparo.

Me paré en seco. Calculando. La experiencia dice cuándo van en serio.

Clara siguió caminando. Lenta. Sin parar.

—Hola, Rebeca. —Suavidad que daba miedo—. Cuánto tiempo.

La cara de Rebeca se rompió en mil emociones.

—No deberías estar aquí. Suelta. No estaba previsto.

Clara dio otro paso. La pistola tembló.

—¿Qué estaba previsto? ¿El plan de Soriano? ¿El tuyo? ¿O el de otro?

—Sabes de qué hablo. —Rebeca escupió—. La restauración de verdad.

—¿Y Ángela? ¿También necesitaba «restauración»?

La mano de Rebeca se tensó.

—Ángela se estaba desviando. Como tú.

—¿Está muerta?

Rebeca la miró fijo. Una eternidad.

—Sedada cuando activé los explosivos. No sintió nada. Fue... limpio.

—¿Limpio? —Clara saboreó la palabra. Otro paso—. ¿Como lo que me hicisteis durante veintiún años?

—Tú eras distinta. El reto que Soriano nunca pudo domar.

Clara a diez metros.

—¿Qué me hacía especial? ¿Qué tenía yo?

Rebeca se perdió un momento.

—Viste lo prohibido. Recordaste lo que debías olvidar. Fuiste... un error de cálculo.

59

La noche caía sobre el bosque cuando Clara avanzó. Su valor me dejaba sin palabras. Después de todo, se enfrentaba a una de sus carceleras.

—La noche del secuestro. —Clara dio otro paso—. No solo estaba Soriano, ¿verdad?

La mano de Rebeca temblaba. El miedo le comía los ojos.

—No puedes hablar de eso. Prohibido.

—El hombre del traje gris. —Clara siguió, y Rebeca se puso blanca —. El que llegó después. Habló con Soriano mientras yo fingía estar inconsciente.

Rebeca retrocedió como si las palabras quemaran.

—No. Imposible. Te dieron las drogas. Los tratamientos. Nadie recuerda después de eso.

—Yo sí. —Simplicidad demoledora—. Siempre lo recordé. Aprendí a fingir que lo había olvidado. Como tú fingiste tu «restauración».

El golpe dobló a Rebeca.

—¡Mientes! —Lágrimas corriendo—. ¡Estoy restaurada! ¡Curada!

—Tu papel de carcelera. —Clara a cinco metros—. Extensión de Soriano. Herramienta.

—¡No! —Voz rota—. Salvadora. Salvo a las perdidas, como yo estaba perdida.

—¿Salvaste a Ángela hoy? —Corte de bisturí—. ¿Cuando activaste los explosivos?

Rebeca se hundió. El arma bajó.

—Órdenes. Las últimas. Limpiar escena. Eliminar testigos.

—¿De quién? Soriano está detenido.

Algo cambió en Rebeca.

—No de Soriano. —Voz extrañamente firme—. Del que realmente manda. El invisible. El de aquella noche.

Mi pulso se disparó. El momento que todo investigador busca.

—¿Quién? —Clara suavizó el tono—. Dime.

Rebeca abrió la boca. El disparo cortó el aire. Tiro en la cabeza. Instantáneo. Su cuerpo cayó como un muñeco roto. La muerte llegó antes que la verdad.

—¡Al suelo! —Grité, tirándome sobre Clara.

Silencio total. Ese vacío que sigue a la violencia.

Cubrí a Clara, esperando más disparos. Nada. Me atreví a mirar.

Rebeca inmóvil. Sangre empapando la tierra. Disparo de profesional.

—El francotirador ya se fue. —Clara bajo mi cuerpo—. No fue eliminación táctica. Fue para callarla.

Análisis perfecto. Timing exacto: justo cuando iba a soltar el nombre. Alguien no quería que lo supiéramos.

Ayudé a Clara a levantarse. Voces acercándose.

—¿Estás bien? —La examiné.

Asintió. Calma inquietante.

—Empezaba a recordar sola. Por eso la mataron. No por mí. Por ella.

—El hombre del traje gris. ¿Sabes quién es?

Sus ojos encontraron los míos. Decisión de acero.

—Sí. Ahora recuerdo todo.

La UCO llegó corriendo. Gómez al frente, cabreada al ver el cadáver.

—¡Ordené quedarse en el perímetro! —Su enfado se evaporó al captar la situación—. ¿Quién disparó?

—Francotirador. —Señalé al este—. Un solo tiro. Ejecución. Justo cuando iba a decir el nombre.

Gómez ladró órdenes por radio. Rastreo completo.

—¿Qué sabemos del tipo?

Miré a Clara. Asintió.

—Estaba la noche del secuestro. Con poder sobre Soriano.

La base temporal era un caos controlado. Comandantes y analistas procesando datos de las operaciones simultáneas.

Sala de reuniones aislada. Navarro esperaba.

—Castellón asegurado. —Sin rodeos—. Tres víctimas recuperadas. Tocadas pero estables.

—¿Girona? —Gómez conectó el USB.

—Vacío. Se fueron hace poco. 48 horas máximo.

—¿Los otros?

—En proceso. Actividad reciente, nadie presente.

Patrón claro: evacuación coordinada. Nos habían visto venir. Ajedrez con ventaja.

—El francotirador. —Informé—. Ejecutó a Rebeca cuando iba a hablar. Y Rebeca mató a Ángela antes.

Navarro asintió. Demasiados años para sorprenderse.

—¿Siguiente paso? —Clara rompió su silencio.

Navarro la miró. Respeto nuevo.

—Depende de lo que sepa del traje gris.

Clara se sentó. Despacio. Postura perfecta, manos sobre la mesa. Vi el peso de los años, pero también determinación de hierro.

—Ricardo Simón. —Bomba verbal.

—¿El Fiscal General Adjunto? —Navarro, sin creerlo.

Silencio total. Como si hubieran aspirado el aire de la sala. Nunca sentí un silencio tan pesado.

—¿Segura? —Gómez, voz mínima.

—Completamente. Lo vi tres veces. La noche del secuestro. Diez años después. Y hace dos años.

Navarro se frotó la cara.

—Número dos del Ministerio Fiscal. Coordina actuaciones en casos especiales.

—Incluidos trata y abuso de menores. —Las piezas encajaron—. Posición perfecta para proteger la red. Desviar investigaciones.

Enterrar pruebas.

Gómez se quedó de piedra. Todos sabíamos lo que significaba: no solo un criminal. Uno de los más poderosos del sistema judicial.

La verdad al descubierto. Ahora venía lo difícil: la justicia.

60

Navarro prefiere sitios discretos, sin testigos. Este almacén abandonado en las afueras cumple todos los requisitos: aislado, varias salidas y, sobre todo, garantiza que nadie del sistema judicial pueda encontrarnos.

Clara mantiene la vista fija en las fotos esparcidas sobre la mesa plegable. Sus dedos dan vueltas alrededor de la cara de Ricardo Simón como si intentara descifrar un código oculto. Veintiún años encerrada le han enseñado a leer a las personas de una forma que el resto nunca entenderemos.

—Los sueños no importan —murmura cuando me acerco—. Lo que importa es esto.

Señala una imagen del Fiscal Adjunto en un acto oficial. Traje oscuro impecable, corbata perfecta, esa sonrisa calculada que proyecta autoridad y cercanía a la vez. La máscara ideal para ocultar al monstruo.

—¿Cómo puedes estar completamente segura después de tanto tiempo?

Sus ojos encuentran los míos. Hay algo terrible en esa mirada, una certeza total que da miedo.

—Cuando alguien decide si vives o mueres cada día durante años, memorizas cada detalle de su cara. —Su dedo se para en una marca casi invisible en la foto—. Esta cicatriz en el dorso de la mano

izquierda. Se la hizo con un cristal la noche que me llevaron. Estaba nervioso, impaciente. Rompió una copa.

Los detalles de sus recuerdos me impresionan. Clara no habla como una víctima traumatizada que confunde recuerdos. Habla como un testigo que ha guardado cada detalle en su memoria.

Gómez y Navarro entran en el almacén con dos desconocidos. La mujer, cincuentona, lleva el pelo gris en un moño que acentúa lo dura que parece. El hombre, bastante más joven, agarra un maletín negro como si llevara pruebas nucleares.

—Inspectora Jefe Carmen Doménech, Asuntos Internos —presenta Gómez—. Y el doctor Felipe Enrique Díaz, nuestro especialista en análisis forense digital.

Doménech nos mira con ojos de quien ha visto demasiada basura enquistada en las instituciones. No hay compasión en su mirada, solo determinación fría.

—He revisado todo el material —anuncia sin rodeos—. Las implicaciones son enormes.

—No son implicaciones —la corta Clara con una calma que da más miedo que cualquier grito—. Son hechos.

El doctor Díaz abre su portátil sobre la mesa. Le tiemblan un poco las manos mientras teclea.

—Los registros telefónicos muestran un patrón claro —explica mientras proyecta un diagrama de conexiones—. Cada transferencia importante, cada... adquisición de nuevas víctimas, va seguida de una llamada a Madrid. Siempre al mismo número.

—¿De quién? —Navarro se inclina sobre la pantalla.

—Oficialmente, de una fundación benéfica para jóvenes en riesgo. —Los dedos de Díaz vuelan sobre el teclado—. Pero si seguimos el rastro del dinero a través de seis empresas pantalla...

El diagrama se expande como una telaraña. En el centro, el nombre de Ricardo Simón parpadea como una araña en su red.

—También hemos documentado tres visitas no oficiales de Simón a Castellón en la última década —añade Gómez—. Todas coinciden con lo que Pascual llamaba en sus registros «evaluaciones de progreso».

El silencio que sigue pesa como plomo. Cada pieza encaja perfectamente en el puzzle del horror.

—¿Es suficiente para actuar? —Mi pregunta suena patética hasta para mí.

Doménech niega con la cabeza.

—Contra un hombre de su posición necesitamos pruebas que no dejen dudas. Algo que no pueda atribuirse a casualidades o malentendidos. Los fiscales adjuntos del Supremo no caen con indicios.

—El Manuscrito Lea.

La voz de Clara corta el aire como un cuchillo. Todos nos giramos hacia ella.

—Pascual lo mencionaba siempre en sus notas privadas —continúa —. Decía que era su seguro de vida. Un registro completo de todos los implicados, fechas, transacciones... Todo.

—¿Dónde está? —La urgencia en la voz de Gómez es obvia.

Clara cierra los ojos, como si buceara en recuerdos que preferiría olvidar.

—En la casa principal hay una habitación que Pascual llamaba su santuario. Nunca me dejaron entrar, pero escuché conversaciones. Hablaban de una caja fuerte empotrada detrás de un cuadro. Un Sorolla falso, decían riéndose.

Navarro ya está calculando cómo hacer un registro. Pero yo no puedo apartar la mirada de Clara. Cada revelación le cuesta un trozo de alma, y aun así continúa, sin parar.

—Si ese manuscrito existe —interviene Doménech—, debemos movernos rápido. En cuanto Simón sepa que vamos tras él...

No necesita terminar. Todos entendemos. Un hombre con poder para manipular el sistema judicial desde dentro no dudará en usar todos sus recursos para protegerse.

—Necesitamos una orden de registro —digo lo obvio.

—Imposible sin mostrar nuestras cartas —responde Gómez—. En el momento que pidamos una orden, Simón lo sabrá. Tiene ojos en todas partes.

El problema es evidente. Actuar dentro de la ley nos condena al fracaso. Actuar fuera de ella nos convierte en lo que combatimos.

—Hay otra opción —sugiere Clara.

Su voz tiene esa cualidad rara que he aprendido a reconocer: la calma total de quien ha sobrevivido a lo imposible.

—Puedo guiarles. Conozco cada rincón de esa casa. Cada sistema de seguridad. Cada punto ciego.

—Es muy peligroso —protesto por instinto.

Me mira con algo parecido a la compasión.

—Gabriel, he sobrevivido veintiún años en el infierno. Una vuelta más no me matará.

La lluvia golpea el techo del almacén con más fuerza. Cada gota suena como el tic-tac de un reloj marcando el tiempo que no tenemos. Simón sigue ahí fuera, protegido por su cargo, por el sistema que hemos jurado defender.

Pero ahora tiene un nombre. Una cara. Y nosotros tenemos algo más valioso que pruebas indirectas.

Tenemos a Clara Llorens. Y ella recuerda absolutamente todo.

61

___ El Manuscrito Lea.

Las palabras de Clara flotan en el aire viciado del almacén como una revelación.

—Soriano no paraba de hablar de ese documento —continúa, cada palabra medida—. Lo consideraba su legado intelectual. Su «obra maestra teórica», decía. Y según supe durante una de sus... sesiones de lavado de cerebro, no solo contiene su método completo. También incluye firmas. Confirmaciones escritas de sus colaboradores más poderosos.

—¿Simón firmó ese documento? —La voz de Navarro corta como un cuchillo.

—Soriano lo llamaba su «protector celestial» —responde Clara—. Saca tus propias conclusiones.

El peso de esa información nos aplasta. Si existe un documento con la firma de Ricardo Simón aprobando los métodos de Soriano, sería la prueba definitiva. La conexión clara entre el fiscal y la red de abusos.

—¿Dónde está? —Doménech se inclina hacia delante, toda su atención en Clara.

—Con Soriano. Solo él sabe dónde exactamente. —Clara hace una pausa, pensando—. O quizás en su caja fuerte personal. Gómez registró la casa principal, pero...

—Pero no sabíamos qué buscar —completa Gómez con frustración clara—. Ni dónde.

El puñetazo de Navarro sobre la mesa nos sobresalta a todos. Un arrebato raro en alguien tan controlado.

—Ese manuscrito es nuestra única carta real. Sin él, Simón seguirá intocable.

—Soriano no ha dicho ni pío desde que lo detuvimos —señala Gómez—. Solo negaciones. No va a cambiar ahora.

El silencio que sigue tiene algo de expectante. Siento cómo todas las miradas van hacia Clara. Ella no se mueve, esa quietud aprendida durante años cuando llamar la atención podía significar dolor.

—Ni se os ocurra —mi voz suena más áspera de lo que quería—. De ninguna manera.

—Gabriel. —Clara dice mi nombre con esa suavidad que desarma —. Necesito verle.

—Es una locura. Después de todo lo que te hizo, el daño psicológico de enfrentarte a él otra vez...

—Por eso mismo soy la única que puede conseguirlo. —Sus ojos encuentran los míos con una intensidad que paraliza—. Conozco cada grieta de su mente. Cada punto débil. Pasé veintiún años estudiándole para sobrevivir. Sé exactamente qué botones apretar.

Quiero protestar. Quiero protegerla de revivir esa pesadilla. Pero en su mirada leo algo que me para: la determinación de quien reclama el control sobre su vida.

—Es mi decisión, Gabriel —añade casi en un susurro—. Por primera vez en mucho tiempo, nadie decide por mí.

Las palabras caen entre nosotros como piedras en el agua, creando ondas que llegan a todos. Y entiendo, con una claridad dolorosa, que tiene razón. Negarle esto sería otra forma de quitarle su libertad.

—Habrá que planear cada movimiento —interviene Navarro, aceptando lo inevitable—. Un protocolo completo.

—Y seguridad máxima —añade Gómez—. Si Simón huele que le estamos cercando, no dudará en borrar pruebas. Empezando por Soriano.

—Y siguiendo por nosotros —completa Doménech sin drama, simple constatación.

Las siguientes horas se van en planificación obsesiva. Cada variable analizada, cada escenario previsto. Pero mientras los demás debaten protocolos, mi atención vuelve una y otra vez a Clara.

Se ha apartado del grupo, sentada junto a una ventana sucia que filtra la luz gris de la tarde. Su perfil se recorta contra el cristal con una nitidez casi dolorosa. Parece a la vez invencible y terriblemente frágil.

Me acerco y me siento a su lado sin decir nada.

—Puedes echarte atrás cuando quieras —murmuro—. Nadie pensará mal de ti.

Una sonrisa fugaz cruza sus labios, tan breve que casi dudo haberla visto.

—¿Quieres saber qué me impidió volverme loca todos esos años? —Su voz es casi inaudible, su mirada perdida en el paisaje industrial —. No fue solo la resistencia. Fue imaginar este momento. El día en que miraría a Soriano no como su víctima, sino como su igual. Y le demostraría que fracasó. Que toda su ciencia, todos sus métodos, no consiguieron destruir lo que soy.

Se gira hacia mí. En sus ojos arde algo que me deja sin aire.

—Necesito hacer esto, Gabriel. No solo por el caso o por las otras víctimas, aunque con eso bastaría. Lo necesito para cerrar el círculo. Para ser dueña de mi historia.

Asiento, entendiendo al fin lo hondo de su necesidad.

—No estarás sola —prometo—. Ni un segundo.

Su mano busca la mía. El contacto es suave, casi tímido, pero lleno de una intimidad que va más allá de las palabras.

—Lo sé —susurra.

Y en ese momento, en ese almacén perdido mientras la lluvia golpea el techo y nuestros compañeros trazan planes imposibles, entiendo que Clara Llorens no es solo una superviviente. Es la prueba viva de que incluso en la oscuridad más negra, el espíritu humano puede ganar.

Mañana se enfrentará a su torturador. Pero hoy, en este instante robado al caos, simplemente nos permitimos ser dos personas

cogidas de la mano, encontrando fuerza en lo que nos une.

El monstruo espera en su celda, sin saber que su víctima más preciada se ha convertido en su cazador. Y cuando Clara entre en esa sala de interrogatorios, no será el cordero volviendo al matadero.

Será el cazador acorralando por fin a su presa.

62

El sol se ponía rojo cuando terminamos los preparativos. Me llamo Gabriel Ferrer y he dedicado media vida a la Guardia Civil, pero nunca me había enfrentado a algo así. Un caso que podía costarme el uniforme. O algo peor.

Doménech había movido hilos discretos para conseguir el permiso. Sin papeles oficiales, sin rastros en el sistema. En casos de corrupción desde arriba, los expedientes tienen la mala costumbre de llegar a manos equivocadas. Gómez, meticuloso hasta el extremo, había montado un dispositivo de seguridad con agentes elegidos personalmente por Navarro. Hombres y mujeres de su confianza total, de los que aún creen que el juramento significa algo. Díaz, por su parte, había instalado cámaras y micros independientes. Nada conectado a los circuitos de la cárcel. Nada que pudieran interceptar o borrar manos interesadas.

Todo listo para el encuentro de mañana.

—Deberíamos irnos ya —sugirió Gómez mientras recogía sus papeles—. Mañana será... complicado.

Los demás empezaron a recoger, pero Clara seguía inmóvil ante la mesa, mirando fijo las fotos. Su mirada parecía atravesar el papel, como si pudiera ver a través del tiempo los veintiún años que le habían robado.

—¿Te llevo? —pregunté.

Alzó la vista. Por primera vez desde que la conocí, el miedo de verdad asomaba en sus ojos. No ese miedo aprendido de quien calcula riesgos para sobrevivir. Era algo más visceral, más crudo.

—No quiero estar sola esta noche. —Las palabras salieron como un susurro—. Los recuerdos... se vuelven más claros cuando sé que voy a verle.

Mi mano fue hacia ella antes de que mi cerebro procesara el gesto.

—Vamos.

El trayecto fue en silencio, uno que no necesitaba palabras. La lluvia había parado, pero el aire seguía húmedo, amplificando los olores de la ciudad: asfalto mojado, hojas podridas, tubos de escape. Miraba los retrovisores con frecuencia.

Mi piso me recibió con su austeridad de siempre. Pilas de libros en las esquinas, la mesa invadida por informes del caso, una vida reducida a lo básico. El refugio típico de un guardia civil divorciado cuyo único compromiso real es el trabajo.

—Perdona el desorden —murmuré mientras recogía una taza abandonada.

—Es perfecto. —Clara recorría el espacio con la mirada, registrando cada detalle—. Un hogar de verdad.

La forma en que dijo "hogar" me atravesó. Veintiún años sin un sitio propio. Sin poder elegir dónde sentarse, qué comer, cuándo dormir. Sin el lujo básico de la privacidad.

—Voy a hacer algo de cena —anuncié, necesitando ocupar las manos para contener la rabia que amenazaba con salir.

—¿Puedo ayudar?

La pregunta, tan simple, me descolocó.

—¿Sabes cocinar?

Una sonrisa de verdad le cambió la cara.

—Los últimos años me dejaban preparar mis comidas. Una libertad vigilada, claro. Otro experimento de control disfrazado de privilegio. —Su voz se volvió desafiante—. Pero convertí cada oportunidad en resistencia. Aprendí. Creé dentro de los límites.

Le pasé un cuchillo y unas verduras.

—Enséñame.

Y así, en la intimidad de mi cocina, hicimos el ritual más normal y extraordinario a la vez. Picar cebolla, medir aceite, remover la sartén. Gestos cotidianos que para Clara eran conquistas. Normalidad elegida, no impuesta.

Durante la cena evitamos el caso. Ni una palabra sobre Soriano o lo que vendría después. En su lugar, intercambiamos trozos de vida. Le hablé de mi abuelo, de cómo su sentido práctico de la justicia había moldeado el mío, aunque yo hubiera abandonado otros aspectos de su herencia.

—Pero estás volviendo —observó, leyéndome—. Buscando algo.

—Puede ser —admití—. Este caso... tú... me habéis hecho replantearme cosas que creía fijas.

—Las certezas de verdad siempre admiten preguntas —respondió —. Soriano nunca lo entendió. Para él todo era sistema, control, reglas que imponer. Nunca entendió que algunas cosas se descubren, no se ordenan.

Tras fregar los platos, nos encontramos en el salón. La noche había caído del todo, y con ella una quietud que amplificaba cada gesto, cada palabra no dicha.

—Coge el dormitorio —ofrecí—. Yo me quedo aquí.

Negó con la cabeza.

—No voy a echarte de tu cama, Gabriel.

—Insisto. —Pero entonces vi la tensión en sus hombros, cómo sus ojos medían distancias, buscaban salidas. El comportamiento automático de quien ha vivido enjaulada toda una vida—. A menos que prefieras...

No terminé la frase. No hacía falta. Clara me miraba con esa mezcla de vulnerabilidad y determinación que había llegado a reconocer como su esencia.

—He pasado veintiún años durmiendo vigilada —dijo al fin—. Esta noche, solo esta noche, necesito sentir que no estoy sola por elección. No por obligación.

Asentí, entendiendo. En mi dormitorio, le ofrecí una de mis camisetas para dormir. Mientras se cambiaba en el baño, preparé el lado izquierdo de la cama, el que llevaba vacío desde el divorcio.

Cuando volvió, la camiseta le quedaba enorme, dándole un aspecto frágil que contrastaba con la fuerza que tenía. Se metió en la cama con cuidado, como quien prueba el agua.

Apagué la luz y me acosté a su lado, manteniendo distancia. En la oscuridad, su respiración era el único sonido.

—Gabriel —susurró después de un rato.

—¿Sí?

—Gracias. Por entender. Por no intentar protegerme de mí misma.

—Todos necesitamos tomar nuestras propias decisiones —respondí —. Especialmente quienes han vivido sin poder tomarlas.

Sentí más que vi su sonrisa en la oscuridad. Después, el silencio volvió, pero era un silencio diferente. Lleno de comprensión, de conexión, de esa intimidad que surge cuando dos personas se reconocen.

Mañana, Clara se enfrentaría al hombre que había intentado destruirla. Pero esta noche, en la seguridad de mi piso, éramos simplemente dos supervivientes encontrando consuelo en la cercanía.

Y mientras el sueño empezaba a llegar, una certeza se instaló en mi pecho: pase lo que pase mañana, Clara Llorens no estaría sola. Nunca más.

63

La vulnerabilidad apareció en su cara como una grieta en el cristal.

—Es complicado. —Juntó las manos sobre las rodillas, buscando las palabras—. Durante mi secuestro, cada momento de soledad era un tesoro. Un regalo robado al sistema. Y ahora que puedo elegir...

No necesitó terminar. La libertad puede aplastar tanto como la cárcel cuando llega de golpe.

—El sofá es bastante cómodo —señalé hacia el salón—. Podemos quedarnos aquí. Tengo libros. O la tele, si prefieres.

—¿Tienes música?

Fui a la estantería donde guardaba mi colección de CDs, reliquias de cuando el mundo iba más despacio. Sus ojos recorrieron las carátulas con interés real.

El Nocturno en Mi Bemol Mayor de Chopin llenó el piso. Las notas flotaron entre nosotros, creando un refugio invisible.

Clara se hundió en el sofá. Me senté a su lado, calculando la distancia justa. Ni muy cerca ni muy lejos. La música creaba su propia burbuja de tiempo parado.

—Tengo miedo.

Las palabras cayeron sobre las notas del piano como piedras en el agua.

—No de Soriano —siguió—. Ya no puede tocarme. Tengo miedo de lo que viene después. De construir una vida sin los muros que me

han definido tanto tiempo.

La verdad de su confesión me golpeó. Habíamos estado tan obsesionados con liberarla, con hacer justicia, que habíamos pasado por alto lo básico: ¿cómo se reconstruye una vida a los treinta y siete años cuando te han robado veinte?

—No estarás sola. —Mi mano encontró la suya sobre el sofá—. Te lo prometo.

Nuestras miradas se cruzaron. No había romance en ese momento, nada tan simple. Era reconocimiento puro. Dos supervivientes reconociéndose en la penumbra.

La música nos envolvió. Su respiración se fue igualando con la mía. La tensión dejó sus hombros poco a poco, hasta que sus párpados se cerraron por el cansancio.

Cuando el sueño la venció, su cabeza encontró mi hombro. Me permití mirar su cara mientras dormía. Las marcas en sus muñecas contaban su propia historia de resistencia imposible.

Y entonces lo supe con certeza total: protegería a esta mujer con mi vida. No porque necesitara protección —había sobrevivido a lo inimaginable— sino porque se merecía tener a alguien dispuesto a hacerlo. Alguien que viera más allá del trauma. Que viera su capacidad intacta para la belleza, para la verdad, para la vida misma.

La noche avanzó mientras velaba su sueño. Mañana nos enfrentaríamos a Soriano. Mañana buscaríamos el manuscrito que podría hundir a uno de los fiscales más poderosos del país. Mañana lo arriesgaríamos todo para sacar a la luz una red de corrupción que se extendía como un cáncer por las instituciones.

Cuando la última nota de Chopin se perdió en el silencio, me sorprendí murmurando algo parecido a una oración. La primera sincera en años. No pedía fuerza para lo que vendría. Pedía sabiduría. Esa sabiduría que Clara había sacado de su infierno personal: que la verdadera redención no está en castigar el mal pasado, sino en evitar el mal futuro.

Las primeras gotas de lluvia golpearon el cristal. Mañana podría cambiarlo todo. O destruirnos.

Pero en este momento robado al tiempo, me permití sentir algo peligroso: esperanza.

El amanecer se coló entre las cortinas con esa luz indecisa que no sabe si es de noche o de día. Clara estaba de pie junto a la ventana, su silueta recortada contra la bruma de la mañana. Se había levantado antes, claro. Los hábitos del encierro tardan en morir.

—Buenos días. —Me levanté del sofá. Mi espalda protestó con un crujido.

Se giró hacia mí. Llevaba la misma ropa, pero se había hecho una coleta simple. Un gesto normal que en ella parecía una declaración de independencia.

—He hecho café —anunció, señalando la cafetera—. Espero que no te moleste.

—Para nada.

La vi moverse por mi cocina.

—¿Has descansado? —La pregunta salió antes de darme cuenta de lo absurda que era.

Una sonrisa mínima cruzó sus labios.

—Mejor que en veintiún años. Las pesadillas fueron... llevaderas.

Nos sentamos con nuestros cafés. El reloj de la cocina marcaba cada segundo con precisión cruel. En cuatro horas estaríamos frente a Soriano.

—¿Puedo preguntarte algo? —Clara me miró por encima de su taza.

—Claro.

—Cuando esto acabe... si es que acaba... ¿qué vas a hacer?

La pregunta me pilló sin preparar. Había estado tan centrado en el caso, en encontrarla, en desmontar la red, que el después era terreno desconocido.

—No tengo ni idea —admití—. Mi carrera en la Guardia Civil seguramente ha terminado. He destrozado el imperio de mi jefe directo.

—¿Te arrepientes?

—Ni por un segundo.

Clara asintió como confirmando algo que ya sabía.

—La verdad siempre tiene un precio —murmuró—. Siempre.

Y mientras el sol luchaba por salir entre las nubes, supe que tenía razón. La verdad exige sacrificios. Pero hay cosas por las que vale la

pena pagar cualquier precio.

En tres horas y media, Clara Llorens se sentaría frente al hombre que la había tenido prisionera sin misericordia. Y yo estaría allí, a su lado, cuando reclamara su vida.

Palabra por palabra. Verdad por verdad.

Hasta que no quedara nada de la mentira que había mantenido su encierro.

64

El Centro Penitenciario salía del paisaje como un tumor de hormigón bajo un cielo que prometía tormenta. Uno de esos cielos madrileños que convierten el mediodía en atardecer y te recuerdan que la naturaleza también sabe de sombras.

Doménech nos esperaba en la entrada. Esa mujer había convertido la cara de póker en arte después de años cazando corruptos dentro del sistema.

—Todo preparado —anunció mientras íbamos por pasillos que olían a lejía industrial y esperanzas muertas—. Micros independientes. La grabación no pasará por los circuitos oficiales.

—¿Gómez? —pregunté. El peso del arma en la sobaquera me recordaba que esto podía irse al garete rápido.

—En observación con Navarro. Díaz controla los sistemas.

Nos paramos ante una puerta metálica sin cartel. El último paso antes del abismo.

Clara se tensó a mi lado. Casi imperceptible para quien no hubiera aprendido a leer sus silencios. Llevaba veintiún años ensayando este momento en su cabeza.

—No necesitas una confesión completa —le recordó Doménech—. Solo pistas sobre el manuscrito. Lo justo para conseguir la orden de registro.

Clara asintió con esa economía de gestos que había perfeccionado encerrada. Pero yo la conocía. Su mente ya había cruzado esa puerta, preparándose para el duelo que había imaginado miles de noches.

—Vamos —dije por los dos.

La puerta se abrió con un zumbido eléctrico que vibró en mis costillas.

Guillem Soriano.

Ahí estaba. Setenta años bien llevados, pelo plateado impecable, ojos claros que brillaban con inteligencia retorcida. El uniforme naranja de preso le sentaba como si fuera otra toga más. Los monstruos de hoy no necesitan garras. Les bastan los títulos y el poder.

Entramos. Clara un paso detrás. Los ojos de Soriano la encontraron al instante y algo cambió en su cara. No sorpresa —sabía que vendría—, sino algo peor. El reconocimiento del artista ante su obra.

—Clara. —Su voz conservaba esa musicalidad estudiada—. Qué interesante verte bajo luz natural. Nunca pude apreciar del todo cómo cambian tus expresiones fuera del entorno controlado. La libertad te sienta bien.

Mi cuerpo se preparó para la violencia, pero los dedos de Clara rozaron mi brazo. Un mensaje claro: esta es mi pelea.

—Juez Soriano. —La voz de Clara cortaba como cristal—. Aunque supongo que ahora es solo Soriano. Sin todos esos títulos que usaba para justificar sus barbaridades.

El golpe dio en el blanco. Un temblor mínimo en su mandíbula. Los dedos apretándose contra las esposas.

Nos sentamos. La grabadora entre nosotros capturaba cada sílaba, cada pausa. Mi libreta abierta, lista para atrapar lo que la tecnología pudiera perder.

—No creo que sea una visita social —dijo Soriano, paseando la mirada entre nosotros con desinterés fingido—. Todos necesitamos cerrar círculos. Es casi... natural en nuestra especie.

—Tenemos preguntas —mantuve el tono neutro que enseñan en los cursos—. Sobre el programa. Su estructura. Sus mecenas.

Una sonrisa mínima le bailó en los labios.

—Ya contesté todo en los interrogatorios oficiales, capitán Ferrer. Repetirlo sería aburrido. Hasta las confesiones tienen un límite.

—¿Ni siquiera para mí? —Clara se inclinó hacia delante—. ¿Después de todo lo que compartimos durante esos años?

La palabra "compartimos" flotó entre nosotros como una blasfemia. Soriano la saboreó, disfrutando su perversidad.

—Ah, Clara. Siempre fuiste especial. —Sus ojos la recorrieron con una intimidad asquerosa—. Los demás eran... experimentos. Tú eras arte. Mi Galatea particular.

—Su víctima —corrigió Clara sin alterarse—. Una de tantas.

—¿Víctima? —Soriano pareció ofendido de verdad—. Reducir nuestra relación a esos términos tan simples es... decepcionante. Esperaba más de ti.

—Lo que usted llama sofisticación, el código penal lo llama secuestro y tortura.

—Puntos de vista. —Movió las manos esposadas con elegancia estudiada—. La historia está llena de incomprendidos. Galileo, Semmelweis, todos genios crucificados por mentes pequeñas.

—Ellos salvaban vidas —intervine, sin poder contenerme—. Usted las destruía.

Me miró como si acabara de verme.

—¿Destruir? Transformaba. Mejoraba. Sacaba el potencial oculto con método científico. —Sus ojos volvieron a Clara—. Pregúntale a ella. ¿No eres más fuerte ahora? ¿Más resistente? ¿No entiendes mejor la naturaleza humana después de nuestro tiempo juntos?

Clara no se movió. Cuando habló, su voz tenía filo de cuchillo.

—Entiendo que hay hombres que se disfrazan de dioses para justificar sus apetitos. Que usan palabras bonitas para envolver atrocidades. Que se escudan en la ciencia para satisfacer sus perversiones.

Por primera vez, la máscara de Soriano mostró una grieta. Sus pupilas se abrieron un poco.

—Nunca entendiste lo grande del proyecto —murmuró—. El alcance de la visión. No era solo sobre individuos. Era sobre

evolución dirigida. Sobre crear un nuevo tipo de ser humano capaz de...

—El Manuscrito Lea —le cortó Clara—. Su "obra maestra teórica". La prueba de que no actuaba solo.

Silencio.

Los segundos se estiraron como alambre de espino.

—No sé de qué hablas —dijo al fin Soriano, pero el brillo en sus ojos lo delataba.

—Lo mencionaba siempre —presionó Clara—. Su legado intelectual. El documento que validaría su trabajo para la posteridad. Con las firmas de todos sus colaboradores.

—Fantasías —replicó, pero su voz había perdido fuerza—. Delirios por el aislamiento.

—Incluida la firma de su "protector celestial" —añadí, jugando la carta preparada—. El que autorizaba las transferencias. El que garantizaba su impunidad.

Soriano me estudió con atención nueva. Calculando cuánto sabíamos de verdad.

—Interesante teoría, capitán. Pero las teorías sin pruebas son solo... cuentos.

—Por eso estamos aquí —dijo Clara—. Para convertir los cuentos en evidencia.

—¿Y qué te hace pensar que cooperaría? —Soriano recuperó algo de su arrogancia—. ¿Qué gano yo?

Clara se levantó despacio. Se inclinó sobre la mesa hasta quedar a centímetros de su cara. Cuando habló, su voz era puro hielo.

—Porque sé algo que usted no sabe. Sé dónde escondió el manuscrito. Y si no colabora, me aseguraré de que se pierda para siempre. Su legado, su justificación, su patética inmortalidad... todo se convertirá en ceniza.

Era un farol. No teníamos ni idea de dónde estaba el documento. Pero Clara lo vendió con la convicción de quien aprendió a mentir para sobrevivir.

Soriano se puso pálido.

—No te atreverías. Es... es historia. Es ciencia. Es...

—Es la prueba de sus crímenes —completó Clara, volviendo a sentarse—. Y tiene sesenta segundos para decidir si quiere que sobreviva o no.

El tic-tac del reloj nunca había sonado tan fuerte.

Cincuenta y nueve.

Cincuenta y ocho.

Los dedos de Soriano golpeaban contra el metal.

Cuarenta y cinco.

Su respiración se aceleró.

Treinta.

—Está bien —escupió las palabras como veneno—. Pero quiero garantías. Inmunidad parcial. Reducción de condena.

—No estamos autorizados para negociar —respondí.

—Entonces no hay trato.

Quince segundos.

—Espere —dijo Clara—. Hay algo que sí podemos ofrecerle.

Soriano la miró con desconfianza.

—Su legado —continuó ella—. Si colabora, me aseguraré de que el manuscrito se preserve. Que los académicos del futuro puedan estudiarlo. Entender su... visión.

Era mentira, claro. Ese documento sería evidencia, nada más. Pero Soriano picó. La vanidad siempre fue su punto débil.

—La caja fuerte de mi despacho —dijo al fin—. Detrás del Sorolla. El que usted siempre miraba, Clara. La combinación es la fecha de nuestra primera... sesión importante. Usted la recordará.

Me revolvió el estómago, pero Clara no mostró nada.

—¿Algo más? —preguntó con voz neutra.

—Hay una copia —añadió Soriano—. En lugar seguro. Si me pasa algo...

—¿Dónde?

Sonrió, recuperando algo de control.

—Eso, querida Clara, es mi seguro de vida. Pero no te preocupes. Mientras yo esté bien, seguirá oculta.

La amenaza flotó en el aire.

Me levanté, indicando que habíamos terminado. Clara me imitó.

—Ha sido... instructivo volver a verte —dijo Soriano mientras íbamos a la puerta—. Espero que encuentres lo que buscas. Aunque dudo que te guste lo que descubras.

Clara se paró en la puerta. Sin girarse, respondió:

—Ya descubrí lo peor hace veintiún años. Todo lo demás es solo papeleo.

La puerta se cerró con un clic definitivo.

En el pasillo, lejos de su mirada, Clara se apoyó contra la pared. Le temblaban las manos.

—Lo has hecho perfectamente —susurré.

—No —respondió, mirándome con ojos que habían visto demasiado—. Pero he hecho lo necesario.

Y en esa diferencia estaba todo.

65

El cambio fue instantáneo. Soriano se centró completamente en ella, como si yo hubiera desaparecido. Era la técnica del poli bueno y poli invisible. No estaba en el manual, pero con Clara funcionaba.

—Siempre fuiste diferente, Clara —dijo, su voz casi con respeto—. Un caso único entre cientos. Mientras los demás seguían patrones previsibles, tú me sorprendías constantemente. Tu capacidad para mantener tu identidad intacta en condiciones diseñadas para cambiarla... nunca había visto nada igual.

—¿Era ese el objetivo? —preguntó ella—. ¿Romperme?

Soriano pareció pensar la pregunta.

—"Romper" se queda corto para lo que buscábamos. Era más bien un ajuste profundo. Como cuando afinas un instrumento para que suene mejor. No lo destruíamos... lo transformábamos.

La comparación me dio asco, pero Clara no mostró nada. Sus ojos eran dos pozos oscuros donde Soriano se veía pequeño.

—¿Y Ricardo Simón? —preguntó ella, soltando el nombre como una carta ganadora sobre la mesa—. ¿También él veía su trabajo como una forma de afinación, o solo daba la protección y el dinero?

El cambio en Soriano fue sutil pero claro. De repente se puso rígido, una pausa mínima antes de responder. Para un interrogador con experiencia, era como ver una señal de alarma.

—Estás haciendo conexiones sin base —dijo, pero el temblor leve en su voz lo delataba—. No puedes tirar nombres al azar y esperar que confirme tus teorías.

—Es curioso —siguió Clara con calma helada—. Porque Simón parecía conocerle muy bien la noche que me llevaron. Llegó después, ¿se acuerda? Traje gris, gemelos de plata con sus iniciales. Miró mis respuestas y comentó que yo era «un espécimen excepcional para los protocolos avanzados».

Soriano mantuvo la cara controlada, pero vi cómo se le ponían blancos los nudillos alrededor de las esposas. Un detalle que apuntaría después en mi informe.

—La mente humana es fascinante, Clara —respondió con cuidado —. Después de un trauma, crea recuerdos donde solo hay trozos. Construye historias con sentido para entender el caos. Tu mente brillante ha elaborado detalles que nunca existieron.

Clara sonrió entonces, una sonrisa sin alegría.

—Los dos sabemos que no me estoy inventando nada, Juez. Como sabemos lo que es el Manuscrito Lea. El documento donde escribió todo su método meticulosamente.

Mencionar el manuscrito provocó un cambio visible en Soriano. Una grieta en su fachada, como un cristal que empieza a romperse.

—Las implicaciones de ese documento... —empezó, pero se paró de golpe, recalculando.

—Rebeca me habló de él antes de morir —mintió Clara con naturalidad—. Me explicó cómo estaba hecho. Los protocolos detallados. Los sistemas de código que protegen las copias. Las firmas de quienes lo apoyaron. El dinero que lo hizo posible.

Era arriesgado. Apostábamos a que Soriano no sabía qué había dicho Rebeca antes de morir. Que el miedo a lo desconocido lo haría meter la pata.

Soriano se quedó callado, estudiando a Clara como un problema difícil.

—Tu capacidad para usar el conocimiento contra quien te lo dio siempre ha sido notable —dijo al fin—. La forma en que entiendes los sistemas lo suficiente para atacarlos desde dentro. Eres, en

muchos aspectos, el mejor y el peor resultado de mis teorías. La paciente que se hizo inmune justo por el tratamiento.

—Interesante cómo sigue viéndome como un experimento —respondió Clara, con voz afilada—. Su incapacidad para verme como una persona completa muestra el fallo básico de su pensamiento. No teníamos una «relación intelectual». Usted tuvo a una persona encerrada veintiún años disfrazándolo de experimento.

Soriano se inclinó hacia delante, bajando la voz casi a un susurro.

—Lo que teníamos era mucho más complejo que una simple relación de carcelero y presa, Clara. Te di un entorno que, aunque limitado, te permitió desarrollar capacidades que si no habrían seguido dormidas. Te convertí en una versión mejor de ti misma.

—Su arrogancia es casi admirable —dijo ella, y por primera vez brillaron lágrimas en sus ojos sin caer—. Me robó veintiún años de vida. Pero fracasó en su objetivo principal. Esa es la parte que nunca pudo entender, Guillem. Podía controlar mi entorno, mis rutinas, hasta mis respuestas físicas... pero nunca llegó a mi verdadero yo.

Algo cambió en la cara de Soriano. Una mezcla de rabia y dolor, como un científico ante el fracaso total de su trabajo.

—Siempre has tenido un don especial para ver las cosas desde ángulos raros —dijo, buscando otro enfoque—. Pero ¿no has pensado que esa resistencia que tanto valoras podría ser justo lo que mi método intentaba producir? ¿Que tu aparente victoria podría ser, en realidad, mi éxito más refinado?

66

Vi un destello de duda cruzar la cara de Clara. Era la manipulación más fina de Soriano: insinuar que hasta su resistencia había sido parte del plan, que su libertad era otra forma de cárcel.

—Un argumento interesante —respondió al final—. Excepto por un detalle clave: si mi resistencia fuera su objetivo, no habría pasado dos décadas intentando romperla. Sus propios registros muestran su frustración. Sus notas del 17 de abril de 2012 dicen específicamente que yo seguía siendo «el único fracaso importante del programa». ¿O está reescribiendo la historia para proteger su ego?

El contraataque fue tan preciso que Soriano pareció tambalearse. La fecha exacta, la cita literal de sus propias notas, mostraba que Clara había memorizado detalles que él seguramente había olvidado.

—El manuscrito del que hablas —dijo de repente—, está protegido de forma extraordinaria. Sus archivos digitales tienen sistemas de código avanzados y algoritmos que cambian constantemente. El contenido completo solo aparece cuando varias claves separadas se activan a la vez. La probabilidad de que alguien entre sin autorización es casi nula.

La admisión quedó flotando en el aire. La confirmación que necesitábamos.

—Sabemos que Simón está metido en su operación —dije, volviendo a la conversación—. Lo que buscamos ahora es una

prueba documental que conecte claramente su método con las autorizaciones oficiales que lo permitieron.

Soriano me miró como si acabara de recordar que estaba allí.

—Si esa prueba existiera, capitán, estaría repartida en un sistema donde ninguna parte tiene la información completa. Es como un puzle con las piezas guardadas en cajas diferentes. Admítalo Gabriel, es usted listo pero su forma de investigar es antigua.

—¿Dónde están las claves de acceso? —insistí, ignorando su técnica manipuladora.

Una sonrisa fría le curvó los labios.

—Si analizo las ventajas de compartir esta información contra los riesgos, llego a una conclusión obvia: callarme es mi mejor opción.

—Rebeca está muerta —dijo Clara de repente, cortando el aire como un cuchillo—. Miguel está detenido. Sus instalaciones han sido descubiertas. Su red se cae a pedazos. ¿De verdad cree que Simón arriesgará su carrera para protegerle cuando su propia caída sea inevitable?

La sangre fría de Soriano tembló visiblemente.

—Usas lo que sabes de mí con una puntualidad impresionante —dijo, casi con admiración—. Lea no era solo una parte de la razón de todo esto. Era su base. La constante que dio forma a todo lo demás. Mi hermana que...

Se paró, pero el daño estaba hecho. Había revelado algo personal, un punto débil.

—Su hermana que se suicidó después de pasar por los mismos métodos que usted perfeccionó después —completó Clara—. Su hermana cuyo nombre usó para justificar su abuso sistemático.

—¡No sabes nada de Lea! —explotó Soriano, su compostura rompiéndose del todo—. ¡No sabes lo que le hicieron! ¡Lo que mi padre le hizo con su «disciplina divina»!

—Curioso cómo su lenguaje se vuelve más técnico cuando intenta alejarse de realidades dolorosas —observó Clara con claridad—. ¿Es ese el mecanismo de defensa que desarrolló contra el sistema abusivo de su padre? ¿Convertir el sufrimiento en conceptos para hacerlo soportable?

La pregunta pareció atravesar a Soriano como un rayo. Por primera vez, quedó completamente desarmado.

—El daño familiar pasa de generación en generación —murmuró, su voz de repente sin artificios—. Los patrones de abuso se repiten a menos que alguien los corte conscientemente.

—¿Y eso justifica reproducir el mismo sistema con mejoras científicas? —preguntó Clara, su voz más suave pero implacable—. ¿Convertirse en la versión mejorada del monstruo que destruyó a su hermana?

Soriano se hundió en su silla, de repente viejo, como si sus huesos ya no pudieran aguantar el peso de su cuerpo.

—Es imposible entender sin haber vivido toda la historia —murmuró—. Mis métodos estaban diseñados como prevención. Para darles la estructura que necesitaban para evitar el colapso que sufrió Lea. Era una manera de... salvarlas.

—¿Dónde están las claves de acceso al manuscrito, Guillem? —preguntó Clara, su voz casi amable ahora, como a un niño perdido.

Levantó los ojos, y por un momento vi algo humano en su mirada.

—La información que tengo es mi única carta —respondió, recuperando algo de compostura—. Las claves están partidas y repartidas en un sistema que necesita varias autorizaciones a la vez. Fue diseñado justo para protegerse de situaciones como esta.

—¿Tiene Simón una de esas claves? —presioné, intentando aprovechar su momento de debilidad.

Una sonrisa rara apareció en su cara.

—Capitán, incluso en mi situación, entiendo que revelar los detalles de nuestro sistema de seguridad sería traicionar a quienes todavía tienen poder considerable. Y eso sería... poco inteligente.

—¿Y si te ofreciéramos protección? —propuse, tuteándole y cambiando de táctica—. Piénsalo desde un punto de vista lógico, Guillem. Simón ya debe estar planeando cómo eliminar cualquier riesgo. Y en su ecuación, has pasado de ser útil a ser un problema.

Soriano me estudió con cuidado, evaluando si mi propuesta era real.

—Los aliados se convierten en obstáculos cuando un sistema está bajo presión —admitió—. Pero la probabilidad de que vuestra

protección funcione mejor que el alcance de la amenaza es mínima.

—¿Tan poca fe en el sistema judicial al que serviste? —preguntó Clara con ironía—. ¿O siempre supiste que ese sistema estaba podrido hasta la médula?

La pregunta quedó colgando entre ellos como un desafío. Al final, Soriano respondió casi sin voz:

—Los sistemas complejos desarrollan formas de protegerse a sí mismos, incluso a costa de la gente que los forma. No es corrupción tradicional, sino adaptación.

—Una adaptación para permitir la caza —concluyó Clara—. Una forma elegante de justificar la crueldad sistemática.

Y así terminó nuestra entrevista con Soriano: con un hombre brillante pero profundamente trastornado, atrapado en la paradoja de su propia construcción teórica, incapaz de ver lo monstruoso de sus actos bajo el velo de su lenguaje refinado y sus justificaciones intelectuales.

Mientras salíamos, sentí el peso del caso en mis hombros. Habíamos conseguido lo que vinimos a buscar: confirmar que existía el Manuscrito Lea. Pero el camino hacia la justicia completa seguía siendo largo y difícil. La verdad, como siempre, estaba partida y repartida, igual que las claves del manuscrito.

Clara y yo caminamos en silencio por el pasillo del Centro Penitenciario. Las luces fluorescentes parpadeaban sobre nosotros como el aviso de una tormenta que llevaba demasiado tiempo formándose.

67

Los días siguientes fueron un caos de papeleo, interrogatorios y órdenes judiciales. Sin las claves de aquel maldito manuscrito digital, Gómez tuvo que conformarse con órdenes de registro más limitadas. Conseguimos pruebas suficientes para rescatar a cuatro chicas más en instalaciones secundarias, localizadas gracias a los testimonios de Clara y las víctimas rescatadas en Castellón.

Pero el manuscrito, esa pieza que podría hundir directamente a Simón, seguía encriptado en servidores anónimos repartidos por medio mundo. Y sin él, el Fiscal General Adjunto seguía protegido por capas de negación y el escudo de su cargo. Nuestras acusaciones fueron tachadas de «teorías conspirativas sin base» por su equipo legal. Los medios, al principio interesados, empezaron a perder entusiasmo cuando la conexión con Madrid se perdió entre tecnicismos legales y declaraciones vagas.

Soriano, su hijo y varios funcionarios locales serían juzgados, pero el verdadero cerebro de la red seguía intocable, protegido por el mismo sistema que había manipulado a su antojo.

Era martes, casi un mes después del interrogatorio a Soriano, cuando encontré a Clara esperándome en los escalones de mi edificio. Llevaba unos vaqueros sencillos y un jersey azul, con el pelo en esa coleta simple que había acabado asociando con ella. Parecía

a la vez más fuerte y más frágil que la última vez que la había visto de verdad.

—Hola —dijo simplemente cuando me acerqué.

—Hola —respondí, sintiendo cómo todo lo que habíamos vivido juntos parecía concentrarse en ese intercambio tan normal.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Mi piso estaba más desordenado de lo que recordaba. Había dormido poco, trabajando sin parar con el equipo de la Guardia Civil para encontrar alguna forma de llegar hasta Simón, alguna grieta en su armadura aparentemente perfecta.

—Perdona el desorden —dije, recogiendo rápido algo de ropa del sofá.

—No importa —sonrió, y noté que esa sonrisa llegaba más fácil a sus ojos ahora—. He visto cosas peores.

Nos sentamos en la cocina, como aquella noche que parecía de otra vida. Le ofrecí un café, pero negó con la cabeza.

—Me voy, Gabriel —dijo sin rodeos.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo.

—¿Te vas? ¿Adónde?

—A Granada —respondió—. Tengo una tía allí, la hermana de mi madre. Estamos en contacto desde que... desde que recuperé mi libertad.

—¿Cuándo?

—Mañana. Mamá me va a acompañar.

Asentí de forma automática, procesando la información como un investigador procesa una pista inesperada.

—¿Los agentes lo saben? La protección...

—Todo está coordinado —me cortó con suavidad—. Gómez ha establecido protocolos con el mando de la UCO. Tendré vigilancia discreta un tiempo, hasta que terminen los juicios. Después... —hizo un gesto vago con la mano—, después veré qué hago con el resto de mi vida.

—Los juicios son dentro de meses —dije como un tonto, como si ella no lo supiera—. Y Simón sigue libre, sigue siendo un peligro.

—Lo sé. Pero necesito irme ahora, Gabriel —sus ojos buscaron los míos—. Necesito espacio. Aire. Necesito reconstruirme lejos de aquí.

Lejos de estos recuerdos. Lejos de... de todo este contexto que me define solo por lo que me hicieron.

Entendí lo que no decía: lejos de mí también. De la conexión inevitable entre mi presencia y el trauma que había vivido. Yo era el investigador que la había buscado durante veintiún años, pero también el recordatorio constante de esos mismos veintiún años.

—Por supuesto —dije, luchando por mantener la voz firme—. Es totalmente comprensible. Es lo más lógico.

Puso su mano sobre la mesa, cogiendo la mía. Su contacto, antes tan cuidadoso, ahora era firme, cálido.

—Quiero que entiendas algo, Gabriel —dijo sin apartar la mirada —. No estoy escapando. No estoy huyendo. Estoy eligiendo. Por primera vez como mujer adulta, tomo una decisión que es solo mía.

—Lo entiendo —dije, y era verdad. La entendía mejor de lo que ella imaginaba, pero sentía un vacío que no podía explicar—. Es lo que debes hacer.

—Pero quiero que sepas que no olvidaré —siguió, su voz temblando un poco—. No olvidaré lo que has hecho. Cómo nunca dejaste de buscarme cuando todos los demás habían aceptado explicaciones fáciles.

Algo húmedo rodó por mi mejilla, y me sorprendí al darme cuenta de que estaba llorando. No recordaba la última vez que había llorado. En la Brigada, los veteranos llamaban a esto "la factura del caso", ese momento en que la coraza profesional se rompe bajo el peso de las emociones guardadas.

—Te escribiré —dije de golpe—. Si te parece bien. No para presionarte, no para... —buscaba las palabras correctas—, solo para que sepas que estoy aquí. Que seguiré luchando. Por ti, por las demás. Incluso para pillar a Simón.

Su sonrisa entonces fue como el sol saliendo tras una tormenta.

—Me gustaría eso —dijo suavemente—. Y quizás algún día, cuando por fin hayamos conseguido desmontar del todo el sistema que permitió todo esto...

Dejó la frase sin terminar, pero el significado quedó flotando entre nosotros como una promesa.

Se levantó para irse, y la acompañé hasta la puerta, sabiendo que se llevaba una parte de mí que nunca había dado a nadie más.

En la puerta, se giró hacia mí una última vez.

—¿Recuerdas lo que me preguntaste? ¿Sobre qué haría cuando todo esto terminara?

Asentí, sin poder hablar.

—Creo que ahora tengo una respuesta —dijo—. Voy a vivir, Gabriel. Simplemente vivir. Con toda la intensidad, toda la honestidad y toda la luz que pueda encontrar. Porque eso es, más que cualquier otra cosa, lo que intentaron quitarme.

La vi alejarse por el pasillo, su silueta perdiéndose poco a poco. No sabía si volvería a verla, si los correos que había prometido escribir tendrían alguna vez respuesta, si nuestros caminos se cruzarían de nuevo cuando las heridas fueran menos recientes, cuando Simón por fin se enfrentara a la justicia.

Pero mientras cerraba la puerta de mi piso, sentí una extraña mezcla de determinación y tristeza. Porque a pesar de la separación, a pesar de la injusticia que seguía, habíamos logrado algo que parecía imposible: habíamos llevado luz a la oscuridad. Habíamos salvado a algunas víctimas. Habíamos, de alguna manera, recuperado parte de lo que se había perdido. Y no tengo ninguna duda de que durante todo el camino, incluso en los momentos más oscuros, Dios estaba con nosotros.

Esa noche, mientras me sentaba para escribir el primero de muchos correos, hice una promesa en silencio. Seguiría buscando. Seguiría luchando. Hasta encontrar las claves de encriptación del manuscrito, aunque pareciera imposible. Hasta hacer caer a Simón. Hasta asegurarme de que el sistema que había fallado a Clara y a tantas otras nunca volvería a fallarle a nadie.

En ese momento, me vino a la mente: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta».

La chica que no había sido elegida por fin había elegido su propio camino. Y quizás, en un futuro lejano, cuando mi propia misión estuviera cumplida, ese camino la traería de vuelta. No como víctima, no como testigo, no como superviviente.

Sino simplemente como Clara. Como mujer. Como ser humano completo reclamando la vida que le habían robado.

Y yo estaría allí, esperando, por si algún día decidía volver.

Epílogo

Morella dormía.

Desde la colina, las luces parecían estrellas fatigadas. Habían pasado tres semanas desde el cierre oficial del caso Llorens. El expediente estaba archivado. La prensa había pasado página. Pero yo no.

Mi ascenso llegó sin aviso previo: **Unidad Central de Delitos Históricos**, recién creada bajo la estructura del Ministerio del Interior. Una unidad especial, itinerante, diseñada para reabrir crímenes antiguos en pueblos donde el silencio ha durado demasiado.

Acepté sin dudar.

No por ambición.

Sino porque entendí algo que me negaba a aceptar: lo de Clara no fue un caso aislado. Fue una grieta. Y hay muchas más.

Mi primer destino como inspector jefe: **Aliaga, Teruel**.

Una localidad remota, donde las casas de piedra envejecen en silencio y los secretos se filtran entre las grietas de las iglesias cerradas.

Sobre mi nuevo escritorio me esperaba un expediente sin remitente.

Solo un encabezado, escrito a mano:

“La hija de la misericordia”
Clínica Nuestra Señora del Consuelo — Año: 1982 — Provincia de Teruel.
Posible conexión con desaparición reciente de menores.

Y al final del informe, un nombre subrayado en tinta azul:

Irene Lizana

Había también una tarjeta doblada dentro del sobre.
Ocho palabras, escritas con letra temblorosa:

“La niña enterrada en 1982… era tu sangre.”

Firmado:
N. R.
No reconocí las iniciales.
Solo sentí un escalofrío familiar.

Guardé la tarjeta en el bolsillo interior de mi abrigo. Afuera, la niebla comenzaba a subir por las calles empedradas. Era enero.
En Teruel, el invierno siempre llega para enterrar lo que otros dejaron sin cerrar.

Y mientras observaba el paisaje desde la ventana de la nueva comisaría, supe con absoluta certeza:

La caza había comenzado otra vez.